

N.º 1

EL PROMETEO COMUNISTA

MAYO



«¡Proletarios de todos los países, uníos!»

S
U
MMA
R
I
O

<i>Nota de la redacción</i>	
una nueva etapa.....	4
Manifiesto del grupo «El Prometeo Comunista».....	6
En busca del camino.....	18
Llamamiento a los obreros de Rusia.....	28
Panorama internacional, abril de 2026.....	30
Irán como centro neurálgico de la crisis del imperialismo.....	42
Del Mánchester de Engels al Mánchester global.....	49
Concepción apologética de la productividad de todos los oficios.....	64
<i>Nota de la redacción</i>	
La herramienta de trabajo y la llana cibernética.....	66
<i>Páginas de la historia del internacionalismo proletario</i>	
La última batalla de los bolcheviques.....	70
Introducción al “Esquema de programa” del Partido Comunista Internacionalista.....	80
Esquema de Programa del Partido Comunista Internacionalista.....	87
<i>Correspondencia con el compañero</i>	
A propósito del “Manifiesto”.....	92

El desarrollo de las modernas fuerzas productivas ofrece nuevas herramientas técnicas para la prensa marxista. El material ilustrativo de este número ha sido creado utilizando tecnologías de inteligencia artificial (las redes neuronales generativas Gemini 3 Flash Image y DALL-E 3). La IA ha actuado aquí exclusivamente como medio de producción, mientras que la concepción ideológica, la asignación de las tareas y la elaboración final de las imágenes son el resultado del trabajo humano vivo de nuestro colectivo de redacción.

Órgano de prensa del grupo “El Prometeo Comunista”.
email: komunistprometey@ik.me
Tirada: menos de 1000 ejemplares. Impresión propia.

NOTA DE LA REDACCIÓN:

UNA NUEVA ETAPA

La publicación del primer número de la revista *El Prometeo Comunista* es el resultado lógico de casi treinta años de labor de nuestro grupo. En unas condiciones de extrema debilidad del movimiento obrero contemporáneo y de dispersión de las fuerzas marxistas, no pretendemos empezar la historia desde cero. Por el contrario, nos apoyamos en la experiencia teórica y política acumulada. Nuestra práctica ha atravesado varias etapas, cada una de las cuales exigió precisar nuestra estrategia y aplicar de forma consecuente el método marxista a las condiciones históricas cambiantes.

1998: FORJA DE LAS BASES EN CONDICIONES DE CRISIS

El primer paso fue la publicación del periódico *Komsa*, iniciada en junio de 1998, en el contexto de una profunda crisis económica en Rusia. A diferencia de muchos grupos “de izquierda”, no considerábamos que 1991 hubiera sido la “contrarrevolución burguesa”; para nosotros, esta ya se había consumado en 1925, cuando el estalinismo victorioso en la URSS abandonó el rumbo de la revolución mundial.

Nuestro surgimiento fue una reacción objetiva al colapso social de los años noventa. El impulso inicial se apoyó en gran medida en un rechazo espontáneo hacia la “nueva” burguesía, proveniente de la nomenclatura del Partido y del Komsomol. Sin embargo, este rechazo se transformó rápidamente en la formulación de unos cimientos políticos claros: la necesidad de abolir por completo la propiedad privada y las relaciones monetario-mercantiles, así como el reconocimiento de la dictadura del proletariado como una etapa de transición ineludible hacia el comunismo.

2014: LA PRUEBA DEL INTERNACIONALISMO

Las posiciones del internacionalismo proletario han sido inherentes a nuestra organización desde sus orígenes. Por lo tanto, cuando en 2014 se agudizó el conflicto interimperialista y Ucrania se convirtió en uno de sus frentes militares, no tuvimos que revisar nuestras posturas.

Este periodo nos obligó a profundizar en el análisis del desarrollo desigual del capitalismo y de los cambios en la correlación de fuerzas en la arena mundial. En unas condiciones en las que una gran parte de la autodenominada “izquierda” cayó en el socialchovinismo, nosotros defendimos de manera consecuente la clásica tesis marxista: el proletariado no tiene patria, y cualquier nación moderna es tan solo la envoltura político-económica del capital. La tarea de la clase obrera en todo conflicto imperialista se resume en el siguiente principio: el enemigo principal está en el propio país.

2026: EL PROMETEO COMUNISTA Y LAS TAREAS DE LA CONSTRUCCIÓN DEL PARTIDO

Hoy, la situación nos exige pasar a la siguiente etapa. Tal y como se señala en el “Manifiesto” que publicamos, la época de las revoluciones democrático-burguesas y de los movimientos de liberación nacional ha concluido definitivamente. El capitalismo ha encadenado definitivamente por atar al planeta con las cade-

nas del mercado mundial, manteniendo, no obstante, dividida a la clase de los trabajadores asalariados.

La publicación de *El Prometeo Comunista* está dictada por la necesidad de pasar a la labor práctica para la formación del partido comunista mundial. Evaluamos nuestras fuerzas con sobriedad, no nos consideramos un partido ya constituido y nos reconocemos únicamente como una de las partes del movimiento práctico hacia su conformación. En este camino, estamos abiertos a interactuar con todas las organizaciones comunistas de izquierda que se mantengan firmemente en las posiciones del marxismo y el internacionalismo proletario.

EL SIGNIFICADO DEL NOMBRE Y NUESTRAS TAREAS

La figura de Prometeo refleja nuestra tarea principal: superación del monopolio burgués sobre el conocimiento e introducir la conciencia marxista en la lucha de clases del proletariado. Sin la asimilación de la teoría, la protesta espontánea queda confinada en el marco de las reivindicaciones económicas y es incapaz de amenazar los cimientos del sistema de esclavitud asalariada.

El camino recorrido desde el periódico *Komsa* en 1998 hasta la revista *El Prometeo Comunista* en 2026 ha sido un proceso de maduración política y organizativa. Reflexionamos críticamente sobre nuestra experiencia pasada y damos el siguiente paso lógico.

Ofrecemos esta revista no simplemente para ser leída, sino como una herramienta de trabajo para el debate teórico y la coordinación organizativa. Hacemos un llamamiento a quienes comparten nuestras posiciones a sumarse a la labor de la publicación y a participar en el proceso de formación del partido comunista.

Abril de 2026



MANIFIESTO DEL GRUPO



EL PROMETEO COMUNISTA



El presente texto constituye nuestro documento programático. Esperamos que contribuya a forjar los cimientos teóricos para la unificación de las fuerzas marxistas en el camino hacia la creación de un nuevo partido comunista mundial. Este documento surge en unas condiciones de extrema debilidad y fragmentación del movimiento obrero contemporáneo, en un momento en que el capitalismo global ha entrado en su fase superior, imperialista y de decadencia, amenazando a la humanidad con la barbarie y con nuevas guerras devastadoras. La idea central del manifiesto radica en que la época histórica de las revoluciones burguesas ha llegado a su fin; por consiguiente, la única salida para el proletariado es la preparación de la revolución mundial en aras de la destrucción total de la propiedad privada, de la producción mercantil y del Estado.

PRÓLOGO

El “Manifiesto del Partido Comunista” de Karl Marx y Friedrich Engels fue el primer documento programático histórico del partido revolucionario del proletariado mundial. Y fue precisamente en virtud del carácter *programático* del manifiesto que las tesis que constituyen su *núcleo*, su esencia, no se referían directamente a la época de su publicación, sino que describían las condiciones y fijaban los objetivos a largo plazo en los que debía desarrollarse el movimiento comunista. “El Prometeo Comunista” no ha surgido de la nada: la base de nuestra actividad es *la continuidad y el desarrollo* del núcleo programático del “Manifiesto del Partido Comunista”.

Marx y Engels declaraban: «*Los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de la propiedad privada*». El desarrollo del capitalismo creó las premisas objetivas necesarias para la realización de esta tesis: «*La propiedad privada burguesa moderna es la última y más acabada expresión del modo de producción y de apropiación de los productos que reposa sobre los antagonismos de clase, sobre la explotación de los unos por los otros*».

En “La ideología alemana”, los fundadores del comunismo científico señalaron que «*a esta propiedad privada moderna corresponde el Estado moderno*». De esto se deduce que la abolición de la propiedad privada exige la abolición del Estado. ¿Quién debe llevar a cabo esta tarea? En el prefacio a la edición inglesa del Manifiesto de 1888, Engels –subrayando que así lo habían pensado siempre junto con Marx– da una respuesta inequívoca: «*La emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma*».

Y si los propios Marx y Engels vivieron en un período en el que los hechos sociales fundamentales y las tareas del movimiento obrero plasmadas en el “Manifiesto” se encontraban, en el mejor de los casos, en una fase embrionaria, nosotros vivimos por primera vez en una época en la que todas estas tesis pueden considerarse, sin reserva alguna, como el programa del partido comunista mundial.

EL CARÁCTER DE NUESTRA ÉPOCA

Con la culminación de la formación del mercado mundial, el capitalismo ha cumplido su función histórica. La época de las revoluciones burguesas y de la formación de los mercados nacionales, de la burguesía nacional y de los Estados nacionales ha terminado. La sociedad burguesa contemporánea se encuentra en su fase superior, imperialista, caracterizada por la reacción en *todos* los frentes. Desde la etapa ascen-

dente y progresista de su desarrollo, el capitalismo ha girado hacia una inevitable y aterradora decadencia, algo que *ya* estaba claro para los marxistas revolucionarios de la época de Vladímir Lenin y Rosa Luxemburgo. En nuestra época contemporánea, ha creado no solo fuerzas productivas gigantescas, que son la premisa objetiva para su superación, sino también fuerzas destructivas colosales, capaces de aniquilar a la humanidad. La tarea de la clase obrera, encabezada por su vanguardia, el partido comunista mundial, se reduce hoy a destruir el capitalismo, impidiendo que arrastre consigo al abismo a toda la humanidad. Comunismo o barbarie: tal es la alternativa.

A pesar de que todas las fuerzas del viejo mundo ignoran este hecho, en las entrañas de la sociedad capitalista *recorre el fantasma del comunismo*. Independientemente de la debilidad de los comunistas modernos –*los exponentes conscientes de un proceso inconsciente*– madura la revolución comunista, que deberá destruir la división de la sociedad en clases y la propiedad privada en la que se basa.

Esta tarea no puede resolverse sin que *las amplias masas* de la clase obrera adquieran una conciencia comunista, y esto «*solamente puede conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una revolución; y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase dominante no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase que derriba salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases*» (“La ideología alemana”).

EL PARTIDO

Las ideas dominantes de cualquier sociedad de clases son las ideas de la clase dominante. En la sociedad moderna domina la burguesía, y por eso, incluso entre los trabajadores asalariados, las ideologías burguesas dominan en *todas partes*. «*Para superar la idea de la propiedad privada basta la idea del comunismo. Para superar la propiedad privada real se requiere una acción comunista real*», afirmaba Marx ya en los “Manuscritos económicos y filosóficos de 1844”. Así, una *verdadera crítica* de las ideas burguesas solo es posible en el marco de un *movimiento práctico real*, en el proceso de la revolución comunista. Este movimiento práctico debe ser encabezado por el partido comunista mundial. Tal partido no existe en la actualidad. No nos consideramos ese partido ni siquiera su único embrión. Consideramos nuestra actividad como *parte* del movimiento práctico hacia el comunismo, como

la lucha por la creación de este partido, y nuestro manifiesto solo como uno de los pasos necesarios en el camino hacia su creación. En 1999, desde las páginas de nuestro periódico *Komsa*, declarábamos: *«Estamos dispuestos a colaborar con todos aquellos que no de palabra, sino de hecho, libran la lucha por la emancipación del proletariado del poder de la burguesía; con todos los que se sitúan en las posiciones del marxismo revolucionario clásico, independientemente de la organización en la que se encuentren estas personas. Nuestra posición sigue siendo la misma: el proletariado no tiene hoy su propio partido, nos enfrentamos a la urgente necesidad de crearlo. Tal es la tarea práctica inmediata de nuestra organización»*. Esta tarea sigue siendo vigente hoy en día.

Lo expuesto no contradice el hecho de que han existido y siguen existiendo grupos de revolucionarios, a menudo poco numerosos y a veces reducidos literalmente a individuos aislados, que mantienen su adhesión al marxismo revolucionario intransigente, asegurando su pureza científica y su continuidad en el tiempo; y en este sentido, trazamos nuestro linaje desde Marx y Engels, los bolcheviques encabezados por Lenin, la Internacional Comunista del período de los dos primeros congresos, la Izquierda Comunista Italiana y los grupos comunistas rusos “postsoviéticos” que opusieron sus ideas al pseudomarxismo: la ideología del falso socialismo de la URSS, que merecida e inevitablemente ha pasado al olvido.

El motivo de la ausencia del partido comunista mundial no puede explicarse por otra cosa que por la ausencia de las condiciones necesarias. *«Las condiciones de vida que las diferentes generaciones encuentran en su existencia deciden también si las conmociones revolucionarias que periódicamente se repiten en la historia serán o no lo suficientemente fuertes para derrocar la base de todo lo existente; y si no se dan estos elementos materiales de una conmoción total, o sea, de una parte, las fuerzas productivas existentes y, de otra, la formación de una masa revolucionaria que se levante, no sólo en contra de ciertas condiciones de la sociedad anterior, sino en contra de la misma “producción de la vida” vigente hasta ahora, en contra de la “actividad de conjunto” sobre la que descansa, resulta absolutamente indiferente para el desarrollo práctico que la idea de esta conmoción haya sido proclamada ya cientos de veces, como lo demuestra la historia del comunismo»* (“La ideología alemana”).

En la misma obra, los fundadores del comunismo científico escriben: *«La forma de esta organización depende, naturalmente, de las necesidades ya desarro-*

lladas, y tanto la generación como la satisfacción de estas necesidades es en sí misma un proceso histórico». En el seno de la clase de los trabajadores asalariados debe madurar y desarrollarse *la necesidad de llevar a cabo la revolución comunista*. Nuestra tarea es coadyuvar a ello. El medio en el que se desarrolla el proceso de maduración de la conciencia comunista no se limita a las relaciones económicas entre el capitalista y el proletario, es decir, a las relaciones en el proceso de producción y apropiación de la plusvalía. Este proceso abarca el conjunto de las relaciones en el marco de la formación económico-social capitalista.

El desarrollo de la conciencia comunista se produce *«no tanto en virtud del “origen económico” de los trabajadores asalariados, «sino en el curso de la lucha de clases»*, que siempre es una lucha política. Con esta tesis, en 1999 marcamos una línea divisoria entre nosotros y los partidarios de las tendencias obreristas y economicistas.

Así pues, existe una clase *«que se ve obligada a soportar todos los inconvenientes de la sociedad sin gozar de sus ventajas»*, y esto la sitúa inevitablemente en la más resuelta contradicción con la clase burguesa dominante; hoy en día, esta clase *«forma la mayoría de todos los miembros de la sociedad y de ella nace la conciencia de que es necesaria una revolución radical, la conciencia comunista»*; pero todo esto es solo una condición necesaria, aunque insuficiente, para la revolución comunista.

La evolución de los trabajadores asalariados desde *individuos fortuitos* a exponentes conscientes del proceso inconsciente *«se opera de un modo natural y espontáneo»*, *«no está subordinada a un plan general de individuos libremente asociados»*, este desarrollo se produce *«muy lentamente»*, *«las distintas fases y los diversos intereses no se superan nunca del todo»*. Los comunistas solo pueden conferir a este proceso un carácter más planificado y organizado.

EL MÉTODO

La base teórica del partido comunista mundial es el marxismo.

David Riazánov, en su historia de la Liga de los Comunistas, escribió: *«Marx y Engels encontraron, finalmente, la síntesis entre la “política” y el socialismo y al mismo tiempo la respuesta a la pregunta de cómo fusionar el movimiento obrero y el socialismo, que hasta entonces habían seguido caminos diferentes. Resultó que el socialismo o el comunismo es la forma superior del movimiento obrero [...], que el comunismo sólo puede ser realizado por el movimiento obrero, que la única*

clase que puede y debe, por su situación, asumir la realización del comunismo, es el proletariado. De aquí se deducía por sí misma la tarea: llevar a la lucha de clases del proletariado la luz de la conciencia de sus fines y organizar al proletariado en un partido político especial. ¡No el alejamiento de las tareas de la actualidad, no el intento de encerrarse en una celda sectaria, sino la intervención en todos los fenómenos de la vida social, el estudio atento de la realidad y la participación activa en todas las esferas de la vida social!»

Esto se dijo en una época en la que la burguesía aún no había resuelto todas las tareas históricas que tenía ante sí: la época de las revoluciones burguesas. El punto culminante de esta época fue la Revolución de Octubre en Rusia.

LOS DESTINOS HISTÓRICOS DEL CAPITALISMO

Toda la historia escrita de la sociedad humana que ha llegado hasta nosotros es una historia de lucha de clases.

Desde los primeros grandes levantamientos de esclavos hasta la caída del régimen esclavista pasaron más de quinientos años. El período histórico que comenzó con los primeros grandes levantamientos campesinos antifeudales y concluyó con la afirmación mundial del capitalismo abarca también más de quinientos años.

Las primeras grandes sublevaciones del proto-proletariado (oficiales gremiales, plebeyos urbanos, obreros manufactureros) tuvieron lugar en el período de transición de la Edad Media a la Edad Moderna. En 1378 se produjo en Florencia la revuelta de los Ciompi: jornaleros no cualificados de las manufacturas de paños. La Revolución burguesa inglesa engendró los movimientos de los Levellers y los Diggers, de carácter proletario. La Revolución Industrial de finales del siglo XVIII y principios del XIX fue acompañada de movimientos que ya pueden denominarse propiamente revueltas obreras contra las condiciones de trabajo capitalistas: el movimiento ludita (Inglaterra, principios del siglo XIX), la rebelión de los tejedores de seda de Lyon (Francia, 1831 y 1834).

Así, el movimiento práctico hacia el comunismo se desarrolla en el tiempo y el espacio, pasando por diversas etapas, resolviendo diversas tareas concomitantes y superando diversos obstáculos. Cuánto tiempo pasará aún hasta la abolición de la propiedad privada, no lo sabemos, pero sí sabemos con certeza que las teorías que predicen el colapso “automático” del capitalismo o señalan sus límites “objetivos”

concretos son anticientíficas. Tales son las teorías del hundimiento del capitalismo debido a la caída crítica de la tasa de ganancia o al agotamiento del entorno no capitalista.

Al mismo tiempo, el desarrollo del capitalismo ya no solo frena el desarrollo de las fuerzas productivas, sino que cada vez más las destruye en catastróficas crisis de superproducción, agudizando la lucha por los mercados y el nuevo reparto del mundo entre los Estados imperialistas. En el fuego de estas crisis y guerras, el capitalismo se “rejuvenece”, como la mítica ave fénix, abriendo nuevos ciclos de acumulación de capital. El proletariado no tiene otra vía hacia la emancipación que la destrucción del modo de producción capitalista.

LA DIFUSIÓN DEL MARXISMO

También en *el espacio* y en *el tiempo* se produce el desarrollo y la difusión del marxismo: desde Europa continental se extiende a Gran Bretaña; con los emigrantes europeos penetra en América del Norte; gracias a los estudiantes matriculados en universidades europeas y a los viajeros de familias aristocráticas, la intelectualidad avanzada de Rusia conoce las obras de Marx; más tarde, las ideas del comunismo científico se abrirán paso también en Asia.

Lenin vinculó la difusión del marxismo a tres grandes períodos de la historia universal: «I. Desde la revolución de 1848 hasta la Comuna de París (1871). II. Desde la Comuna de París hasta la revolución rusa (1905). III. Desde la revolución rusa».

El primer período duró 23 años, el segundo 34, y el tercero, que comenzó con la Primera Revolución Rusa, aún no había concluido en el momento en que Lenin escribió su artículo.

EL PRIMER PERÍODO

El primer período es el tiempo en el que el socialismo se abrió camino desde la utopía hasta la ciencia. Habiendo comenzado como «una de las extraordinariamente numerosas fracciones o corrientes del socialismo», el marxismo se abrió paso a través de «la incomprensión de la base materialista del movimiento histórico, la incapacidad para discernir el papel y la importancia de cada clase de la sociedad capitalista, el encubrimiento de la esencia burguesa de las reformas democráticas con diversas frases seudosocialistas sobre el “pueblo”, la “justicia”, el “derecho”». A este período corresponden las revoluciones burguesas europeas de 1848 y la Comuna de París de 1871. Hacia el final de este período «nacieron los partidos proletarios

independientes: la Primera Internacional (1864-1872) y la socialdemocracia alemana».

Las cumbres de la época de las revoluciones burguesas y, simultáneamente, el prólogo de las revoluciones proletarias, fueron la Comuna de París y la Primera Revolución Rusa (1905-1907). En la Comuna de París, el proletariado, como escribió Marx, descubrió por fin la forma política histórica bajo la cual la clase de los trabajadores asalariados podía llevar a cabo su emancipación económica. La Comuna de París se convirtió en el prototipo de *la dictadura del proletariado, un semi-Estado* cuyo propósito no era simplemente apoderarse de la vieja maquinaria estatal burguesa, sino destruirla. En la Primera Revolución Rusa, el proletariado fue dirigido por un partido marxista, y los Sóviets, creados por *la propia* clase de los trabajadores asalariados, fueron el desarrollo y la continuación de la forma política histórica que había sido la Comuna de París. Esta forma se materializaría luego tanto en la Revolución de 1917 en Rusia como en las Revoluciones de 1918-1919 en Alemania y Hungría.

EL SEGUNDO PERÍODO

El segundo período *«se distingue del primero por su carácter “pacífico”, por la ausencia de revoluciones. En Occidente, las revoluciones burguesas han terminado. El Oriente aún no está maduro para ellas».*

«Los partidos socialistas, de base proletaria» que surgen en los países de Europa Occidental *«aprenden a utilizar el parlamentarismo burgués, a crear su prensa diaria, sus instituciones culturales, sus sindicatos, sus cooperativas. La doctrina de Marx obtiene un triunfo completo y se va extendiendo».*

Es precisamente en esta etapa del largo desarrollo “pacífico” del capitalismo cuando *«el liberalismo, interiormente podrido, intenta reanimarse bajo la forma de oportunismo socialista».* Los revisionistas como Eduard Bernstein *«predican cobardemente la “paz social” [...], la renuncia a la lucha de clases, etc. Tienen muchísimos partidarios entre los parlamentarios socialistas, los diversos funcionarios del movimiento obrero y la intelectualidad “simpatizante”».*

Pero estos mismos años, que en Europa Occidental fueron una época de desarrollo “pacífico” y gradual del capitalismo, representaron en Oriente una época de desarrollo capitalista tumultuoso. Este *desarrollo contradictorio y desigual del capitalismo* preparaba *«un nuevo manantial de grandiosísimas tormentas mundiales en Asia».* *«Nosotros vivimos precisamente en la época de estas tormentas y de su “repercusión”*

en Europa», escribía Lenin. De este modo, se cumplía la previsión científica de Marx, quien escribió el 27 de septiembre de 1877 que *«la revolución comenzará esta vez en el Oriente, que ha sido hasta ahora el baluarte inexpugnable y el ejército de reserva de la contrarrevolución».* Huelga decir que se trataba de una revolución *democrático-burguesa.*

«Tras Asia, ha comenzado a agitarse también Europa, aunque no al modo asiático. [...] Los armamentos rabiosos y la política del imperialismo hacen de la Europa contemporánea una “paz social” que se parece más que nada a un barril de pólvora», escribe Lenin.

El capitalismo había entrado en su fase superior: la fase del imperialismo.

EL TERCER PERÍODO

El significado histórico-mundial del tercer período de difusión del marxismo consiste *ante todo* en que convirtió al proletariado en la fuerza dirigente, incluso en las revoluciones burguesas, y lo que es *más importante*, marcó el inicio de las revoluciones comunistas proletarias.

El acontecimiento principal de alcance histórico mundial de este período fue la Revolución de Octubre en Rusia. La conjunción de dos crisis –la crisis interna de poder del gobierno provisional burgués y la crisis externa, en forma de una prolongada primera guerra imperialista– llevó a que la revolución proletaria tuviera que resolver simultáneamente dos tareas: culminar la revolución burguesa en el interior del país y abrir el camino a la revolución mundial. El punto culminante en la resolución de esta segunda tarea fue la creación de la Internacional Comunista, el Estado Mayor de la revolución mundial.

La Revolución de Octubre tuvo así un *doble* carácter: al destruir los vestigios del feudalismo, resolvía las tareas que la burguesía ya no podía ni quería resolver, y al mismo tiempo intentaba abrir el camino hacia la revolución comunista mundial.

Al asalto de los cielos en Rusia de Octubre le siguieron las revoluciones en Alemania, Hungría y Finlandia, y comenzó el proceso de formación de partidos comunistas en varios países del mundo. Esta ola revolucionaria sin precedentes fue barrida por una contrarrevolución de fuerza colosal. Durante las décadas de 1920 y 1930, el estalinismo en Rusia, la socialdemocracia y luego el nazismo en Alemania, y el fascismo en varios países de Europa ahogaron en sangre la primera revolución comunista mundial.

La incompreensión de este doble carácter de Octubre fue uno de los componentes de la visión errónea

de los mencheviques. Basándose en el punto de vista unilateral de que la economía de Rusia en aquel momento sufría no por la influencia predominante de la burguesía capitalista imperialista, sino por el insuficiente desarrollo de las fuerzas productivas, los mencheviques consideraban que la clase obrera rusa, si bien debía desempeñar un papel sin precedentes en la organización de la vida económica y política –especialmente en la “defensa”– e incluso en el ulterior desarrollo del sistema capitalista, no debía tomar todo el poder ni intentar construir el socialismo, ya que esto habría sido prematuro. Al proletariado se le asignaba el papel de empujar en dirección progresista a la burguesía rusa, la única clase que, en opinión de los mencheviques, era capaz de *dirigir* la solución de las tareas económicas y políticas candentes. Como escribió Yuli Mártoov en 1917, ya después de la toma del poder por los bolcheviques: «Intentar implantar el socialismo en un país económica y culturalmente atrasado es una utopía insensata».

En esta visión faltan dos componentes cruciales de una estrategia revolucionaria verdaderamente científica: en primer lugar, tener en cuenta el hecho *empírico* de que, en el momento del advenimiento de la época de las revoluciones en Rusia, la burguesía de los países capitalistas dominantes se había vuelto completamente contrarrevolucionaria, es decir, incapaz de desempeñar el papel dirigente en la revolución burguesa, dispuesta a traicionar los intereses de su mejor aliado en la lucha contra el feudalismo: el campesinado. De este hecho se debía extraer la única conclusión correcta para la táctica del proletariado: le era indispensable atraer como aliado al campesinado, sometido a un doble yugo (del feudalismo y del capitalismo), utilizar esa faceta de su *dualidad* que es su razón y no su prejuicio, su futuro y no su pasado (esta fue precisamente la idea que expresó Engels en “El problema campesino en Francia y en Alemania”). Marx y Engels, a diferencia de los mencheviques, lograron incorporar este elemento fundamental en la estrategia del proletariado. En la obra “Revolución y contrarrevolución en Alemania”, Engels presentó, sobre la base de un vasto material fáctico, un análisis de la revolución alemana (1848-1849) y desarrolló las tesis expresadas por él y por Marx ya en la época de la propia revolución: el leitmotiv del análisis es la incapacidad de la burguesía liberal alemana para desempeñar el papel dirigente en la revolución burguesa. La correlación de fuerzas hipotéticamente favorable para el proletariado fue expresada reiteradamente por Marx y Engels en forma de fórmulas compactas: «[sólo con el apoyo

del campesinado] *«la revolución proletaria obtendrá el coro sin el cual su solo se convierte, en todas las naciones campesinas, en un canto del cisne»*; o bien: *«Todo en Alemania dependerá de la posibilidad de respaldar la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina. Entonces todo irá de maravilla»*.

Sin embargo, a mediados del siglo XIX las condiciones formaron una combinación desfavorable para el proletariado, y, en opinión de los clásicos, fue precisamente el hecho de que la burguesía *contrarrevolucionaria*, y no el proletariado *revolucionario*, lograra arrastrar tras de sí a las masas campesinas, la causa principal de que las revoluciones de la Primavera de los Pueblos de 1848-1849 no fueran radicales, no se llevaran hasta el final ni siquiera en el sentido *burgués*, por no hablar de que abrieran la perspectiva para la realización de la estrategia comunista internacionalista del proletariado. Pero estas condiciones sí se dieron medio siglo después en Rusia, y no aprovecharlas no habría sido otra cosa que la traición a la clase por parte del partido que pretendía expresar sus intereses.

En segundo lugar, los mencheviques carecían de la comprensión de la necesidad de concebir la lucha de cualquier destacamento nacional del proletariado como *subordinada* a los intereses de la clase mundial en su conjunto. Los bolcheviques legaron a las generaciones posteriores de combatientes revolucionarios una experiencia inestimable: el proletariado creó por *primera vez* un Estado Mayor operativo de la revolución mundial; por primera vez unió –en la realidad, y no en declaraciones o anhelos morales– a los diversos destacamentos de la clase en todo el mundo; por primera vez convirtió a la clase obrera en *sujeto* de las relaciones internacionales. Pero todo esto podría no haber existido si los obreros rusos hubieran seguido a los mencheviques y renunciado voluntariamente a la toma del poder.

Pero la derrota de la *primera* revolución comunista mundial no puede refutar la justeza del marxismo, del mismo modo que no puede refutar la lógica del desarrollo histórico y social.

El final del tercer período puede situarse *convencionalmente* en 1925, cuando, en virtud de los resultados de la XIV Conferencia del PCR(b), se consolidó el paso del rumbo hacia la revolución comunista mundial al rumbo de la construcción del socialismo en un solo país. Los últimos destellos de este período fueron la guerra civil española de 1936-1939. La segunda guerra imperialista mundial que le siguió estuvo acompañada únicamente de levantamientos indepen-

dientes, fragmentados y de fuerza y alcance limitados por parte del proletariado, en los cuales desempeñaron un papel central aquellos que habían participado en la oleada revolucionaria de 1917-1923 y en la subsiguiente lucha contra la contrarrevolución burguesa.

La ola contrarrevolucionaria y las posteriores décadas de dominio de la burguesía engendraron no solo monstruos de la reacción capitalista, sino también muchas de las más o menos influyentes ideologías del *falso* socialismo: estalinismo, maoísmo, castrismo y guevarismo, juche, chavismo, etc. Todas ellas surgieron en su época como ideologías *burguesas* de “desarrollo de alcance”, destinadas a acompañar la centralización y la aceleración del desarrollo *capitalista* de los respectivos países atrasados, y en la actualidad han ocupado su merecido lugar en la periferia del cementerio de una multitud de ideologías burguesas, del cual las más diversas facciones de la burguesía extraen sus “ideas”. Otro componente de estas ideologías, que las aproxima, por ejemplo, al populismo ruso (los *naródniki*), fueron elementos de socialismo *utópico*, destinados a involucrar a las amplias masas en la construcción del *capitalismo* que tenía lugar en la realidad, y a ocultarlo tras frases sobre la mítica “construcción del socialismo”.

Paralelamente, se mantuvieron fragmentos del asalto a los cielos revolucionario de la segunda mitad de la década de 1910 y principios de la de 1920: corrientes *proletarias* que intentaron defender el marxismo en condiciones de una represión generalizada. Pero no lograron realizar una retirada organizada, conservar a los escasos cuadros, ofrecer un análisis científico de las batallas sociales en curso e inminentes, ni crear un núcleo que pudiera convertirse en el sucesor del partido mundial del proletariado. En última instancia, llegaron a un callejón sin salida. La más conocida de estas corrientes es el trotskismo, que en la actualidad ni siquiera posee una teoría unificada y ha degenerado al nivel de ideologías *pequeñoburguesas*, que no trascienden el marco de determinadas reivindicaciones nacionales o alianzas interclasistas. A pesar de que no cuestionamos la disposición subjetivamente revolucionaria de León Trotsky ni sus méritos ante la clase del proletariado, la honestidad científica exige reconocer que las semillas del trotskismo contemporáneo fueron plantadas por los errores teóricos y políticos del propio Trotsky.

Sin embargo, existieron también corrientes *proletarias*, fundamentalmente en Italia, que lograron al menos preservar el hilo del marxismo y preparar el terreno para las futuras generaciones de revolu-

cionarios. Su principal logro fue un análisis básicamente correcto de la naturaleza socioeconómica de los Estados similares a la URSS estalinista: son Estados burgueses, que brotan sobre la base de una economía *capitalista*.

EL CUARTO PERÍODO (ACTUAL)

Las condiciones actuales difieren sustancialmente de aquellas que observaron los clásicos del marxismo al trazar la siguiente *lógica del desarrollo social*: los rápidos ritmos de desarrollo capitalista iban acompañados de una aguda exacerbación de las contradicciones de clase, la situación de las masas proletarias se volvía cada vez más insoportable, y esto generaba un crecimiento de la lucha de clases espontánea. A los marxistas entonces solo les correspondía *fusionar el movimiento obrero y el socialismo*.

Actualmente, vemos altos ritmos de desarrollo capitalista, acompañados del crecimiento de la producción industrial, la descomposición del campesinado y la migración de la población a las ciudades, en el sudeste asiático y en África; pero incluso allí, este proceso ya ha terminado o se está ralentizando. Desde luego, no cabe esperar un crecimiento de la lucha de clases espontánea de los trabajadores asalariados en las metrópolis imperialistas desarrolladas *a corto plazo*.

Las condiciones actuales en todos los Estados imperialistas desarrollados son similares a las que ya se observaban en la segunda mitad del siglo XIX en los países de vanguardia del desarrollo capitalista: Inglaterra y Estados Unidos. Ya en 1907, Lenin les dio una caracterización exhaustiva. El proletariado no muestra «*casi ninguna independencia política. La arena política de estos países –con una ausencia casi absoluta de tareas históricas democrático-burguesas– estaba totalmente ocupada por una burguesía triunfante y engreída, que en el arte de engañar, corromper y sobornar a los obreros no tiene igual en el mundo*».

Hoy existe una estratificación de los trabajadores asalariados más compleja en comparación con el capitalismo del siglo XIX y principios del XX; en los países de capitalismo desarrollado va acompañada del crecimiento del parasitismo y de la aristocracia obrera, la expansión de los estratos propietarios entre los asalariados y la familia con múltiples fuentes de ingresos; una productividad del trabajo relativamente alta hace que haya muchos menos obreros concentrados *simultáneamente* en las empresas industriales que en la época anterior; se produce una convergencia de los ingresos de los obreros asalariados y de

los estratos intermedios, y un sistema de transporte y un parque de viviendas más desarrollados difuminan (pero no eliminan) la división de los barrios de residencia en “obreros” y burgueses; la producción, difusión y consumo de la ideología dominante (redes sociales, streaming, Internet en general) ha adoptado formas más sofisticadas; el imperialismo ha creado un Estado “social” desarrollado.

Es precisamente a esto a lo que se debe la ausencia de un movimiento obrero de masas y la extrema debilidad de la minoría revolucionaria en los centros del desarrollo imperialista (sobre cuya clase obrera recae la tarea histórica de desempeñar un papel clave en la revolución comunista), lo que hace imposible *a corto y medio plazo la perspectiva* de una revolución comunista victoriosa.

Al mismo tiempo, **la acumulación originaria del capital** (es decir, la separación del productor directo de los medios de producción) **ha concluido** en todo el mundo en *la última* esfera donde aún podía producirse: la esfera agraria. En la segunda mitad del siglo XX, la descomposición del campesinado concluyó en su mayor parte. Hoy en día, no existe como clase de la época precapitalista en proporciones que pudieran tener alguna trascendencia mundial. La revolución agraria ha terminado. La producción agrícola se ha convertido en un sector más de la economía capitalista.

La época de las revoluciones burguesas ha terminado, y con ella han quedado en el pasado las guerras de liberación nacional y los movimientos anticoloniales. Todo esto ha privado a los comunistas de la posibilidad de complementar la insurrección proletaria con una nueva edición de la guerra campesina o con un movimiento de liberación nacional. La clase moderna de los trabajadores asalariados deberá llevar a cabo la revolución comunista mundial en unas condiciones históricas nuevas y sin precedentes. Al mismo tiempo, por primera vez en la historia, le corresponderá realizar el programa comunista, sin límites y sin adulteraciones: el programa de la abolición de la propiedad privada. La realización de este programa abrirá el camino desde la forma superior y última de *la producción mercantil* –el capitalismo– al trabajo organizado comunístamente, es decir, directamente social, que excluye la posibilidad de convertir el producto del trabajo social en *mercancía*. La abolición de la propiedad privada implica *la abolición* de la producción de mercancías como tal. Y aquí cabe señalar dos aspectos importantes que se derivan del análisis científico del capitalismo realizado por el

marxismo: 1) a este objetivo no conducen las medidas para atenuar *determinadas manifestaciones negativas particulares* mediante la nacionalización, la regulación estatal y la corrección de los “fallos” del mercado, la expansión del “Estado de bienestar”, etc.; 2) entre la producción mercantil, es decir, capitalista, y la producción planificada, es decir, comunista, no puede existir ningún sistema económico “intermedio”, ninguna “tercera vía”. Debido a que en la sociedad moderna existe un nexo social constante y no accidental sobre la base anárquica de la producción, que en la superficie se manifiesta en la difusión generalizada del dinero, entonces cualquier modo de producción que conserve este carácter *anárquico* y mercantil de la base y, en consecuencia, el dinero, será descrito por la teoría de Marx, es decir, será capitalista: simplemente *por definición*, independientemente de la denominación que reciba en los habituales y “nuevos” o viejos mantras ideológicos: “socialismo real”, “monocapitalismo”, “totalitarismo”, “capitalismo de Estado”, “colectivismo burocrático”, “modo de producción neosialítico”, “neofeudalismo”, etc. Como demostró Lenin en su polémica con Kautsky y Bujarin, es imposible un capitalismo hipotético en el que solo quedara un único capitalista global encarnado en una corporación estatal o privada, que hubiese suprimido definitivamente la competencia de otras fracciones.

En la actualidad, ninguna de las fracciones de la burguesía puede, *en principio*, ofrecer una solución a los problemas fundamentales a los que se enfrenta la humanidad. De este modo, el único interés verdaderamente general de la burguesía moderna es la conservación del modo de producción existente. Indudablemente, la escisión de la burguesía –la clase dominante de la sociedad capitalista– es un fenómeno objetivo. Está dividida en la lucha por la apropiación de la plusvalía y, por tanto, en principio no puede estar unida. Pero está unida por el interés común de clase de preservar el orden social en cuyo marco podrá seguir apropiándose de la plusvalía.

Todas las envolturas políticas modernas están completamente formadas y son totalmente adecuadas al modo de producción establecido. Las diferencias entre los partidos de “derecha” e “izquierda”, así como entre los regímenes “democráticos” y “dictatoriales”, son de carácter *particular* y cosmético. El parlamento (y otros órganos representativos) es un vestigio disfuncional incluso para la burguesía, ya que la lucha de sus fracciones y la adopción de las decisiones fundamentales tienen lugar en los órganos del poder ejecutivo y monetario. Mucho menos lo necesita el pro-

letariado, ya que no puede desempeñar ni siquiera el papel de tribuna de nuestra clase.

No fue así en la época de las revoluciones burguesas, que luchaban contra *las supervivencias medievales*. Entonces los comunistas apoyaban la lucha por la democracia burguesa, puesto que creaba las condiciones para el desarrollo capitalista acelerado y, en consecuencia, era una etapa *necesaria e ineludible* en el camino hacia el pleno despliegue de la lucha del proletariado sobre un terreno moderno, es decir, capitalista. La participación del proletariado en esta lucha era lo único que podía conferirle el carácter más consecuente y pleno, así como acelerar considerablemente el logro de sus resultados.

Nuestra época plantea por primera vez al proletariado y a su partido comunista mundial la tarea de cumplir *única y exclusivamente sus propias tareas puramente comunistas*. Por eso, el partido comunista no puede entrar en ningún bloque interclasista, coaliciones electorales, alianzas interpartidistas, comités de coordinación, etc. Pero siempre hemos saludado y saludaremos a los desertores de la clase burguesa que emprenden el camino de la revolución comunista mundial. Siguen el único camino correcto: el camino de Marx, Engels, Lenin.

EL CAPITALISMO ENGENDRA GUERRAS

La mercancía es *la célula* económica de la sociedad capitalista. De esta célula brotan *inexorablemente* todos sus rasgos inherentes: la competencia por todos los medios posibles, la miseria y la manifestación suprema de las contradicciones del capitalismo: las guerras imperialistas mundiales. Así, el propio desarrollo del modo de producción capitalista genera constantemente las condiciones para las guerras. Por consiguiente, el único modo de poner fin a las guerras es la abolición de la propiedad privada.

Ya en “La ideología alemana”, Marx y Engels escribieron: «*La gran industria universalizó la competencia [...] creó los medios de comunicación y el moderno mercado mundial [...]. La gran industria creó en todas partes, en general, las mismas relaciones entre las clases de la sociedad, destruyendo con ello las particularidades de las distintas nacionalidades. Y, finalmente, mientras la burguesía de cada nación sigue manteniendo sus intereses nacionales aparte, la gran industria ha creado una clase que en todas las naciones obedece a los mismos intereses y en la que ya ha sido destruida la nacionalidad; una clase que está realmente desvinculada de todo el viejo mundo y que, al mismo tiempo, se enfrenta a él.*»

En este momento, el modo de producción capitalista ha abarcado efectivamente todo el globo terrestre, por lo que, si Marx y Engels ya crearon la Liga de los Comunistas como organización internacional, en las condiciones actuales de *competencia universal* los marxistas están obligados a concebirse como vanguardia proletaria mundial; de lo contrario, están condenados al localismo y a la estrechez, o, lo que es peor, a convertirse en instrumento de una de las fracciones de la burguesía, que persigue *siempre* determinados intereses *nacionalmente limitados*, inadecuados para la época contemporánea.

EL CARÁCTER DE LAS GUERRAS EN LA ÉPOCA ACTUAL

El marxismo siempre ha considerado la formación de las naciones como consecuencia de la afirmación del capitalismo y la liquidación del feudalismo; es decir, antes del comienzo de la época del capitalismo, las naciones en la acepción científica de la palabra no existían. En la Edad Media, cada uno de los Estados estaba formado por numerosos cantones y regiones autónomas con sus propias barreras aduaneras, que a menudo incluso hablaban idiomas distintos. Eran unidades económicas independientes, y sus vínculos con el poder central del Estado eran bastante débiles. El capitalismo, al destruir los vínculos comunales, gremiales, corporativos, etc., de la Edad Media, instauró en su lugar otro tipo de vínculo: el nexo en el marco de la economía mercantil, establecido por el mercado. Fue precisamente este nexo el que se convirtió en el tejido conectivo de la nación.

En una de sus obras más importantes, “El derecho de las naciones a la autodeterminación” (1914), Lenin escribió: «*En todo el mundo, la época de la victoria definitiva del capitalismo sobre el feudalismo ha estado ligada a movimientos nacionales. La base económica de estos movimientos consiste en que, para la victoria completa de la producción mercantil, es indispensable la conquista del mercado interior por la burguesía, es indispensable la cohesión estatal de territorios cuya población hable el mismo idioma, suprimiendo todos los obstáculos para el desarrollo de dicho idioma y para su afianzamiento en la literatura. La formación de Estados nacionales, que son los que mejor satisfacen estas exigencias del capitalismo moderno, es por consiguiente la tendencia (la aspiración) de todo movimiento nacional. Los más profundos factores económicos empujan a ello, y para toda la Europa Occidental, más aún, para todo el mundo civilizado, el Estado nacional es por ello lo típico, lo normal en el período capitalista. Por consi-*

guiente, si queremos comprender el significado de la autodeterminación de las naciones sin jugar a las definiciones jurídicas, sin “inventar” definiciones abstractas, sino analizando las condiciones histórico-económicas de los movimientos nacionales, llegaremos inevitablemente a la conclusión siguiente: por autodeterminación de las naciones se entiende su separación estatal de las colectividades de otra nación, se entiende la formación de un Estado nacional independiente».

A causa de la desigualdad del desarrollo capitalista surgió una subvariante particular de la cuestión nacional: la cuestión colonial. Su esencia radicaba en que los países cuya burguesía había culminado fundamentalmente la liquidación de las supervivencias precapitalistas en su patria se convertían en *metrópolis* y protegían por todos los medios estas mismas supervivencias en los países dependientes: *las colonias*. Entonces los comunistas se enfrentaron a la tarea de apoyar a una parte de los movimientos democrático-burgueses en los países *atrasados*, porque su victoria aceleraba el desarrollo del capitalismo y, en consecuencia, acercaba la siguiente etapa de las revoluciones proletarias en todo el mundo.

Sin embargo, esto no se refería a todos los movimientos democrático-burgueses, sino *únicamente* a los nacional-revolucionarios. Ya en el II Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en 1920, Lenin señaló: «No cabe la menor duda de que todo movimiento nacional no puede ser sino un movimiento democrático burgués, ya que la masa principal de la población en los países atrasados la constituyen los campesinos, que son los representantes de las relaciones capitalistas burguesas. [...] si hablásemos del movimiento democrático burgués, se borraría toda diferencia entre el movimiento reformista y el movimiento revolucionario. [...] la burguesía imperialista hace todo lo posible por implantar el movimiento reformista también entre los pueblos oprimidos. Entre la burguesía de los países explotadores y la de los países coloniales se ha producido cierto acercamiento, de modo que muy a menudo –y tal vez hasta en la mayoría de los casos–, la burguesía de los países oprimidos, pese a prestar su apoyo a los movimientos nacionales, lucha al mismo tiempo de acuerdo con la burguesía imperialista, es decir, junto con ella, contra todos los movimientos revolucionarios y las clases revolucionarias. [...] nosotros, como comunistas, sólo debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias en el caso de que estos movimientos sean verdaderamente revolucionarios, en el caso de que sus representantes no nos impidan educar y organi-

zar en un espíritu revolucionario a los campesinos y a las grandes masas de explotados. Si no se dan estas condiciones, los comunistas deben luchar en dichos países contra la burguesía reformista...».

Y aquí cabe hacer una importante puntualización: bajo el término «*atrasados*», la Internacional Comunista entendía los países con un predominio en la economía de relaciones feudales o patriarcales y patriarcales-campesinas, y de ninguna manera países con una economía capitalista plenamente formada que solo cedieran ante los países punteros en el aspecto cuantitativo. Hoy en día no existen tales países atrasados a una escala significativa.

Por consiguiente, desde el punto de vista del marxismo, la cuestión nacional se considera «*resuelta*» cuando el feudalismo en la economía de un país ha sido superado por completo y la producción se ha vuelto plenamente mercantil. A partir de ese momento comienza una nueva etapa histórica: la lucha del proletariado por la supresión de todas las naciones y fronteras estatales, por la unificación de las personas de todo el mundo en el marco de una nueva economía comunista. Naturalmente, esta concepción científica difiere de la extendida opinión *filistea* de que la cuestión nacional no está resuelta mientras persistan los conflictos entre Estados que representan a distintas naciones o etnias en el seno de un mismo Estado; pero la realidad es que, en este sentido, la cuestión nacional no puede, en principio, resolverse en el marco de la economía capitalista mundial.

Semejante enfoque filisteo no solo es completamente inútil en el plano teórico, sino también perjudicial en la práctica, pues convierte al proletario que lo adopta en un instrumento ciego y sumiso que será inevitablemente utilizado por tal o cual fracción de la burguesía.

Lo único que puede prevenir esto es la comprensión de que hoy en día las naciones están plenamente formadas, y que las guerras libradas por destacamentos individuales de la burguesía mundial (independientemente de si son países pequeños por el tamaño de su economía, países grandes, o fracciones dentro de un país), amparándose en la consigna de “guerra de liberación nacional”, son guerras de carácter imperialista de forma directa y evidente, o bien imperialistas en un sentido proxy (subsidiario), cuando la burguesía de alguna pequeña nación o una fracción de ella actúa meramente como intermediaria para lograr los objetivos de determinadas potencias imperialistas o sus bloques.

En el “Manifiesto”, Marx y Engels proclamaron que los proletarios no tienen patria. Esto por sí solo implicaba la necesidad de que el proletariado luchara en primer lugar por sus propios intereses de clase a escala mundial: los intereses nacionales ya entonces se convertían en sinónimo de los intereses de las clases dominantes. Con la época imperialista, el nacionalismo ha perdido por completo cualquier contenido progresista. Como escribió Lenin: «*Si las guerras nacionales de los siglos XVIII y XIX marcaron el comienzo del capitalismo, las guerras imperialistas señalan su fin*».

Es del todo irrelevante cuál de los destacamentos de la burguesía atacó primero: este hecho *particular* no altera lo principal: el carácter *reaccionario* de las guerras. En estas condiciones, como escribió Lenin, la división en guerras defensivas y ofensivas se vuelve obsoleta.

Ninguno de los bandos en semejante conflicto lucha por quebrar el régimen capitalista *arcaico* y bárbaro y pasar a la siguiente etapa de la evolución social de la humanidad, y esto significa que las guerras surgirán una y otra vez. La humanidad solo tendrá la oportunidad de romper este círculo vicioso en el momento en que el proletariado desencadene *la revolución mundial*: la culminación total de esta guerra civil mundial pondrá fin a *todas* las guerras al eliminar su causa principal: la producción de mercancías.

Así pues, el fenómeno típico, y no la excepción, en nuestra época imperialista es la guerra imperialista; pero lo *típico* no es lo único, y en *la época* imperialista *pueden* existir guerras “justas”, “defensivas”, revolucionarias: son las guerras civiles *de clase*, las guerras contra todas las potencias imperialistas libradas por el proletariado para establecer su propia dictadura, así como las guerras con el fin de extender la revolución a otros países. Por eso, la posición de los comunistas no tiene nada que ver con el pacifismo burgués, y la consigna general de los comunistas, aplicable a *cualquier* guerra de la actual *época* imperialista, es la clásica consigna de los espartaquistas alemanes: **“El enemigo principal está en el propio país”.**

Sin embargo, esta consigna, y la táctica del *derrotismo revolucionario* que la secunda, como única táctica correcta –es decir, la lucha revolucionaria *de masas* del proletariado de todos los países contra sus “propios” gobiernos en todas las guerras imperialistas–, solo pueden llevarse a la práctica si existe un movimiento *de masas* de la clase obrera.

Mientras este movimiento no exista, cada obrero puede poner su ladrillo en los cimientos del edificio

futuro, es decir, comprender –y difundir esta comprensión a su alrededor– que, incluso en un sentido estrictamente *cotidiano*, no tiene ningún sentido que el proletariado apoye a “su” burguesía en la guerra, ya que la clase dominante la utilizará inevitablemente para intensificar la opresión de la clase explotada (restricción de las libertades políticas, de expresión, de reunión y de organización, restricciones en la vida diaria, traspaso del aumento de los costes a la población, intensificación del régimen laboral, movilización forzosa) y sacará provecho para sí misma (redistribución de activos, aumento de la corrupción y de sus propios privilegios, incluso bajo el pretexto de clasificar como secretos datos antes públicos, enriquecimiento a costa de los contratos militares y la ayuda exterior, agravando aún más la enorme estratificación social generalizada).

LAS TAREAS DE LA LUCHA COMUNISTA

La asimilación de la teoría marxista y de la experiencia de las batallas de clase anteriores del proletariado es una condición necesaria, pero insuficiente, para la lucha por la creación del partido comunista mundial.

Vivimos en una época de maduración de las condiciones de la revolución comunista. La cuestión clave no es cuán rápido será superado el capitalismo, sino de qué manera. La vigencia de la vía revolucionaria no se cuestiona. El problema radica en *cómo exactamente* se desarrollará este proceso. La fuerza motriz de la revolución comunista es la clase de los trabajadores asalariados: la única clase revolucionaria de nuestra época. La tarea de los comunistas es generalizar y desarrollar las formas que adoptará su lucha, dirigiéndola hacia la abolición de la propiedad privada. Para ello, los comunistas deben participar en todas las manifestaciones de la lucha contemporánea del proletariado, por muy parciales y limitadas que sean.

El partido comunista mundial está en constante vínculo con la clase de los obreros asalariados. Las condiciones objetivas determinan la profundidad y la amplitud de la actividad de la vanguardia política.

Al mismo tiempo, no hay que olvidar que la lucha de clases se desarrolla simultánea, pero desigualmente, en varios frentes: económico, político y teórico. La tarea principal de la lucha en el frente teórico consiste en vincular y generalizar la experiencia de lucha de la clase de los trabajadores asalariados *en el tiempo y el espacio mundiales*. Es necesario *crecer junto con*

la clase obrera, no de forma aislada de ella y, mucho menos, sustituyéndola.

En el esquema del programa del Partido Comunista Internacionalista, presentado en septiembre de 1944, se exponen tesis que conservan su vigencia en la actualidad: *«Nuestra línea política no estará influida ni por esquemas idealistas, ni por las teorías de la espontaneidad, lo que permitirá que la voluntad de lucha del partido coincida con la de las grandes masas cuando estas hayan expresado de forma generalizada la necesidad vital de la ofensiva revolucionaria para la conquista del poder.»*

«Pero la conquista del poder no puede tener lugar sin que previamente el partido haya conquistado la influencia sobre las grandes masas del proletariado. A tal fin, el partido precisa sus tareas de la manera siguiente:»

a) *«Las masas no se conquistan cuándo y cómo se quiere, si las condiciones objetivas no las ponen en movimiento; inútiles son las maniobras de los partidos tendientes a influir en ellas para obligarlas a actuar como por un golpe de varita mágica;»*

b) *«El espíritu combativo de las masas –cuando se inflama en la lucha– traduce gráficamente el proceso de inestabilidad y crisis que atraviesa el aparato de producción del capitalismo, sus mercados y toda su organización política. En este momento el partido debe injertarse en la lucha y convertirse en uno de los elementos determinantes de ella, arrastrando a su órbita a las masas para unificar su energía y dirigirla a la consecución de objetivos precisos;»*

c) *«El éxito de tal maniobra será posible en la medida en que el partido haya logrado crearse en las masas órganos permanentes de propaganda, proselitismo y agitación; en la medida en que haya logrado conquistar la confianza manteniéndose constantemente adherido a la vida del proletariado, a sus luchas y a sus reivindicaciones de clase; y, finalmente, en la medida en que haya demostrado que no ha engañado con agitaciones extemporáneas e insinceras, con huelgas vanas por la huelga, o con huelgas contrarias al espíritu y al interés de la clase.»*

Si todos los representantes de las clases explotadas que precedieron al proletariado tenían la posibilidad de liberarse de su situación de dependencia individualmente, pasando a engrosar las filas de la clase dominante, desde que la historia moderna se convirtió plenamente en historia mundial, la emancipación de la clase explotada, la clase de los trabajadores asalariados, solo se hizo posible *«en la comunidad real», «en su asociación y por medio de ella.»* Dicho de otro modo, la salida del capitalismo pue-

de ser el resultado exclusivo de la acción colectiva del proletariado mundial.

Después del capitalismo no habrá ni explotados ni explotadores. En las “Tesis sobre Feuerbach”, Marx expone las tesis fundamentales del materialismo dialéctico y, entre otras cosas, llama la atención sobre el defecto fundamental de todo el materialismo anterior. *«La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad.»*

A esto le sigue la conclusión más importante: *«La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria.»*

La práctica revolucionaria solo puede ser aquella que se ha fundido indisolublemente con la teoría revolucionaria. Solo tal unidad de teoría y práctica constituye el movimiento comunista capaz de superar el estado en el que una parte de la sociedad se eleva por encima de la otra.

«¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Enero de 2026.



EN BUSCA DEL CAMINO

Este texto es un ensayo histórico-político que describe el largo camino de formación y la evolución ideológica de un grupo: desde su origen a finales de la década de 1990 hasta la transición a nuevas formas de trabajo en la actualidad. El material narra los primeros pasos de la organización en la «*tierra arrasada*» de la Rusia postsoviética, el maximalismo espontáneo de los primeros años de publicación del periódico Komsa y los intentos de reconstruir los principios comunistas del trabajo de partido. En las condiciones actuales de extrema pasividad de la clase obrera, perseguir indicadores cuantitativos resulta destructivo: la tarea primordial de los comunistas de hoy no debe ser la compilación mecánica de la prensa burguesa ni la imitación de un carácter de masas, sino una selección intransigente, una profunda preparación teórica de una reducida capa de cuadros revolucionarios y el desarrollo del pensamiento marxista aplicado a las realidades contemporáneas.

Rusia a finales de la década de 1990: se acerca a su fin una década de lucha económica del proletariado, activa pero espontánea y fragmentada, cuyo apogeo fue la “guerra de los rieles” de 1998¹.

En estas circunstancias, en el verano de 1997, se forma en Kírov un pequeño grupo marxista que, antes que nada, se desmarca tajantemente del “comunismo” oficial y semioficial: una amalgama de herederos pseudocomunistas de la contrarrevolución estalinista que, en la primera mitad del siglo XX, destruyó la escuela marxista en Rusia. Estos grupos ya se habían desacreditado por completo en aquel entonces, aunque algunos de ellos siguen existiendo hasta hoy a modo de peculiares zombie companies.

“TIERRA ARRASADA” Y MAXIMALISMO DEFENSIVO

El Grupo Marxista de Kírov (GMK), que estuvo en los orígenes de nuestra organización, se vio obligado prácticamente a empezar de cero: la táctica de «tierra arrasada» empleada por el estalinismo provocó una ruptura en la continuidad del partido revolucionario; no había nadie que pudiera transmitir a nuestra generación la experiencia práctica, teórica y organizativa de los bolcheviques. Por otro lado, había que enfrentarse al creciente nacionalismo (incluido el ámbito electoral)², que encontraba un terreno fértil en los deprimidos barrios obreros, e intentar arrancar de su influencia a los jóvenes que no eran indiferentes a lo que ocurría. En general, el entorno político oficial de Rusia en aquel momento estaba mucho más fragmentado que el actual sistema “de parti-

do y medio”³, y los frentes ideológicos estaban mucho más definidos. La dura confrontación ideológica a menudo iba acompañada de enfrentamientos físicos en las calles de la ciudad.

Todos estos factores hicieron que, en sus inicios, la orientación de nuestro grupo llevara el marcado sello del maximalismo. Se decidió comenzar a editar un órgano de prensa propio, que recibió el nombre de *Komsa*. Los motivos de esta elección se expusieron en el editorial del primer número, publicado en junio de 1998: «En la época de la URSS tardía, se llamaba *komsa* a la parte revoltosa e incontrolable de la organización masiva

y obligatoria del Komsomol (VLKSM): a aquella que detestaba asistir a las reuniones tediosas y uniformes», a la que «no le interesaba la oportunidad» de hacer carrera, algo a lo que los «jefes del Komsomol» se dedicaban con ahínco. A diferencia de ellos, los jóvenes maximalistas «preferían vivir y percibir todo lo que ocurría en toda su diversidad. Se les reprendía, se les expulsaba de la organización. Pero por extraño que parezca, fueron precisamente ellos quienes, al integrarse en las nuevas organizaciones de la izquierda radical, se levantaron primero contra el poder del capital.

No tenemos nada en común con la élite del Komsomol de finales de los ochenta. Ellos se quedaron con los bares y restaurantes de lujo, los bancos y las playas de Canarias; a nosotros nos tocó una sociedad en ruinas y hambrienta, en la que tenemos que luchar, esforzarnos o, simplemente, sobrevivir. [...]

1 - “Sobre el movimiento obrero y el periódico obrero”, en “Delo rabochij”. 2002. Noviembre. N.º 1. Pág. 1.

2 - Mélnikova, N. “La región de Kírov: en julio de 1998”, en Instituto Internacional de Estudios Humanitarios y Políticos. Monitoreo político. URL: <http://www.igpi.ru/monitoring/1047645476/1998/0798/43.html>.

3 - Hemos dedicado varias de nuestras publicaciones a esta particularidad del sistema político ruso. «Aclaremos a qué nos referimos: con el surgimiento de “Rusia Unida”, a pesar de la existencia formal del multipartidismo, la síntesis de intereses, la renovación de la línea política y de la composición de los cuadros de la clase dominante rusa se producen, de facto, en el seno de este partido; todos los demás, en el mejor de los casos, expresan los intereses minoritarios de algunos grupos de la burguesía y, por lo tanto, juegan en el escenario parlamentario el papel secundario de guarnición a elegir para el plato principal. Su función se limita a recoger los votos de los descontentos, creando la ilusión de que existe una alternativa. Es precisamente a este sistema de partidos políticos, que ha confirmado su vitalidad en las últimas elecciones parlamentarias, al que llamamos de partido y medio» (“El vacío del parlamentarismo”, en “Proletarski internatsionalizm”. 2016. Octubre. N.º 26).

Además, la descripción de este fenómeno se puede encontrar en los artículos “La realidad social y la tempestad en un vaso de agua electoral” (*Proletarski internatsionalizm* N.º 62, octubre de 2019), “Las ilusiones de la clase dominante y las realidades del imperialismo ruso (I)” (*Proletarski internatsionalizm* N.º 82, junio de 2021), “Las revoluciones de colores y la democracia soberana” (*Proletarski internatsionalizm* N.º 104, mayo de 2023) y “El retraso histórico de la reestructuración” (*Proletarski internatsionalizm* N.º 122, noviembre de 2024).

Nosotros, al igual que los "Justicieros esquivos"⁴, odiamos a la burguesía y a toda contrarrevolución. Nos hemos unido para luchar por una sociedad nueva, sin clases, en la que no haya lugar para la explotación del hombre por el hombre ni para la violencia; una sociedad en la que será destruido el mal principal: la propiedad privada concentrada en manos de un puñado de magnates que se creen los dueños de la vida. Tras la propiedad privada, serán destruidas las relaciones mercantiles y monetarias. El nombre de esa nueva sociedad es comunismo.

Pero antes de que esta sociedad sea creada, el proletariado, es decir, la clase de los trabajadores asalariados, debe tomar el poder, derrocar el viejo mundo capitalista. Sin embargo, el movimiento hacia el comunismo no terminará ahí; el proletariado deberá crear su propio aparato de represión para sofocar la resistencia de la burguesía. Esta sociedad ya no será un Estado en el sentido estricto, ya que el poder estará en manos de la mayoría; en el marxismo, a esa mayoría se le llama dictadura del proletariado. Es un período de transición en el que se destruirá la vieja sociedad y se creará la nueva.

La creación de la nueva sociedad solo es posible con la aparición de un hombre nuevo: libre, orgulloso, con afán de conocimiento y de desarrollo integral, desprovisto de prejuicios burgueses y de oscurantismo. Un hombre así solo puede formarse en el seno de una organización comunista»⁵.

Esta actitud y el carácter de la época de los años 90 en Rusia quedaban bien reflejados en titulares de *Komsa* como "Barkashov: el hermano ruso de Hitler", "¿Está lejos Ziugánov del fascismo?", etc.⁶

Rápidamente comprendimos la necesidad de establecer contactos con diversos grupos de la izquierda radical en otras regiones.

En agosto de 2000, el GMK participó en la segunda conferencia del Movimiento por el Partido Obrero (MPO), una formación que constituía una "neblina organizativa" de corrientes heterogéneas. Entre ellas no solo había una tendencia leninista, sino también una legalista y otra espontaneísta⁷, unidas únicamente por el deseo de crear un partido obrero, pero

carentes de una estrategia común. En esta conferencia se produjo una escisión: los delegados del Partido Obrero Marxista y la Fracción Obrera abandonaron el movimiento, y poco después el propio GMK también lo dejó. Aún antes, habíamos establecido colaboración con la Unión de Marxistas, publicando conjuntamente en 1998 el primer número del periódico *Perspektiva* –una publicación más "intelectual" en comparación con el propio periódico del KMG (la ya mencionada *Komsa*), que también continuaba publicándose.

Sobre el nivel de actividad de los obreros en los años 90 y su interés por la prensa marxista, hablan los siguientes datos que recopilamos nosotros mismos sobre la distribución de los periódicos en las puertas de las fábricas de Kírov: en la planta Avitek, durante julio de 1999, se vendieron 7 ejemplares de *Komsa* y 23 de distintos números de *Perspektiva*; en la Planta de Procesamiento de Metales No Ferrosos (OTsM), 2 de *Komsa* y 2 de *Perspektiva*; en el Frigorífico de Kírov, 6 de *Komsa* y 11 de *Perspektiva*; en la Fábrica de Neumáticos de Kírov, 3 de *Komsa* y 24 de *Perspektiva*; en la Planta Electromecánica "Lepse", 18 de *Komsa* y 38 de *Perspektiva*; en el Combinado de Cuero Artificial, 4 de *Komsa* y 4 de *Perspektiva*.⁸

Era un estado de «silencio quejumbroso». Entre los obreros industriales, a los que dirigíamos primordialmente nuestra agitación y propaganda en aquel entonces, la mayoría estaba descontenta, «pero, ¡Dios nos libre de hacer algo al respecto!». Al mismo tiempo, más del 45 % de los asalariados sufría retrasos en el pago de sus salarios. Los procesos de degradación y lumpenización de la clase obrera se intensificaban. A las puertas de las fábricas a menudo se escuchaba un susurro irritado: «¡Dennos ametralladoras! ¡Al diablo con sus periódicos!». ¿Eran estos asalariados proletarios en el sentido clásico de la palabra? ¿Vivían únicamente de la venta de su fuerza de trabajo? Iban a trabajar, pero volvían a casa con los bolsillos vacíos: las deudas salariales en las empresas de la región oscilaban entre varios meses y varios años. ¿De qué vivían durante todo ese tiempo? De las verduras cultivadas en sus propios huertos familiares, de las setas y bayas recolectadas en el bosque y de la pesca

4 - Clásica película de URSS.

5 - *Komsa*. 1998. Junio. N.º 1. Pág. 1.

6 - *Ibíd.*

7 - "Tres vías para el 'Movimiento'". URL: <https://www.oocities.org/marxparty/lpp/lp6/tusovka.htm>.

8 - Salnikov, S. "La ida a la fábrica", en Agencia de Información Sociopolítica. Boletín N.º 1(49). 2000. Febrero. URL: <http://libelli.ru/works/asi-49.htm>.

en los ríos. Algo se ganaba con *changas*⁹ (trabajos informales) por fuera, incluso vendiendo equipos y materiales sustraídos de su “lugar principal de trabajo”. El robo hormiga y el absentismo eran fenómenos comunes en Rusia desde la época soviética. La actitud hacia el trabajo en “su” fábrica se transmitía de generación en generación. “Todo alrededor es del koljós, todo alrededor no es de nadie”: esta muestra clásica del folclore popular de la URSS refleja perfectamente la actitud dominante en la sociedad hacia la propiedad “de todo el pueblo”. La privatización de esta propiedad en la década de 1990 fue acertadamente bautizada en los círculos proletarios con el juego de palabras “apropiazación” (*prikhvatizatsia*¹⁰). A este reparto de la propiedad desde arriba le correspondía un proceso de pequeños hurtos desde abajo. Era una manifestación espontánea e individualista de la lucha de clases. Solo unos pocos se elevaban por encima de este nivel de conciencia de clase. No podía ser de otra manera: «el obrero, por un lado, era de facto un pequeño propietario y, por otro, se veía obligado a sacrificar su propia salud, educación y cultura, sometiéndose a una intensa autoexplotación. En tal situación, hablar de una actividad política sería imposible»¹¹.

La geografía de la distribución de *Komsa* puede verse en la tabla publicada en el N.º 1(6) del año 2000, la cual reproducimos en este artículo, añadiendo la fila de “Total”.

Los grupos que abandonaron el MPO formaron el “Bloque Marxista”, que en noviembre del 2000 publicó el primer número del periódico *Delo rabochij*, centrado principalmente en la cobertura y el análisis de la lucha económica del proletariado. Pese a todos los defectos ahora evidentes de tal enfoque, este se debió al intento de arrancar a los obreros más conscientes de la influencia de las facciones burguesas que, reviviendo las tradiciones del “socialismo policial” de Zubátov en las nuevas condiciones históricas, trataban montarse en el movimiento obrero (muy activo en aquella época) en su propio beneficio, llegando incluso a utilizar algunos de sus destacamentos en

Distribución de Komsa

CIUDAD	N.º 4	N.º 5
KÍROV*	332	323
KAZÁN	50	
KRASNODAR	30	20
MOSCÚ	128	297
LENINGRADO		50
PERM*	50	
CHELIÁBINSK	30	35
MÚRMANSK	10	
UFÁ	60	50
ODESA		10
SEBASTOPOL	5	
BARNAÚL	30	
NIZHNI NÓVGOROD	30	50
BIRSK	5	5
ASTRACÁN	10	
YASNOGORSK		10
VÍBORG		10
ROSTOV DEL DON	30	20
VORÓNEZH		3
KAZAJISTÁN		20
KIEV		20
SAMARA		25
KALUGA	30	
KALININGRADO	30	
NEVINNOMISSK	30	
ARZAMÁS-16	10	
GUS-JRUSTALNY	10	
ENVÍO INDIVIDUAL	100	42
TOTAL	1010	940
* EN ESTAS CIUDADES HABÍA SUSCRIPTORES DE "KOMSA".		

los juegos de redistribución de la propiedad y creando movimientos con “orientación social” que adquirieron un peso electoral significativo.¹²

9 - En el original ruso se utiliza el término coloquial *shabashka* (шабашка). Su análogo más exacto en el mundo hispanohablante (especialmente en Sudamérica) es la palabra *changa*: un trabajo informal, temporal y esporádico, que transmite a la perfección la atmósfera del trabajo precario y de supervivencia propia de la Rusia de los años 90.

10 - De *jvatat* – agarrar/arrebatar.

11 - Salnikov, S. “La clase obrera de Kírov: tendencias recientes y perspectivas de lucha”, en Agencia de Información Sociopolítica. Boletín N.º 1(49). 2000. Febrero. URL: <http://libelli.ru/works/aspi-49.htm>.

12 - Minin, S. “El socialismo policial de Zubátov ‘al estilo de mayo’”, en Left.ru. 2000. 25 de septiembre. N.º 3 (3). URL: <https://left.ru/2000/3/mai.html>.

Ya entonces apostamos por el trabajo en los medios proletarios y estudiantiles y por la distribución de periódicos en las puertas de las fábricas, en las calles y recorriendo puerta a puerta los barrios obreros. Paralelamente, en un intento de restaurar el hilo roto de la teoría marxista, nos dedicábamos a su estudio sistemático y organizado, reuniéndonos para ello en los apartamentos de algunos compañeros, puesto que no había dinero para alquilar ni la oficina más barata.

De este modo, atravesando diversas etapas de evolución y adquiriendo en la lucha práctica la experiencia necesaria, se fueron formando los camaradas que, años más tarde¹³, crearían el “Novy Prometey” en San Petersburgo.

RECONSTRUCCIÓN DEL LENINISMO

En el período de la “prehistoria”, cuando la organización se está consolidando, inevitablemente surgen herramientas teóricas y prácticas que en su período de “madurez” son excluidas de su arsenal al no haber demostrado su eficacia. En aquel tiempo, estas consistían en una atención desproporcionada a la “democracia obrera” y a la cobertura de la lucha económica de los asalariados, la concentración en la política local en detrimento de las relaciones internacionales¹⁴, el intento de utilizar el escaño de un diputado de la Duma regional para la propaganda revolucionaria¹⁵ (algo que fue posible gracias a las protestas de los obreros y de las capas intermedias), etc.

Sin embargo, ya en esa época se podía observar la formación de las herramientas que posteriormente se convertirían en constantes en el trabajo de la organización. En esencia, se trataba de la reconstrucción de los principios leninistas:

– La lucha en interés del proletariado como elección vital de cada activista («*Las ambiciones personales deben dejarse de lado, los intereses de la causa están por encima de todo*»¹⁶).

– La defensa de la concepción del Estado como aparato de violencia de clase de la clase dominan-

te (en un artículo con el elocuente título “Al diablo con el ejército” escribimos: «*El 21 de febrero de 1999, las filas unidas de la oposición de Kírov [“Rusia Laboral”, RKR, KPRF, VKP(b) y otras afines] celebraron el tradicional mitin dedicado al aniversario de la creación del Ejército Rojo. La nostalgia por los días pasados se mezclaba con la indignación hacia los malditos yeltsinistas que destruyeron la URSS y, con ella, nuestro valeroso Ejército Soviético. Pero el discurso del secretario del Grupo Marxista de Kírov quedó flotando en el aire, provocando desconcierto e indignación entre los patrióticos veteranos. ¡Y cómo no!, [pues] se atrevió a decir: “El ejército se está desmoronando, pues al diablo con él, esto facilitará que el proletariado tome el poder en sus propias manos. Al fin y al cabo, el ejército no son los tanques ni los cañones, ni siquiera los soldados de familias obreras, sino el aparato de violencia de clase de la clase dominante”. Esta verdad elemental del marxismo resultó ser desconocida para muchos que, al parecer, llevan el nombre de comunistas por un malentendido*»¹⁷.

– La toma de conciencia de que, en un período no revolucionario, la política es patrimonio de estrechas minorías organizadas –las vanguardias de clase– y, como consecuencia, de la necesidad de formar un partido de cuadros capaz de defender la autonomía estratégica y organizativa de la vanguardia proletaria: «*La unidad es imposible con los oportunistas, con aquellos que anteponen las tareas de supervivencia política a los intereses de la lucha general. La unidad es imposible con los que abogan por una alianza (en cuestiones prácticas) con la burguesía “nacional” contra la “compradora” [...]. La unidad es indeseable con quienes glorifican el “humanismo” y la “democracia” desvinculados del sentido de clase de estos conceptos [...]. Deben unirse aquellos que ven el único problema en la ausencia de la vanguardia del proletariado, porque a esas personas solo les falta dar un paso: ¡mirarse al espejo! Si hemos comprendido la necesidad de la revolución socialista, si vemos que la única fuerza capaz de llevarla a cabo es la clase obrera organizada y activa, si*

13 - A finales de 2005.

14 - Véanse los números del periódico Delo rabochij 1 (noviembre de 2000), 1(2) (enero de 2001), 3(4) (abril de 2001), 4(5) (abril de 2001).

15 - Así, en una de las sesiones de la Duma Regional de Kírov, el presidente de la Duma se dirigió al diputado S. Salnikov con las siguientes palabras: «*¡Cese la agitación política entre los muros de la Duma Regional, este no es lugar para ello!*» (véase la octavilla: “El fantasma de la revolución mundial visitó a las autoridades de Kírov”, publicada en septiembre de 2000).

16 - “Análisis de clase de la sociedad y perspectivas de superación del multipartidismo comunista en Rusia”, en *Komsa*. 1998. Agosto. N.º 3 (3). Pág. 6.

17 - “Al diablo con el ejército...”, en *Komsa*. 1999. Marzo. N.º 1 (4). Pág. 3.

ya estamos trabajando en la educación y organización de las masas populares, significa que nosotros somos esa misma vanguardia del proletariado. Solo que actuamos de forma desunida y aficionada, y debemos hacerlo a gran escala, con profesionalidad y de forma centralizada. [...] La conciencia de clase no surge tanto por el "origen económico" como en el curso de la lucha de clases [...]. La clase obrera puede engendrar laboristas, nacionalistas y "pasotas"; no hay nada sorprendente en ello. Es ingenuo considerar cada acción obrera como el inicio de la revolución. Al contrario, no se puede dejar que las cosas sigan su propio curso; hay que intensificar la propaganda y nuestra propia presencia organizada en los colectivos...»¹⁸.

- El reconocimiento de la necesidad de un órgano de prensa propio, que actúe no solo como propagandista colectivo, sino también como organizador («Es necesario proporcionar a los trabajadores información sobre el estado del movimiento obrero en todas las regiones. Dar a los obreros la oportunidad de ver y comprender la comunidad de intereses de todos los trabajadores, de que en todos los rincones de Rusia los obreros luchan por lo mismo. Esto solo se puede lograr mediante el intercambio de experiencias de lucha. Esta tarea solo la puede cumplir un periódico. Al mismo tiempo, el periódico debe erigirse también como organizador. El periódico debe convertirse en una tribuna para los obreros de vanguardia y los líderes obreros [...]. La actividad conjunta de estos obreros avanzados y de los líderes llevará a una situación en la que los destacamentos obreros ya no lucharán de forma espontánea y aislada, sino de forma organizada y conjunta. En resumen, se necesita un periódico. Este periódico hoy debe reflejar los cambios cualitativos que se están produciendo en el movimiento obrero y convertirse en un asistente de los trabajadores en la tarea de su unificación»¹⁹).

- El posicionamiento de la organización como un destacamento de la clase obrera mundial

(«El OKPR²⁰ se considera uno de los destacamentos del movimiento obrero internacional en la lucha contra el capital internacional») y la aplicación de la línea del internacionalismo proletario en cualquier circunstancia («Por mucho que algunos comunistas quieran luchar SOLAMENTE contra el sionismo, OBLIGATORIAMENTE acaban luchando contra los judíos en general. Por mucho que quieran apoyar a los "hermanos serbios", resulta en el apoyo a la burguesía serbia. Por mucho que quieran enfrentarse al imperialismo mundial encarnado en Bill Clinton, acaban ayudando al imperialismo árabe encarnado en Saddam Hussein. Poner los intereses nacionales por encima de los intereses de clase es letal para el movimiento comunista»²¹).

- Una estrategia forjada sobre la base del análisis marxista de los hechos mundiales significativos (el sistema de Estados, las relaciones internacionales, sus tendencias a medio y largo plazo, etc.), así como el análisis de la dinámica del enemigo principal –el "propio" imperialismo–, y la articulación de una postura política correspondiente para cada asunto específico estrictamente sobre la base de estos hechos (así, en uno de los artículos de octubre del 2000 se ofrecía el siguiente análisis en esta línea: «La región, económicamente deprimida²², se encontraba²³ sumida en una profunda depresión social²⁴, la criminalidad, el alcoholismo y las enfermedades aumentaban en la ciudad²⁵ [...]. Esta situación continuó hasta el giro de Putin en la historia de Rusia. Con el demanda del patriotismo y la idea nacional, con la guerra en los Balcanes y en Chechenia, sobre la industria armamentística de Kírov llovieron los pedidos, y no solo rusos. Comenzó la contratación masiva de obreros y especialistas entre los que habían sido despedidos anteriormente [...]. El viceprimer ministro A. Klebánov anunció un crecimiento económico sin precedentes, "fantástico", en la industria armamentística de Kírov (¡más del 1000 %!), y el gobernador de Kírov, V. N. Sergeyenkov, "elegido por todo el pueblo",

18 - "Un espejo para el héroe", en *Komsa*. 1999. Marzo. N.º 1 (4). Pág. 3.

19 - "Sobre el movimiento obrero y el periódico obrero", en *Delo rabochij*. 2002. Noviembre. N.º 1. Pág. 1.

20 - Partido Comunista Unificado de Rusia. El nombre del partido se emplea de forma convencional.

21 - "Análisis de clase de la sociedad y perspectivas de superación del multipartidismo comunista en Rusia", en *Komsa*. 1998. Agosto. N.º 3 (3). Pág. 6.

22 - *Ibíd.*

23 - En la década de 1990.

24 - Tras la reconversión de la segunda mitad de la década de 1980.

25 - La región de Kírov, cuyo 60 % de la industria correspondía en aquel momento a empresas de defensa (industria armamentística).

no dejó pasar la oportunidad de bañarse en los rayos de su propio orgullo, atribuyendo sin dudarle el “milagro económico” a su propia genialidad. Para cualquier persona sensata, resulta evidente que para que la industria logre semejante salto económico en tan corto período de tiempo, antes simplemente tenía que haber estado inactiva. En consecuencia, no hay en ello ningún milagro económico, sino tan solo un encargo del Estado. Para los marxistas, que conocen y comprenden la inevitabilidad de estos procesos, la vida misma les marca las tareas para el período inmediato: 1. Llevar a cabo una labor de agitación y propaganda en el seno del proletariado, explicando la esencia de lo que ocurre, las futuras opciones de desarrollo y la única forma revolucionaria de resolver el problema. 2. Crear y desarrollar nuestra propia organización. 3. Fomentar el desarrollo del movimiento obrero y ganar autoridad en él. [...] Ir y llamar a los obreros a la huelga hoy no tiene ningún sentido. Esperar a que empiecen a hacer huelga ellos mismos o a luchar por sus derechos con otros métodos significa ir a la zaga de ellos. No tenemos otro camino que el de la propaganda revolucionaria marxista, el de la lucha de clases, y este camino no se puede materializar sin la creación de un partido revolucionario marxista»²⁶).

Tenemos la intención de reimprimir íntegramente en nuestra revista y en nuestra página web algunos de los artículos de ese período, incluidos los citados anteriormente, acompañados de un breve comentario: hoy en día es prácticamente imposible conseguir ejemplares originales de *Komsa* (fuera de los archivos).

Aquel fue el período romántico de nuestra formación revolucionaria. Adquirimos experiencia, intentamos crecer junto a nuestra clase y sentimos en carne propia todo lo que a esta le sucedía. Cometimos errores y nos dimos de bruces, y no solo en sentido figurado. Perdimos a quienes considerábamos camaradas, pero que por diversas razones eligieron otro camino. Perdimos también a verdaderos camaradas cuyas jóvenes vidas se truncaron en circunstancias misteriosas. Caminamos: a veces sin brújula, a veces a tientas.

¿UN PASO ADELANTE O DOS PASOS ATRÁS?

En el invierno de 2000, la organización italiana *Lotta Comunista* se puso en contacto con nosotros.

Llevábamos tiempo deseando salir del aislamiento y establecer vínculos con internacionalistas de otros países. Pero no buscábamos específicamente a *Lotta Comunista*; es más, hasta el primer encuentro no sabíamos nada de esta organización. *Lotta Comunista* nos encontró a nosotros. Esta conexión casual se tradujo en casi un cuarto de siglo de relaciones, actividades, debates y lucha.

Esta elección nos permitió:

Ampliar nuestro horizonte y experiencia marxistas.

Acceder al vasto y duradero análisis estratégico de las relaciones internacionales que *Lotta Comunista* ha llevado a cabo durante décadas, así como a materiales científicos más específicos, pero también sumamente útiles, sobre una gran variedad de temas.

Adoptar un modelo de trabajo organizativo serio, responsable, disciplinado y sistemático, basado en la planificación a largo plazo.

Sin embargo, casi un cuarto de siglo después, nos hemos visto obligados a romper relaciones con esta organización, ya que en todo este tiempo no ha logrado plantear una serie de cuestiones clave interrelacionadas: sobre las causas de la pasividad actual de nuestra clase; sobre las condiciones bajo las cuales esta superará dicha pasividad; y sobre cuál debe ser el modelo del partido en sí, sus métodos de trabajo y el tipo de revolucionario proletario requerido, precisamente, en tales condiciones de la clase.

En un clima de ausencia total de cualquier movimiento de clase del proletariado, *Lotta Comunista*, en su afán de preservar a toda costa las cifras cuantitativas que ha alcanzado (y que ciertamente parecen impresionantes en comparación con otros grupos internacionalistas), desembocó de manera inevitable en métodos de trabajo puramente mecanicistas. Estos le permiten atraer a nuevos simpatizantes y conservar a los antiguos sin tener en cuenta su nivel de preparación o de comprensión, siquiera de los materiales cada vez menos exigentes que se publican en su periódico, por no hablar de las cuestiones fundamentales del marxismo. Esta raíz del problema se tradujo lógicamente en multitud de deficiencias particulares en el trabajo cotidiano de la organización, que no procede detallar aquí. Y divergencias mucho más serias –como la actitud ante el llamado “Movimiento de Resistencia” durante la Segunda Guerra Mundial y mu-

26 - Salnikov, S. Por qué en Kírov no van a la huelga. Pensamientos en voz alta”, en Left.ru. 2000. 2 de octubre. N.º 4 (4). URL: <https://left.ru/2000/4/PochemuKirov.htm>.

chas otras- encontrarán su espacio en las páginas de nuestra revista. La polémica abierta siempre ha sido un arma del marxismo, y seguiremos usándola en nuestra lucha.

En definitiva, lo que está en entredicho es lo más importante: la capacidad de *Lotta Comunista* para dar un salto cualitativo positivo en el momento en que la historia y la clase lo exijan.

Hemos aprendido mucho en este cuarto de siglo, hemos ganado y educado a nuevos compañeros. Hemos comprendido en la práctica que un periódico no es solo un órgano de propaganda y agitación, sino también un organizador colectivo. Nuestro periódico ha salido con regularidad, mensualmente, y en cada número había artículos propios. Participamos en la publicación de libros marxistas, desde su preparación hasta su maquetación y distribución. Nosotros mismos preparamos y dirigimos escuelas del partido centradas en el estudio intensivo de los clásicos del marxismo, estudiamos la historia del movimiento obrero y analizamos el capitalismo. Este cuarto de siglo no ha sido tiempo perdido.

Sin lugar a duda, nos hemos vuelto más fuertes de lo que éramos cuando conocimos a *Lotta Comunista*. Es precisamente por eso por lo que no se puede considerar que hayamos dado dos pasos atrás. Seguimos avanzando. Al darnos cuenta de que permanecer en *Lotta Comunista* era incompatible con las conclusiones a las que habíamos llegado (expuestas en nuestro “Manifiesto”), tomamos la única decisión posible: poner fin a nuestra relación con dicha organización.

Desde agosto de 2025, el periódico *Proletarski internatsionalizm* no publica nuestros artículos, estando repleto exclusivamente de traducciones de *Lotta Comunista*. Una pequeña parte de quienes fueron nuestros camaradas ayer ha permanecido en *Lotta Comunista*. Cada cual hace su elección. Nosotros hemos hecho la nuestra: dejando a quienes prefirieron mantener los lazos con *Lotta Comunista* el nombre de la organización, el periódico y muchas otras cosas.

Nosotros continuamos la lucha.

TIEMPO DE TRABAJAR DE UNA MANERA NUEVA

Todo marxista consecuente llega inevitablemente a la conclusión que enunciamos en nuestro “Manifies”: nuestra época plantea por primera vez al proletariado y a su vanguardia comunista la misión de cumplir exclusiva y puramente tareas comunistas, y su objetivo final, hoy más que nunca, «*los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula única: abolición de*

la propiedad privada», en palabras del “Manifiesto del Partido Comunista”.

Por otro lado, como ya hemos dicho, la etapa actual de esta época se caracteriza por la ausencia de un movimiento obrero de masas y de un partido del proletariado como factor político significativo, por una conciencia extremadamente baja entre los trabajadores, así como por el dominio absoluto y total de las ideologías burguesas en toda la sociedad, incluida nuestra clase.

Así pues, cualquier grupo verdaderamente comunista, partiendo de estas dos premisas (la naturaleza de nuestro objetivo y la imposibilidad objetiva de adquirir una base de masas para alcanzarlo en la actualidad), debe llegar a la conclusión de que hoy su actividad tiene que consistir en resolver las siguientes tareas: 1) la selección y la formación marxista de un número reducido pero abnegado de combatientes por la causa del proletariado; 2) el desarrollo de la teoría marxista aplicada a las condiciones contemporáneas; 3) la restauración del hilo roto de la escuela marxista, especialmente en lo que respecta a la sección rusoparlante de nuestra clase, donde de hecho hay que empezar desde cero, desde la «*tierra arrasada*» que nos dejó el estalinismo.

Y es precisamente desde el punto de vista de la eficacia para cumplir estas tareas como debe evaluarse cualquier instrumento utilizado por un grupo comunista, incluido su órgano de prensa.

Todavía no tenemos una comprensión exacta de cómo debería ser exactamente dicho órgano, pero sí sabemos qué rasgos negativos debemos intentar evitar. Estos rasgos, por desgracia para nosotros, los exhibe el periódico de *Lotta Comunista*, el cual, en su formato actual, apenas permite avanzar en la resolución de las tareas mencionadas.

El método de trabajo consolidado de su redacción y de sus autores consiste en llenar cada número del periódico casi en su totalidad (con la excepción de uno o dos artículos) con materiales de la prensa burguesa. La recopilación de este material en sí misma, especialmente de una forma tan prolongada y sistematizada, es sin duda necesaria. El problema radica en que se publica de forma cruda, sin analizar, y no se trata siquiera de un simple análisis formal (es decir, técnico), y mucho menos marxista. Es más, en muchos casos faltan incluso los comentarios más básicos sobre el material presentado. Estos artículos podrían servir como material preparatorio si no fuera por un “pero”: ni siquiera alcanzan ese nivel, ya que los mejores ejemplos de este tipo de mate-

rial –como los “Cuadernos sobre el imperialismo” de Lenin– contienen profundos comentarios y una sistematización primaria del material.

No es de extrañar que, en su formato actual, el periódico cause perplejidad a muchos comunistas (cuyo objetivo, recordemos, es la destrucción de la propiedad privada): no entienden en absoluto para qué necesitan leer un periódico comunista con el fin de informarse sobre los modelos de drones europeos y estadounidenses. De eso pueden leer en publicaciones especializadas, donde la cuestión se aborda con mucha más profundidad y detalle. Ahora imaginemos que estos artículos constituyen la inmensa mayoría del periódico. En tal caso, el periódico no contiene casi nada específicamente comunista, es decir, nada que no pudiera encontrarse en publicaciones burguesas más o menos serias. La orientación política que la publicación dice mantener solo puede deducirse por el nombre de la cabecera.

Es decir, nos encontramos ante una situación que el joven Marx describió certeramente: «*La forma carece de todo valor si no es la forma de su contenido*»²⁷.

Escribir artículos de este tipo es algo relativamente sencillo, y parece que últimamente una IA podría hacerlo igual de bien. No requiere una preparación cualitativa de los cuadros, ni un conocimiento profundo del marxismo por su parte (en muchos casos, no requiere conocimiento alguno del marxismo), ni una cuidadosa selección, sistematización y análisis de los hechos, ni una gran inversión de tiempo; y puede convertirse fácilmente en un trabajo en cadena, mecánico, realizado por inercia, que permite no salir de una zona de confort construida durante años.

Sin embargo, desde la perspectiva de las tareas expuestas anteriormente, un método así resulta auto-destructivo por varias razones:

No permite formar de manera genuinamente marxista a los combatientes por la causa del proletariado, puesto que para escribir y leer un periódico de este tipo no hace falta en absoluto ser comunista. Los autores de los artículos no aprenden a realizar análisis independientes ni a trabajar en su estilo literario; esto se traduce en que no saben ni atraer, ni interesar verdaderamente, siquiera a un público simpatizante. Esto se convertirá en un verdadero desastre en el momento en que se acelere la lucha de clases: ¿cómo podrán los autores de los artículos actuales, con su árido

estilo burocrático, encender la pasión revolucionaria de los trabajadores dispuestos para la batalla decisiva? ¿Acaso adquirirán de repente una buena prosa sin haberla practicado nunca? La pregunta es retórica.

Un comunista más o menos instruido y apasionado por su ideal, que siempre desea desarrollarse, no encontrará allí nada interesante para él una y otra vez, lo que al final le conducirá a la apatía y a alejarse de la organización. Esto afecta en mayor medida a los camaradas con mayor nivel de conciencia de clase. En cuanto a los camaradas “de a pie”, se traduce en que dejan de leer el periódico por completo: no les atrae ni el fondo ni la forma. Como resultado, se crea una situación en la que no se integran en las organizaciones propiamente como comunistas, sino que se limitan a realizar labores mecánicas de distribución del periódico y de gestión de flujos de personas.

Desperdicia el tiempo incluso de aquellos comunistas a los que se ha logrado atraer, afianzar e integrar en el trabajo; con la catastrófica escasez actual de comunistas instruidos, obligarles a dedicarse a la simple compilación de la prensa burguesa es el colmo del despilfarro.

No permite desarrollar la teoría marxista aplicada a las condiciones modernas, puesto que en el periódico ni siquiera hay secciones previstas para presentar los resultados de investigaciones independientes o, al menos, un metaanálisis de las investigaciones marxistas-legales y burguesas ya existentes. En general, este trabajo apenas se realiza, ya que la mayor parte del tiempo de los cuadros está absorbido por operaciones puramente mecánicas (recopilación de recortes, distribución del periódico, etc.). Además, este enfoque no contempla los debates ni el intercambio de experiencias con otras corrientes internacionalistas, lo que en última instancia conduce a la degradación teórica de los activistas.

La tarea de restaurar el hilo roto de la escuela marxista solo se resuelve en una medida mínima y francamente insuficiente: a este tema se dedica una proporción insignificante de las publicaciones, a pesar de que el trabajo por hacer es un terreno virgen. Mientras tanto, la redacción prefiere ocupar a sus autores en la tarea de compilar notas periodísticas coyunturales de los medios burgueses sobre beneficios, burbujas financieras y deudas, que dejarán de ser relevantes, en el mejor de los casos, en unos meses (si no semanas o

27 - Marx, K. “Los debates sobre la Ley acerca del Robo de Leña”, en K. Marx y F. Engels. Obras completas. 2.^a ed. rusa Vol. 1. Pág. 159.

incluso días). Es decir, no estamos hablando de investigaciones más o menos profundas que conservarían su utilidad al menos durante algunos años.

La forma y el contenido son inseparables, están interconectados dialécticamente. Una forma no revolucionaria no puede llenarse de un contenido revolucionario.

Hizo falta tiempo para comprender todo esto. ¿Fue demasiado tiempo? Quizás a ello contribuyó, entre otras cosas, el hecho de que nuestra actividad en Rusia fuera fundamentalmente autónoma. La mayor integración en el trabajo de *Lotta Comunista* que se produjo con el estallido de la guerra ruso-ucraniana aceleró nuestra comprensión de las diferencias en nuestros enfoques y métodos.

La ruptura con los métodos mecanicistas del pasado marca para nuestra organización el inicio de una nueva etapa. Dejando atrás un cuarto de siglo de ilusiones y formalismo organizativo, continuamos nuestra lucha a un nivel cualitativamente distinto. A partir de ahora, todas nuestras fuerzas y recursos estarán subordinados al cumplimiento de nuestras verdaderas tareas: la selección intransigente y la formación marxista de los cuadros revolucionarios, y el desarrollo de la teoría comunista aplicada a las condiciones contemporáneas. A partir de ahora, nuestra forma estará indisolublemente ligada a nuestro contenido revolucionario.

Marzo de 2026.



LLAMAMIENTO A LOS OBREROS DE RUSIA

La historia de nuestra organización no empezó ayer. Gran parte de nuestras publicaciones y declaraciones pasadas son hoy poco conocidas. Por ello, hemos decidido comenzar a publicar en nuestra revista algunos materiales de nuestros archivos. Uno de ellos es la presente declaración, publicada en marzo de 1999 en nuestro periódico *Komsa*.

El enemigo con el que soñaba en secreto la burguesía nacional ha sido encontrado. Los capitalistas rusos han conseguido esa misma “idea nacional” en torno a la cual pretenden aglutinar a todo el “pueblo ruso”. El atropello a los intereses del Estado ruso en la arena internacional es el mejor pretexto para avivar una histeria chovinista con el fin de reconciliar a los esclavos con sus amos.

Ya no es posible echarle la culpa de todos los males a la “pesada herencia del pasado soviético”. Sus más fervientes representantes, encarnados en el PCFR (Partido Comunista de la Federación Rusa), han ocupado puestos en los órganos del poder ejecutivo y se han convertido en una parte orgánica del sistema actual. Liberales y patriotas continúan sus disputas intestinas, pero sus intereses convergen en lo fundamental: su principal enemigo interno es el proletariado, y su principal competidor externo es el capital financiero internacional, personificado en la figura de los Estados Unidos. Para combatirlo, la burguesía rusa necesita el respaldo de la mayoría de la sociedad, y en especial de los obreros, por ser la parte más organizada de la misma. No es casualidad que los enfrentamientos entre dos sangrientos depredadores imperialistas (EE. UU. e Irak) se intenten presentar como un golpe al prestigio de la Federación Rusa.

Los recientes acontecimientos en Yugoslavia han cohesionado aún más a la burguesía nacional, o más bien a quienes representan sus intereses en la arena política.

Toda esta histeria recuerda terriblemente a los sucesos del verano de 1914, los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial. Solo falta volver a cambiar el nombre de San Petersburgo por el de Petrogrado, asaltar la embajada alemana y lanzarse a una nueva guerra imperialista.

Camaradas obreros, no se dejen arrastrar por la falsa histeria de la burguesía nacional. Toda esta farsa ha sido montada con el propósito de restaurar su maltrecho prestigio y desviarnos de los problemas socioeconómicos y de la lucha por nuestros intereses. De esta guerra, como de cualquier otra, nosotros no sacaremos nada: avisos de defunción, ataúdes, sangre, sudor y lágrimas; eso es todo lo que obtendremos.

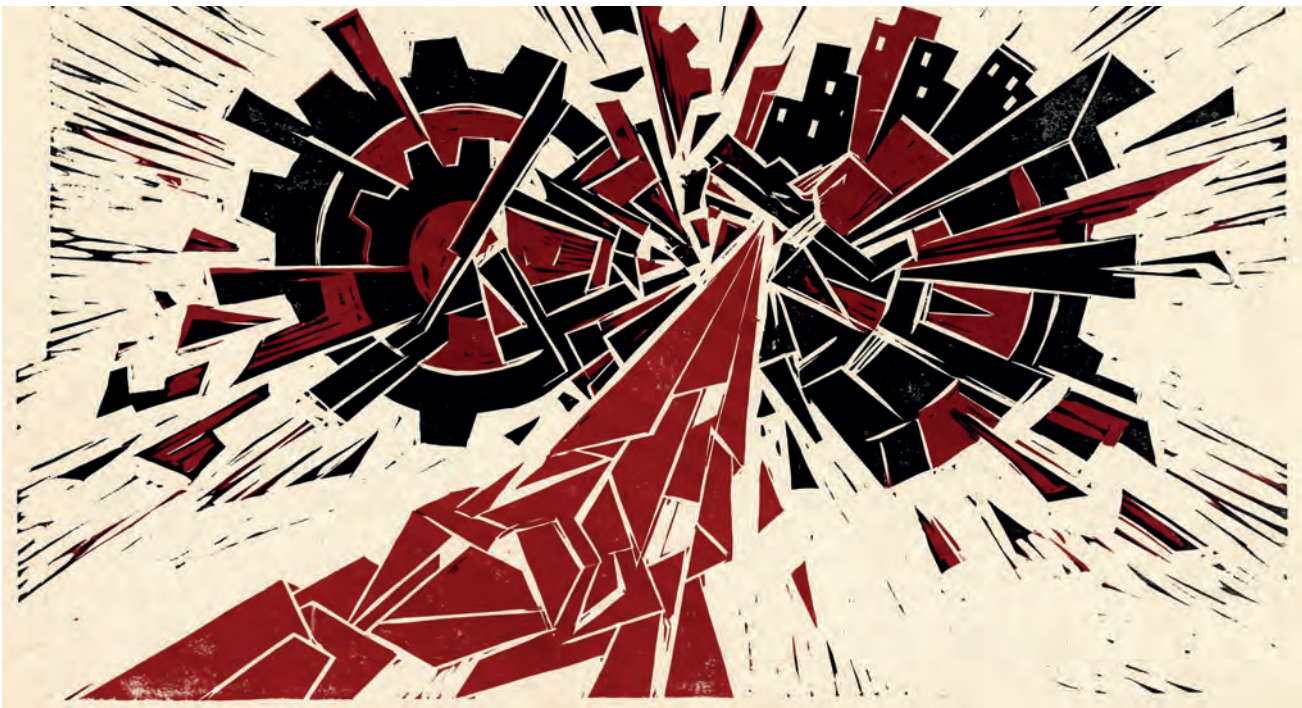
La burguesía, en cambio, se llevará el botín y prolongará su existencia. ¡Obrero, no dejes que te engañen ni te arrojen a la picadora de carne de una nueva matanza imperialista!

Solo sacudiéndote de la espalda a los chupasangres de tu propio gobierno y de toda la burguesía, podrás ayudarte a ti mismo y dar el ejemplo a los obreros serbios y croatas, quienes desde hace tiempo deberían haber dejado de matarse entre sí para volver sus armas contra sus respectivos gobiernos burgueses.

¡Transformemos la guerra imperialista en guerra civil!

¡Viva la revolución comunista mundial!

¡Proletarios de todos los países, uníos!



PANORAMA INTERNACIONAL ABRIL DE 2026

Mientras los noticieros hablan de una pronta estabilización, el sistema atraviesa una profunda crisis estructural: los mercados están saturados de deudas sin respaldo, las nuevas tecnologías privan de sus antiguas ganancias a ciertos sectores tradicionales mientras generan márgenes exorbitantes para otros, y los Estados, como era de esperar, se ven arrastrados a guerras por los recursos. Sin embargo, no basta con diagnosticar al capitalismo contemporáneo; es imperativo comprender por qué el movimiento obrero se encuentra hoy tan débil y fragmentado y, sobre todo, por dónde deben empezar los comunistas su trabajo práctico hoy mismo para organizar a las masas de cara a las inminentes convulsiones sociales, en lugar de limitarse a la espera pasiva de estallidos espontáneos.

La burguesía dominante y sus sicofantes oficiales de la economía vuelven a engañarse con ilusiones. Tras sobrevivir a los choques inflacionarios de principios de la década y adaptarse a la reconfiguración de las arterias logísticas globales, el mundo del capital se apresura a proclamar el advenimiento de una nueva era de estabilización. No obstante, tras la deslumbrante fachada de unos índices bursátiles que baten récords, se oculta la agudización más profunda de todas las contradicciones orgánicas del modo de producción capitalista. El panorama mundial contemporáneo no está determinado por las maniobras diplomáticas en Ginebra ni por la supuesta lucha de las “democracias contra las autocracias”, como aseguran los filisteos de la prensa liberal. El mundo es movido inexorablemente por el desarrollo material desigual de las fuerzas productivas, las cuales han desbordado los estrechos márgenes de las relaciones de propiedad privada.

La astronómica deuda global, que en 2024 superó la barrera de los 315 billones de dólares (más del 330 % del PIB mundial¹), resulta ya físicamente

imposible de costear sin una devaluación permanente de las monedas². Las gigantescas burbujas de deuda estallan una tras otra, dejando al desnudo la verdadera naturaleza del capital ficticio. Si ayer presenciábamos el colapso del gigante chino *Evergrande*, hoy el epicentro del terremoto de la deuda se ha desplazado al corazón del capitalismo occidental. La crisis de los bienes raíces comerciales (CRE, por sus siglas en inglés) en EE. UU., donde billones de dólares han quedado congelados en rascacielos de oficinas vacíos, ya ha provocado una serie de quiebras en bancos regionales (desde el *Silicon Valley Bank* hasta el *New York Community Bancorp*). No se trata de una simple “corrección del mercado”; es el momento clásico en el que el capital ficticio (créditos emitidos bajo la expectativa de una plusvalía futura que nunca llegó a materializarse) colisiona con la cruda realidad de la producción material.

En los viejos centros de acumulación, como Alemania, hace estragos la estanflación³. En el país que durante décadas fue la “locomotora industrial” de Europa, el PIB se contrajo un 0,3 % en 2023, en 2024

1 - Estructura de la deuda para el primer trimestre de 2024 (según datos del Global Debt Monitor, un informe periódico del Instituto de Finanzas Internacionales):

Mercados “desarrollados” (incluyen EE. UU., Japón, países europeos): ~\$209,7 billones (aproximadamente 2/3 de la deuda total). Aquí la deuda crece principalmente debido a los préstamos gubernamentales.

Mercados “emergentes” (los principales motores de crecimiento son China, India y México): ~\$105,4 billones. En la última década, la deuda se ha más que duplicado (un aumento de \$55 billones).

Por sectores económicos:

Corporaciones no financieras (economía real): ~\$94,1 billones. Es el segmento más endeudado, especialmente en los países “emergentes”.

Gobiernos (deuda pública): ~\$91,4 billones. Precisamente este sector fue el que creció más rápido en los últimos años debido a la financiación de programas de apoyo durante la pandemia y al aumento del gasto en defensa.

Sector financiero (bancos, fondos): ~\$70,4 billones.

Hogares (hipotecas, tarjetas de crédito, préstamos estudiantiles): ~\$59,1 billones.

La economía mundial se encuentra, de hecho, en un estrecho corredor. La política monetaria restrictiva y las altas tasas de interés (un intento de vencer la inflación) hacen que el servicio de estos 315 billones sea matemáticamente imposible a largo plazo, por lo que los economistas coinciden en que la depreciación inflacionaria del dinero fiduciario seguirá siendo una herramienta oculta para gestionar esta burbuja.

2 - Véase el anexo 1.

3 - Estanflación (de “estancamiento” + “inflación”): es un estado de la economía en el que ocurren simultáneamente tres procesos destructivos: caída de la producción o crecimiento económico nulo (estancamiento), aumento continuo de los precios (inflación), aumento del desempleo y caída de los ingresos reales de la población.

Para la ciencia económica burguesa (en particular, el keynesianismo), la estanflación se consideró durante mucho tiempo una paradoja. La lógica clásica suponía que los precios solo subían cuando la economía se “sobrecalentaba” (cuando la gente tiene mucho dinero y compra activamente), y que durante una crisis y caída de la producción los precios debían bajar (deflación). La estanflación rompe este mecanismo y lleva la regulación estatal a un callejón sin salida: los intentos de los bancos centrales por sofocar la inflación con altas tasas de interés acaban de rematar a la industria, mientras que los intentos de salvar las fábricas con créditos baratos conducen a la hiperinflación.

la caída se estimó entre el 0,2 y el 0,5 % según diversas fuentes, y el año pasado apenas se registró un crecimiento microscópico del 0,2 %.

El modelo económico alemán se sustentó durante décadas en la combinación de fuentes de energía baratas (principalmente rusas) y exportaciones de alta tecnología. La pérdida de acceso a estas materias primas económicas ha pulverizado la rentabilidad de ramas enteras de la industria pesada. El gigante químico *BASF*, pilar de la industria germana, está cerrando plantas de alto consumo energético en Ludwigshafen y desviando inversiones multimillonarias hacia China y EE. UU., donde la energía es más barata. Entre 2023 y 2024, *BASF* detuvo la producción de amoníaco, caprolactama y diversos fertilizantes. Sin embargo, el desmantelamiento de las instalaciones, la reestructuración del complejo y los despidos graduales de miles de trabajadores se prolongan en el tiempo y aún continúan. Es una herida sangrante en la economía alemana que sigue abierta. Al mismo tiempo, en la ciudad china de Zhanjiang, *BASF* está construyendo un gigantesco complejo químico integrado (*Verbund*) por valor de 10.000 millones de euros: la mayor inversión en toda la historia de la empresa. La finalización total de este megaproyecto está prevista para 2030. Simultáneamente, se están ejecutando inversiones para expandir sus plantas en EE. UU. (en Geismar, Luisiana, y otros estados); un proceso alimentado por los subsidios del gobierno estadounidense (en el marco de la Ley de Reducción de la Inflación, IRA).

La producción de acero, vidrio, papel y fertilizantes en Alemania se ha desplomado entre un 15 y un 20 % en comparación con 2021, el año previo a la invasión del imperialismo ruso a Ucrania. El símbolo del capitalismo alemán –la industria automotriz– atraviesa una crisis histórica de superproducción y caída de la tasa de ganancia en medio de una transición tecnológica. En otoño de 2024, el consorcio *Volkswagen* anunció su intención de cerrar plantas dentro de la propia Alemania y despedir a decenas de miles de trabajadores por primera vez en sus 87 años de historia. El capital alemán está perdiendo la guerra competitiva frente a los vehículos eléctricos chinos (como los de *BYD*), cuyos costes de producción son menores, e intenta compensar la caída de la tasa de ganancia mediante la destrucción directa de puestos de traba-

jo, la ruptura de convenios colectivos con los sindicatos y la reorientación de parte de su capacidad productiva hacia la industria militar.

La burguesía alemana se niega a invertir dentro del país. Ante los altos costes internos y el agresivo proteccionismo estadounidense, el capital alemán “vota con los pies”. Se observa una fuga colosal de inversión directa hacia el extranjero, mientras la producción interna se estanca.

Aunque los picos de inflación energética de 2022 ya han quedado atrás⁴, el encarecimiento se ha enquistado, adoptando una forma “subyacente”. Siguen subiendo los precios de los alimentos, los servicios y, lo que es más doloroso, los alquileres de vivienda. La inflación actúa como un impuesto encubierto sobre la clase obrera. En los últimos años, el salario real (ajustado a la inflación) de los trabajadores alemanes ha sufrido una merma considerable. El capital está descargando los costes de la crisis estructural sobre los hombros del proletariado. La estanflación en Alemania no es más que una crisis estructural de sobreacumulación de capital. El capital alemán ya no es capaz de extraer la plusvalía suficiente bajo las nuevas condiciones.

La colosal inyección de crédito en el capitalismo mundial ya no estimula el crecimiento real, lo que constituye un síntoma clásico de manual de la superproducción de capital. La manifestación más flagrante de esta gangrena hoy en día son los volúmenes astronómicos de recompra de acciones (*buybacks*). El capital ya no se invierte en la ampliación de la producción real a los niveles de antaño, puesto que esta ya no augura una tasa de ganancia suficiente. En su lugar, el capital orbita en el casino especulativo, inflando artificialmente la capitalización bursátil y enriqueciendo a la oligarquía financiera.

Al cierre de 2024, solo las empresas del índice S&P 500 desembolsaron la cifra récord de 942.500 millones de dólares en recomprar sus propios títulos. Y ya en 2025, esta psicosis especulativa perforó su techo histórico: en 12 meses (hasta septiembre de 2025 inclusive), el volumen de *buybacks* en EE. UU. superó los 1,02 billones de dólares. Esta enfermedad devora no solo al imperialismo estadounidense, sino también a otros viejos centros de acumulación:

– La burguesía europea, históricamente más proclive al pago de dividendos, se ha sumado a la misma carrera. Al cierre de 2024, el volumen de recompra de acciones

4 - La guerra de EE. UU. e Israel contra Irán y la situación relacionada en torno al Estrecho de Ormuz podrían cambiar la situación.

por parte de las corporaciones europeas alcanzó un récord de 182.000 millones de euros, y la proporción de empresas que incineran capital de esta forma rompió su máximo histórico, situándose en un 43 %.

– El capital japonés, sentado durante décadas sobre montañas de dinero ocioso a causa del estancamiento de su mercado interno, gastó cerca de 18,7 billones de yenes en recomprar acciones durante el año fiscal 2024; y en 2025, esta cifra se disparó hasta los delirantes 24,9 billones de yenes (unos 200.000 millones de dólares).

Para dimensionar la magnitud de esta aceleración, basta con observar su evolución histórica. En la década de 1990, los volúmenes de *buybacks* en EE. UU. apenas sumaban decenas de miles de millones de dólares al año. A principios de los años 2000, a duras penas rozaban los 200.000-300.000 millones. ¡Hoy en día, solo el sector tecnológico estadounidense (*Information Technology*) ha quemado más de 2,1 billones en recompras en una sola década! Esta aceleración exponencial no es síntoma de una economía sana, sino la prueba matemática de su putrefacción. Masas ingentes de plusvalía están siendo extraídas del sector productivo real.

Karl Marx anticipó genialmente esta fase de desarrollo del capitalismo, en la que el capital excedente se precipita hacia las maquinaciones financieras:

«Una sobreproducción de capital jamás significa otra cosa que una sobreproducción de medios de producción –medios de trabajo y medios de subsistencia– que puedan actuar como capital, es decir que puedan ser empleados para la explotación del trabajo con un grado de explotación dado; pues la disminución de ese grado de explotación por debajo de un punto dado provoca perturbaciones y paralizaciones del proceso de producción capitalista, crisis y destrucción de capital. No constituye una contradicción el que esta sobreproducción de capital esté acompañada por una sobrepoblación relativa más o menos grande. Las mismas circunstancias que han elevado la fuerza productiva del trabajo, aumentado la masa de los productos mercantiles, expandido los mercados, acelerado la acumulación del capital, tanto respecto a su masa como a su valor, y rebajado la tasa de ganancia, las mismas circunstancias han generado una sobrepoblación relativa y la generan constantemente, una sobrepoblación de obreros que el capital excedente no emplea a causa del bajo grado de explotación del trabajo con

el cual únicamente podría empleársela, o cuando menos a causa de la baja tasa de ganancia que arrojaría en caso de un grado de explotación dado.

Si se envía capital al exterior, ello no ocurre porque sea absolutamente imposible ocuparlo en el interior. Sucede porque en el exterior puede ocupárselo con una tasa más elevada de ganancia.»⁵

Y más adelante, al analizar el capital ficticio y el sistema de crédito, Marx subraya la inevitabilidad de que este proceso se transforme en pura especulación ante la caída de la rentabilidad:

«Si el sistema crediticio aparece como palanca principal de la sobreproducción y de la superespeculación en el comercio, ello sólo ocurre porque en este caso se fuerza hasta su límite extremo el proceso de la reproducción, elástico por su naturaleza, y porque se lo fuerza a causa de que una gran parte del capital social resulta empleado por los no propietarios del mismo, quienes en consecuencia ponen manos a la obra de una manera totalmente diferente a como lo hace el propietario que evalúa temerosamente los límites de su capital privado, en la medida en que actúa personalmente. De esto sólo se desprende que la valorización del capital fundada en el carácter antagónico de la producción capitalista no permite el libre y real desarrollo más que hasta cierto punto, es decir que de hecho configura una traba y una barrera inmanentes de la producción, constantemente quebrantadas por el sistema crediticio. Por ello, el sistema de crédito acelera el desarrollo material de las fuerzas productivas y el establecimiento del mercado mundial, cuya instauración hasta cierto nivel en cuanto fundamentos materiales de la nueva forma de producción constituye la misión histórica del modo capitalista de producción. Al mismo tiempo, el crédito acelera los estallidos violentos de esta contradicción, las crisis, y con ello los elementos de disolución del antiguo modo de producción.

Las características bifacéticas inmanentes al sistema crediticio –que por una parte es fuerza impulsora de la producción capitalista, del enriquecimiento por explotación de trabajo ajeno, hasta convertirlo en el más puro y colosal sistema de juego y fraude, restringiendo cada vez más el número de los pocos individuos que explotan la riqueza social, mientras que por la otra constituye la forma de transición hacia un nuevo modo de producción.»⁶

5 - K. Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, Libro tercero: El proceso de producción del capital. México: Siglo XXI Editores, 2008, p. 328-329.

6 - K. Marx, *El Capital. Crítica de la economía política*, Libro tercero: El proceso de producción del capital. México: Siglo XXI Editores, 2008, p. 567-568.

Es precisamente esta necesidad de “destruir” o desvalorizar una parte del capital acumulado para salvar el resto lo que constituye la base económica de las guerras. Las analogías históricas son inevitables. Al igual que en las vísperas de las carnicerías mundiales de 1914 y 1939, la base de la crisis actual reside en el agotamiento de los mercados y la necesidad objetiva de proceder a su reparto violento. Los monopolios vuelven a enseñar los dientes en la pugna por las materias primas, mientras la burguesía atiza el chovinismo y pone en marcha la maquinaria de la militarización. El grado sin precedentes de globalización hace imposible la localización de los conflictos, y el miedo a la aniquilación nuclear obliga a los imperialistas a librar la contienda mediante guerras subsidiarias (*proxy wars*) desgastantes, terrorismo económico y ciberataques.

Los apologistas del “realismo político” se consueñan con la esperanza de que la doctrina de la “Destrucción Mutua Asegurada” (MAD) disuadirá para siempre a los depredadores imperialistas de un choque directo. Sin embargo, el análisis marxista demuestra que la existencia de armas nucleares solo modifica la forma de la carnicería imperialista, pero no anula sus causas económicas fundamentales. El capital utiliza el miedo al apocalipsis nuclear para legitimar los conflictos híbridos, pero la agudización de la crisis difumina inexorablemente las “líneas rojas”. Ningún arma, por sí sola, es capaz de derogar las leyes que rigen el movimiento del capital.

El eje sobre el cual gira esta espiral de contradicciones es un colosal salto tecnológico: el desarrollo de la Inteligencia Artificial (IA) y la energía “verde”. Es aquí donde emerge con toda su crudeza la ley fundamental del capitalismo descubierta por Marx: la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Su esencia radica en que, en su afán por obtener una ventaja competitiva, el capitalista se ve forzado a aumentar la proporción de máquinas, equipos y servidores (capital constante) en detrimento del trabajo vivo de los obreros (capital variable). Pero, dado que el nuevo valor solo es creado por el trabajo vivo, a medida que la producción se mecaniza, automatiza y robotiza, la tasa de ganancia sobre el conjunto del capital invertido cae irremediabilmente.

Hoy presenciamos este proceso en su forma más grotesca en el sector tecnológico. La “burbuja de la IA” exige a los monopolios unos gastos de capital desco-

munales: cientos de miles de millones de dólares se inyectan en la construcción de centros de datos. Al mismo tiempo, para intentar frenar de algún modo la caída de su tasa de ganancia, las corporaciones ejecutan despidos masivos salvajes⁷. Al sustituir el trabajo vivo por algoritmos, el capital recorta su propia base de explotación. La fabricación de vehículos eléctricos (EV) refleja la misma tendencia: las inversiones faraónicas en robótica desembocan en guerras de precios y en márgenes de rentabilidad negativos. La burguesía de ningún Estado es un bloque monolítico. La guerra por las nuevas tecnologías es también una pugna intestina feroz: por ejemplo, entre el viejo capital industrial y los nuevos monopolios digitales por el reparto de los subsidios estatales.

En esto consiste la contradicción suprema y letal del capital, prevista por Marx en los *Grundrisse* (“Elementos fundamentales para la crítica de la economía política”):

«El capital mismo es la contradicción en proceso, [por el hecho de] que tiende a reducir a un mínimo el tiempo de trabajo, mientras que por otra parte pone al tiempo de trabajo como única medida y fuente de la riqueza. Disminuye, pues, el tiempo de trabajo en la forma de tiempo de trabajo necesario, para aumentarlo en la forma del trabajo excedente; pone por tanto, en medida creciente, el trabajo excedente como condición –question de vie et de mort– del necesario. Por un lado despierta a la vida todos los poderes de la ciencia y de la naturaleza, así como de la cooperación y del intercambio sociales, para hacer que la creación de la riqueza sea (relativamente) independiente del tiempo de trabajo empleado en ella. Por el otro lado se propone medir con el tiempo de trabajo esas gigantescas fuerzas sociales creadas de esta suerte y reducirlas a los límites requeridos para que el valor ya creado se conserve como valor. Las fuerzas productivas y las relaciones sociales –unas y otros aspectos diversos del desarrollo del individuo social– se le aparecen al capital únicamente como medios, y no son para él más que medios para producir fundándose en su mezquina base. In fact, empero, constituyen las condiciones materiales para hacer saltar a esa base por los aires.

«Una nación es verdaderamente rica cuando en vez de 12 horas se trabajan 6. Wealth no es disposición de tiempo de plustrabajo» (riqueza efectiva), «sino disposable time, aparte el usado en la producción inme-

7 - Véase el anexo 2

diata, para cada individuo y toda la sociedad». [The Source and Remedy, etc., 1821, p. 6.]»⁸

Objetivamente, la Inteligencia Artificial sienta las bases materiales para una sociedad de abundancia absoluta. Pero para sobrevivir, el capitalismo debe fabricar la escasez de manera artificial: monopolizando los algoritmos mediante patentes y desatando guerras comerciales. Además, la transición hacia la economía “verde” no merma en absoluto el papel de la energía tradicional. Los monopolios petroleros y gasísticos clásicos aprovechan la inestabilidad global para exprimir nuevos subsidios de los Estados bajo la excusa de la “seguridad energética”. Simultáneamente, el capital “verde” cabildea por cuotas ecológicas que arruinan a sus competidores. Esta riña entre las fracciones de la burguesía acaba siendo sufragada por el proletariado a través del aumento de las tarifas.

Esta revolución tecnológica está llevando las renchillas imperialistas a un punto crítico. El imperialismo estadounidense ha pasado a un proteccionismo descarado. Pero aquí también se manifiesta nítidamente la profunda fractura de su burguesía nacional. Reducir la actual escisión del capital estadounidense a la primitiva dicotomía de “globalistas-financieros” frente a “patriotas-industriales” implica la óptica propias de finales del siglo XX. Hoy en día, la línea de falla no discurre tanto entre sectores, sino *dentro* de las propias cadenas globales de valor, y está determinada por la etapa de dichas cadenas en la que se encuentra cada corporación en particular. El capitalismo estadounidense ha topado con una contradicción fundamental: la lógica de la maximización de beneficios (que exige mano de obra barata y mercados abiertos, primordialmente en Asia) ha entrado en conflicto directo con la lógica de preservación de la hegemonía internacional y militar (que exige el control sobre las tecnologías y la “reindustrialización”).⁹ La “doctrina Trump” es la herramienta de la que se sirve esta fracción para extraer plusvalía. La ruptura de las cadenas comerciales con Asia convierte a América Latina en una gigantesca maquiladora. Esto se evidencia claramente en la presión política sin precedentes que ejerce Washington sobre Perú para limitar el control chino sobre el nuevo megapuerto de aguas profundas de Chancay, así como en el chantaje di-

plomático a Brasil y Argentina dirigido a expulsar a *Huawei* del sector de las redes 5G. En los propios EE. UU., la consabida histeria antimigratoria cumple la función de conformar un ejército industrial de reserva carente de todo derecho.

El centro de gravedad de la economía mundial se ha desplazado a Asia. China, asfixiada por un colosal exceso de capital acumulado, ha transitado hacia la fase clásica del imperialismo: la exportación agresiva de capitales. La burguesía china (desgarrada por la pugna entre el capital costero orientado a la exportación y el sector interno del aparato partido-Estado) se ve forzada a expandirse agresivamente hacia el exterior. La articulación de sistemas financieros alternativos sitúa el choque entre el capital estadounidense y el chino como el eje central de los conflictos contemporáneos.

Resulta inconcebible realizar un análisis de la coyuntura actual sin tener en cuenta a los nuevos depredadores imperialistas, como India, Turquía, Brasil y Arabia Saudita. Sería un error considerarlos como sujetos pasivos. Aprovechando la crisis de la vieja hegemonía, han comenzado a regatear. El capital turco penetra en África; el indio y el saudí forjan sus propias esferas de influencia. El crecimiento de sus ambiciones hace que el polvorín de contradicciones sea aún más volátil.

Europa, aislada de las materias primas baratas, intenta salvar los restos de su industria dopando a su complejo militar-industrial. Para Europa, EE. UU. no es un garante de seguridad, sino un competidor. Estas contradicciones engendran una paradoja: el capital transnacional europeo y la euroburocracia exigen un complejo militar unificado, mientras la burguesía nacional se resiste. El capital industrial alemán sabotea la ruptura con China, y el capital agrario europeo, arruinado por las cuotas ecológicas de Bruselas, financia al populismo de derechas.

El imperialismo ruso, por su parte, trata de tejer lazos con el Sur Global. Para no quedar atrapado en el asfixiante abrazo de China, el Kremlin juega activamente con las fracturas del capital mundial, estrechando vínculos con India, las monarquías árabes y los países africanos. A nivel interno, los oligarcas de las materias primas ansían en secreto retornar a los mercados occidentales, mientras que los sectores

8 - Marx, Karl. Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858. Volumen 2. México: Siglo XXI Editores, 2007, p. 229.

9 - Véase el anexo 3

de la defensa y de seguridad se reparten las superganancias generadas por la economía de guerra.

En ningún otro lugar resulta tan palpable esta maraña sangrienta como en el Gran Medio Oriente. Las proclamas de lucha contra el “terrorismo” no son más que una hoja de parra ideológica. En el fondo, se trata del intento del capital estadounidense-israelí por reconfigurar los corredores de transporte (el proyecto IMEC) y garantizarse el control de los recursos energéticos. Para el capital estadounidense-israelí, golpear a Irán resuelve un objetivo estratégico vital: la destrucción física de un centro de poder independiente con capacidad para bloquear el estrecho de Ormuz, así como el desmantelamiento de las redes logísticas chino-rusas. India busca proteger sus inversiones en el puerto iraní de Chabahar, mientras que Turquía aspira a debilitar a Teherán por ser su principal competidor.

Aún más, la agresión externa constituye siempre un intento de sofocar el antagonismo de clases interno. En vísperas de la guerra, la sociedad israelí se veía sacudida por crisis formidables. Bajo el pretexto de una amenaza “existencial”, se decretó instantáneamente un régimen de “paz social”, canalizando la ira del proletariado hacia el sumidero del chovinismo. Al amparo del ruido bélico, el capital israelí ejecuta una limpieza física de los territorios palestinos, liberando tierras para la especulación inmobiliaria y la extracción de gas. En Irán, la guerra ha sido la tabla de salvación para la burguesía militar-clerical (la Guardia Revolucionaria), la cual se asomaba al colapso asediada por las huelgas de los trabajadores petroleros y de los docentes. El régimen decretó la ley marcial y explota la amenaza externa para tildar a cualquier obrero huelguista de “agente extranjero”, enviándolo directo a la horca.

Las nuevas fronteras de la acumulación se extienden incluso hasta el Ártico. Bajo los hielos de Groenlandia yacen inmensas reservas de tierras raras. Sin embargo, para los gigantes tecnológicos, Groenlandia representa además el “radiador” geográfico perfecto, provisto de energía geotérmica barata: el sustrato crítico indispensable para alojar enormes centros de datos refrigerados por el viento ártico.

En todas partes, la burguesía ha emprendido una ofensiva sin cuartel contra el proletariado. Somos testigos de la elevación de la edad de jubilación en las potencias capitalistas desarrolladas, la aniquilación de las garantías laborales clásicas mediante la imposición de la “economía de plataformas” (*gig economy*) y el cerco fáctico al derecho de huelga.

El capital azuza con maestría a los trabajadores, inculcándoles que el enemigo se encuentra más allá de sus fronteras. No obstante, las condiciones materiales objetivas –la inflación, el estancamiento salarial y el peso asfixiante del crédito– están descorriendo inexorablemente ese velo. Los estallidos huelguísticos en los almacenes de los gigantes logísticos y entre los trabajadores “digitales” ya han comenzado.

Pero ver tras este panorama la imagen de victoriosas batallas de clase libradas por el proletariado en un futuro próximo significa engañarse a sí mismo. El método marxista exige una evaluación despiadadamente sobria del estado actual de la propia clase obrera. Nos hallamos ante una paradoja histórica flagrante: las premisas materiales objetivas para el colapso del capitalismo están más que maduras, y, sin embargo, el factor subjetivo –la conciencia de clase, la organización de las masas y la existencia de un partido revolucionario– se encuentra en su nivel más bajo de los últimos cien años.

La lucha huelguística a escala mundial está fragmentada y reviste un carácter predominantemente defensivo. La clase obrera está infectada de pasividad social y de nacionalismo. No existe un partido comunista mundial del proletariado, y las auténticas organizaciones comunistas no son más que minúsculos círculos atomizados, desvinculados de las amplias masas.

Este sombrío panorama tiene explicaciones histórico-económicas precisas. La debilidad actual del movimiento obrero no es una eventualidad ni fruto de la “estupidez” de las masas proletarias, sino la consecuencia ineludible del desarrollo capitalista de las últimas décadas.

Durante décadas, la burguesía de los centros imperialistas (EE. UU., Europa y en parte Japón) destinó parte de sus superganancias a la forja de una poderosa “aristocracia obrera” y de un Estado de bienestar (*welfare state*). Este soborno material engendró la quimera de que el capitalismo podía ser “mejorado” por vías pacíficas, y transformó a los sindicatos en un apéndice burocrático del Estado burgués, cuyo propósito central no es encender la lucha de clases, sino apagarla.

La transición hacia la “economía de plataformas” ha convertido a una fracción de los asalariados en repartidores, *freelancers* u operadores telefónicos aislados, presuntos “trabajadores por cuenta propia” a quienes objetivamente les resulta mucho más arduo reconocer la identidad de sus intereses de clase.

Por otra parte, la clase obrera aún no se ha re- puesto de las catástrofes del siglo XX. La derrota de

la oleada revolucionaria de 1917-1921 y la degeneración de los partidos de la Komintern en meros engranajes socialdemócratas de la oposición sistémica desacreditaron, ante los ojos de las masas, la propia idea de la lucha por el comunismo. La ideología burguesa ha implantado con éxito el axioma de que todo intento de derrocar al capital conduce de modo inexorable al Gulag.

¿Justifica esta constatación empírica un repliegue hacia el pesimismo histórico y la capitulación? De ninguna manera. El marxismo nos enseña a pensar dialécticamente: las mismas condiciones que engendraron la pasividad del proletariado están siendo trituradas hoy por el propio capital.

En primer lugar, la crisis estructural y el desplome de la tasa de ganancia impiden a la burguesía seguir costeando la “paz social”. El capital se ve abocado a aplicar recortes salvajes a los presupuestos sociales, retrasar la edad de jubilación y pulverizar los salarios reales mediante la inflación. Las bases materiales del reformismo y de la burocracia sindical están ardiendo en el horno de la militarización.

En segundo lugar, la irrupción de la inteligencia artificial y la automatización precipita la rápida proletarización de aquellas capas que ayer se consideraban a sí mismas “clase media” (ingenieros, programadores, oficinistas). Estos trabajadores pierden sus privilegios y son arrojados al mercado laboral común, engrosando las filas de quienes están llamados a ser los sepultureros objetivos del capital.

A medida que la existencia de millones de personas se torne insoportable, la lucha de clases espontánea irá en aumento. Ahora bien, los motines espontáneos por sí solos no garantizan la victoria. Para que la lucha económica se eleve a lucha revolucionaria contra la propiedad privada y el Estado, resulta imprescindible inyectarle la conciencia científica comunista.

Y es justamente aquí donde cristalizan las tareas prácticas más apremiantes de la vanguardia marxista actual. En las adversas condiciones presentes, la vanguardia tiene el deber de deslindarse rotundamente de toda variante de reformismo. Es necesario librar una ofensiva teórica implacable contra el socialchovinismo moderno (esa “izquierda” que respalda a “su” imperialismo, a “su” industria nacional), contra los espejismos del “mundo multipolar” (que no es más que apoyar a unos depredadores frente a otros) y contra el cretinismo parlamentario pactista.

El periodo de reflujo del movimiento obrero es el momento de forjar el núcleo teórico y organizativo.

Los marxistas deben estudiar a fondo el capitalismo contemporáneo y formar cuadros disciplinados en la fragua de la lucha de clases.

La vanguardia no tiene derecho a atrincherarse en círculos de debate académico. Su cometido es introducir la conciencia comunista en todas las expresiones, incluso las más básicas, de la lucha de clases; explicando pacientemente a los obreros las limitaciones de las demandas puramente económicas y canalizando su rabia contra la totalidad del sistema capitalista.

Dado que el capital está más globalizado que nunca, la revolución anticapitalista solo puede ser mundial. Los marxistas de distintos países deben empezar a tender puentes desde hoy, intercambiando experiencias y pergeñando una táctica común que sienta los cimientos para la conformación de una nueva Internacional Comunista genuinamente revolucionaria.

La época de “paz” y estabilidad ficticias ha tocado a su fin. El capitalismo se adentra en un ciclo de formidables convulsiones, guerras y crisis. Y si bien el proletariado luce hoy fragmentado y endeble, serán precisamente estas monstruosas crisis el crisol en el que la vanguardia marxista forjará la conciencia revolucionaria del proletariado. Huelga decir que el partido marxista revolucionario no es un cuerpo de bomberos apostado en su cuartel a la espera de que estalle un “motín espontáneo”. A la vanguardia no le basta con “estar lista para el momento”. Su obligación es organizar cotidianamente ese movimiento de clase: mediante la edición y difusión de su órgano de prensa, mediante la participación en cualquier destello de la lucha de clases y mediante la denuncia política. Entre la espontaneidad y la organización median múltiples peldaños intermedios, y cada paso hacia un estadio superior de organización es un paso de avance hacia la revolución comunista.

Al mismo tiempo, los marxistas deben estar preparados, en los planos teórico y organizativo, para cuando se den las condiciones en que millones de obreros se pongan en marcha. Solo un partido dotado de la teoría de vanguardia e imbricado con la clase de vanguardia será capaz de encauzar el estallido espontáneo hacia el cauce de la revolución comunista, cuyo norte no es otro que la destrucción de la maquinaria estatal burguesa y la instauración de la dictadura del proletariado: el prerrequisito ineludible para la expropiación de la propiedad privada y la ulterior extinción del Estado.

Abril de 2026.

ANEXO 1

LA REPRESIÓN FINANCIERA

Si un país (pongamos por caso, Turquía o Argentina) acarrea una deuda externa denominada en dólares estadounidenses, la devaluación de su moneda nacional respecto al dólar no le supone un alivio, sino que dificulta catastróficamente el pago de dicha deuda. Para saldar los mismos importes en dólares, tanto el Estado como las empresas se ven forzados a recaudar un volumen muchísimo mayor de dinero local devaluado. Por consiguiente, cuando los economistas postulan que la deuda global resulta inasumible sin una “devaluación permanente de las monedas”, no se refieren al hundimiento del tipo de cambio de los países “en desarrollo” frente al dólar. Aluden a la depreciación de las propias divisas de reserva (con el dólar a la cabeza) en relación a los activos reales, impulsada por la inflación. A este mecanismo económico se le conoce como “represión financiera” (*financial repression*). Su funcionamiento difiere dependiendo del tipo de deudor:

1. Países que contraen deuda en su propia divisa (EE. UU., Japón, países de la UE).

Para estas economías (que concentran 2/3 de la deuda mundial), el mecanismo de depreciación opera como un salvavidas.

El proceso: El Estado (a través de sus Bancos Centrales) emite masa monetaria o mantiene los tipos de interés artificialmente por debajo del nivel de inflación real.

El resultado: El poder adquisitivo del dólar (o del euro) decae. Aunque en términos nominales EE. UU. le siga debiendo 100 dólares a su acreedor, el valor real de ese dinero se evapora. Paralelamente, la recaudación fiscal del Estado se engrosa

al ritmo de la inflación (si las mercancías se encarecen, los impuestos sobre ventas y rentas se elevan).

Conclusión: El Estado liquida sus deudas contraídas en el pasado a tipo fijo valiéndose de un dinero “abaratado”. La deuda se licúa a costa de un gravamen velado que recae sobre los ahorradores y los tenedores de bonos emitidos en dicha moneda.

2. Países “en desarrollo” que contraen deuda en dólares.

Para las naciones endeudadas en divisas foráneas, la depreciación de su moneda nacional constituye un pasaporte directo a la quiebra. No obstante, y por paradójico que resulte, la inflación mundial del dólar (esta misma “devaluación” de la divisa estadounidense) puede reportarles beneficios:

– Gran parte de las economías “en desarrollo” se basan en la exportación de materias primas. Las cotizaciones del petróleo, los metales y los bienes agropecuarios en el mercado mundial se fijan en dólares.

– Cuando el dólar se deprecia debido a la inflación, los precios de los bienes reales escalan.

– El país exportador ingresa una cantidad mayor de dólares “abaratados” por idéntico volumen exportado. Disponer de estos dólares le facilita amortizar su deuda antigua, fijada en dólares.

El propósito del sistema no es desplomar las divisas locales, sino perpetuar una inflación global capaz de ir corroyendo paulatinamente el valor real de la colosal deuda acumulada. De no ser así, la única salida pasaría por elevar la presión fiscal hasta unos umbrales destructivos para la economía o declarar suspensiones de pagos en cadena.

ANEXO 2

LA CONTRADICCIÓN DIALÉCTICA DEL SISTEMA CAPITALISTA

Desde la óptica teórica del marxismo, el trabajo vivo constituye la fuente exclusiva de plusvalía. En consecuencia, al expulsar a los asalariados a la calle para reemplazarlos por maquinaria o algoritmos, es el propio capital quien está socavando la base material de su tasa de ganancia a largo plazo.

Este proceso de supresión de fuerza laboral que sacude la economía mundial no obedece a una falla lógi-

ca en la teoría, sino que ilustra una contradicción dialéctica, tangible y objetiva enraizada en las entrañas del propio sistema económico. Para comprender por qué las corporaciones perseveran de forma compulsiva en las olas de despidos masivos, agravando así su propia crisis estructural a futuro, es preciso disociar la racionalidad particular de una corporación (nivel microeconómico) de la lógica global que rige el siste-

ma (nivel macroeconómico), tomando en consideración, además, las denominadas “contratendencias”.

He aquí la mecánica concreta que explica cómo se dirime esta contradicción en el terreno práctico: la tendencia decreciente de la tasa de ganancia opera como una ley macroeconómica de alcance sistémico. Pero un capitalista individual (o la junta directiva de una gran corporación) no razona guiándose por las leyes generales de la economía. Su visión está circunscrita al informe trimestral y a los imperativos de la competencia.

Cuando una corporación liquida a 10.000 empleados y adopta, por ejemplo, la Inteligencia Artificial o un nuevo tren de ensamblaje, experimenta una contracción súbita de sus costes individuales. En el corto plazo, los precios de venta de sus mercancías siguen estando condicionados por los costes medios sectoriales vigentes hasta ese momento (más elevados). Fruto de este desfase, la corporación pionera logra apropiarse de una plusvalía extraordinaria (ganancia extra). De forma efímera, su tasa de ganancia individual se dispara.

La contradicción estalla más adelante: a medida que los competidores replican la innovación (despiden plantillas e instalan las mismas máquinas), el precio de las mercancías decrece, la ganancia extra se esfuma y la cuota media de ganancia de todo el sector se estabiliza en un nuevo umbral, inferior al previo. Por lo tanto, los recortes masivos de personal no son más que un intento desesperado de una compañía particular por salvar el cuello a expensas de sus rivales, una maniobra que, a la postre, los arrastra a todos al fondo.

Asimismo, las purgas masivas rara vez traen consigo una merma proporcional de la producción. Cuando una corporación expulsa a la calle al 20 % de su plantilla, a menudo intimida al 80 % restante: *“Ahora tendrán que asumir la carga laboral de los compañeros que hemos echado, o acabarán en la calle junto con ellos”*.

Traducido al lenguaje de la economía política marxista, esto evidencia un alza brutal en la cuota de plusvalía (o tasa de explotación). A pesar de la caída de la masa global del capital variable (V , el volumen de la nómina salarial), la plantilla que conserva el empleo genera una mayor cantidad de plusvalía (M) por unidad de tiempo, espoleada por el estrés, las horas extras no remuneradas y el pánico al despido. Este brusco salto en la explotación neutraliza transitoriamente el impacto negativo provocado por el incremento de la composición orgánica del capital (C/V) y contiene el desplome de la cuota de ganancia.

Por otro lado, los despidos masivos inundan el mercado laboral de oferta, nutriendo lo que conocemos

como el ejército industrial de reserva (los desempleados). Disponer de una fila interminable aguardando “a las puertas de la fábrica” legitima a las corporaciones no solo para congelar, sino para recortar con total impunidad los salarios reales del personal en activo (o bien, para contratar a los nuevos asalariados en peores condiciones). Este mecanismo abarata el capital variable (V) y otorga a la corporación la potestad de expropiar una fracción aún mayor del producto originado.

A fin de cuentas, los accionistas no se nutren de porcentajes abstractos, sino de masas de dinero absolutas.

Aun en un escenario en el que la tasa de ganancia (la rentabilidad sobre el capital invertido) cayera ineludiblemente, digamos, del 15 al 5 %, si la corporación logra apropiarse de nuevos mercados y concentra una mayor cuota, su volumen total de beneficio puede engrosarse. Un exiguo 5 % sobre una capitalización de 1 billón de dólares reporta sumas inmensamente superiores que un suculento 15 % sobre un capital de apenas 10.000 millones. Con tal de salvaguardar el volumen absoluto de su masa de ganancia en un contexto de estrechamiento de los mercados, las corporaciones no titubearán ante ninguna política de despidos.

En resumidas cuentas: los procedimientos que resultan cabalmente lógicos y salvadores para una corporación individual en el corto plazo (despedir personal → recortar costes → presentar dividendos ante los accionistas) devienen un curso de acción radicalmente irracional y suicida para la economía global en el medio plazo (minoración del número de asalariados → colapso de la demanda agregada → declive en el volumen total de la masa de plusvalía → estallido de crisis de superproducción con caída general de la cuota de ganancia).

Este es el motivo que impide a las corporaciones echar el freno: la propia competencia las obliga a cortar la rama sobre la que están sentadas, dado que quien primero suelte la sierra, será el primero en precipitarse al vacío.



ANEXO 3

EL CONTENIDO ECONÓMICO DE LA LUCHA DE FRACCIONES DE LA BURGUESÍA ESTADOUNIDENSE

Para calibrar la coyuntura con nitidez, analicemos las cinco fracciones hegemónicas del capital norteamericano, la divergencia de sus intereses y algunos casos empíricos representativos.

1. El sector tecnológico transnacional (Big Tech)

Constituye la fracción más plagada de antagonismos. Por una parte, elabora mercancías de vanguardia tecnológica; por la otra, mantiene un grado de dependencia absoluto respecto a la división global del trabajo. Su interés medular reside en mantener despejado el acceso a los mercados internacionales (con especial énfasis en China) y salvaguardar sus infraestructuras globales de producción (las plantas en Taiwán, las cadenas de ensamblaje en la República Popular China).

No obstante, la fractura atraviesa a la propia rama tecnológica. Corporaciones de la talla de *Apple* (carente de plantas productivas propias, *fabless*) libran una tenaz resistencia contra la beligerancia arancelaria. Imponer tarifas sobre los componentes chinos cercena su rentabilidad de forma drástica, debido a la imposibilidad fáctica y financiera de reubicar súbitamente los gigantescos clústeres de ensamblaje desde China (como los de *Foxconn*) hacia el suelo norteamericano o hacia la India. Por su lado, firmas como *Nvidia* (dedicadas al diseño y arquitectura de microprocesadores) presionan sin cuartel por una flexibilización de los bloqueos a las exportaciones. El veto gubernamental que les impide colocar sus chips punteros en China las margina de un jugoso segmento de mercado, lo cual las lleva a argüir sin tapujos que tales injerencias erosionan la primacía de EE. UU. en el campo de la Inteligencia Artificial. En contraste diametral, conglomerados como *Intel* (propietarios de fundiciones físicas) se regocijan con las trabas proteccionistas. Han defendido ardentemente la Ley de Chips (*CHIPS Act*), agenciándose en el proceso subvenciones del erario por valor de decenas de miles de millones de dólares para erigir nuevas instalaciones fabriles en Norteamérica y poder, de ese modo, plantarle cara a la hegemonía de la taiwanesa *TSMC*.

2. El sector minorista (retail) dependiente de las importaciones y la esfera de servicios

Este segmento (compuesto por gigantes como *Walmart*, *Amazon*, *Target*, *Nike*) se ha lucrado durante décadas propiciando la deslocalización del tejido productivo hacia la periferia capitalista de reciente cuño. Su meta prioritaria descansa en prolongar la vigencia de aranceles nulos para los bienes de consumo masivo, los artículos electrónicos y la confección textil. Para esta porción del gran capital, instaurar “tarifas arancelarias contra el flujo de mercancías chinas” no reviste un ejercicio de blindaje al “fabricante doméstico” (un ente que, en múltiples ramas, simplemente se ha evaporado), sino la fijación de un tributo encubierto contra la masa de los consumidores asalariados estadounidenses, cuya aplicación merma la propia rentabilidad de estas empresas y marchita la demanda agregada. Por ende, profesan una repulsión instintiva hacia toda forma de aislacionismo comercial.

3. El complejo agroindustrial volcado a la exportación

Se trata de una esfera históricamente vinculada a tesis conservadoras, la cual ha quedado paradójicamente presa y rehén de los dictados del proteccionismo nacional. Su aspiración estriba en disfrutar de una penetración ilimitada en el mercado asiático (en primer término, en el mercado chino). Cuando la camarilla burguesa aglutinada en torno a la siderurgia y la industria pesada convence a la Casa Blanca de que erija murallas impositivas en contra del acero foráneo, Pekín no tarda en pergeñar réplicas equivalentes, ensañándose con las cosechas del sector agrícola estadounidense mediante vetos severos a la adquisición de la soja del Medio Oeste. Esta fracción aborrece visceralmente el proteccionismo arancelario, a sabiendas de que los cortocircuitos aduaneros destrozan sus rutas mercantiles, fraguadas a base de décadas de paciente labor. No en vano, las tensiones de esta “guerra comercial” condujeron a que la propia administración de D. Trump se viera compelida, en su día, a detraer 28.000 millones de dólares del fisco y utilizarlos a título de rescate excepcional, librando así a cientos de consorcios agrícolas de una quiebra inapelable precipitada por las propias hostilidades comerciales que él impulsaba.

4. La industria pesada nacional y el sector energético clásico

Conforman la espina dorsal del capital tradicional (los magnates del acero como *U.S. Steel*, las refinerías de aluminio, o las factorías del ramo automotor clásico como *Ford* o *General Motors*). Es precisamente este frente de clase quien acucia al aparato estatal para adoptar medidas de un proteccionismo a ultranza y para desencadenar trifulcas arancelarias. Su objetivo es apuntalar un escudo para atrincherar el mercado interior y ahuyentar el aprovisionamiento de mercancías provenientes del extranjero (a menudo artificialmente subsidiadas por los regímenes de la Unión Europea o de China), al par que ansía lucrarse con copiosos y suculentos contratos para las infraestructuras de obra pública nacional. Estos grupos del monopolio ya no atesoran solvencia tecnológica ni competitividad en materia de costes en la pugna por la supremacía de los automóviles eléctricos (EV) frente a China. Precisamente por ello, han ejercido su poderoso cabildeo exigiendo que se blinden y endurezcan las tarifas inauguradas bajo la época Trump a lo largo de todo el gobierno de la administración Biden. Más flagrante resulta el hecho de haber orquestado, para mediados del año 2024, la aprobación de tarifas disuasorias que rozan el 100 % de gravamen sobre las importaciones de vehículos con baterías ensamblados en el exterior. Privadas del rescate estatal por medio del monopolio comercial proteccionista, el fatal destino reservado a estas empresas es una bancarrota.

5. El capital financiero (Wall Street y los grandes fondos de inversión)

El segmento de la especulación preconiza la apertura irrestricta de las fronteras económicas a los flujos del mercado global, aunque en su seno bullen marcadas y sustanciales contradicciones. La meta ineludible de esta fracción radica en asegurarse plena libertad operativa en orden de movilizar y desviar capital líquido a cualquier latitud de la cartografía internacional donde las cuotas de rentabilidad prometan ser más ostensibles. El emporio bursátil y usurero ha ejercido, históricamente y durante decenios, una presión determinante a la hora de orquestar y precipitar el ingreso de la economía estatal china en la arena del comercio planetario y de las infraestructuras macroeconómicas hegemónicas. Mas en el momento actual, el escenario para este estrato resulta sumamente

hostil al tener que desenvolverse de manera asfixiada entre la espada de sus propias codicias y la pared de su gobierno. Y es que, de una parte, aspiran tenaz y celosamente a multiplicar los márgenes de lucro especulativo en un panorama donde puján las vigorosas empresas tecnológicas del sudeste asiático y de Pekín; al paso que, de manera coercitiva, la maquinaria punitiva de su propio Estado matriz (sirviéndose del látigo del Departamento del Tesoro y la supervisión inquisidora impuesta por la propia SEC) los conmina brutalmente y les decreta el llamado *de-risking* (un repliegue sistemático). Esto supone apartar su ingente tesorería desde las arterias comerciales del país asiático bajo so pena de soportar castigos fiscales devastadores y bajo la coerción inexorable de acabar repudiados y excluidos de participar y pujar en los grandiosos presupuestos militarizados del Estado nacional estadounidense.

El hecho de que el Estado estadounidense haya comenzado a actuar de manera relativamente autónoma frente a los intereses de fracciones individuales del capital se debe a los cambios que se observan en la economía mundial. Es precisamente esto lo que agudiza la lucha entre las fracciones.

La cúpula política de EE. UU. (tanto republicanos como demócratas) ha comprendido que, si se deja todo a merced del libre mercado (donde resulta vencedor el sector transnacional que se beneficia de la globalización), EE. UU. perderá definitivamente su base industrial, su capacidad para producir armamento, chips de vanguardia y materiales críticos. Y sin esto, no hay con qué respaldar el estatus de hegemón mundial ni la fuerza del propio dólar. Por lo tanto, el imperialismo estadounidense no ha recurrido al proteccionismo por gusto, sino como una medida de emergencia para salvar su base material. En la actualidad, el Estado obliga literalmente a las corporaciones transnacionales a subsidiar la seguridad nacional (mediante la renuncia a mercados lucrativos, la ruptura de cadenas logísticas baratas y el traslado de fábricas de vuelta "a casa", donde la mano de obra es más cara). Como es natural, las fracciones del capital que sufren pérdidas por esta reestructuración oponen una resistencia desesperada, lo cual se expresa en el caos político y la polarización en Washington.

IRÁN

COMO CENTRO NEURÁLGICO DE LA CRISIS DEL IMPERIALISMO

Este texto constituye un análisis marxista del papel de Irán en la actual crisis imperialista y de la dinámica de clases al interior del país. Mientras que los ideólogos liberales discurren sobre la pugna entre “reformistas” y “conservadores”, nosotros demostramos que todas las fracciones de la burguesía iraní se mantienen unidas a la hora de aplastar al movimiento obrero, utilizándolo como un mero ejército de figurantes en sus disputas intestinas por el control de los activos. En el contexto de la intervención estadounidense-israelí en curso, rechazamos categóricamente tanto cualquier apoyo a la invasión extranjera como los llamamientos a la “unidad nacional” en torno al régimen islámico. La única respuesta del proletariado debe ser la táctica del derrotismo revolucionario: la clase obrera iraní tiene que emanciparse de la influencia de la burguesía, forjar su propio partido de vanguardia y aprovechar la guerra para demoler el Estado burgués e instaurar la dictadura del proletariado a través de los consejos obreros renacidos.

No es la primera vez que Oriente Medio, y específicamente Irán, se encuentra en el centro del choque entre las potencias imperialistas y de su lucha por un nuevo reparto de los mercados y las esferas de influencia. Así ocurrió en vísperas de la Primera Guerra Mundial, cuando se produjo la partición de Irán entre los imperialismos británico y ruso. Lo mismo sucedió durante la segunda matanza mundial, cuando el régimen del sah decidió establecer relaciones con la Alemania hitleriana y, como resultado, volvió a ser ocupado por un condominio anglo-ruso. El Teherán de 1943 se convirtió en uno de los símbolos del nuevo reparto imperialista que presagiaba el fin de aquella carnicería. Desde entonces, ha seguido un largo ciclo de desarrollo capitalista que ha alterado profundamente la composición internacional de los depredadores, su peso y la correlación de fuerzas entre ellos: junto a las potencias capaces de proyectar su política a nivel mundial, existe una compleja red de acuerdos y enfrentamientos entre actores regionales. Pero la esencia de esta lucha, brillantemente desenmascarada por Lenin hace más de un siglo, permanece inalterada: es el reparto de los mercados y las esferas de influencia entre los imperialismos –bandidos que luchan entre sí por una nueva redistribución de esclavos–, y poco importa quién sacó el cuchillo primero para pasar a la violencia abierta.

OLAS DE PROTESTAS IRANÍES

Esta pugna entre los aparatos organizados de violencia del gran capital se entrelaza hoy también con la lucha de clases, una lucha que, por la agrupación de las fracciones de estas clases y por su intensidad, difiere significativamente de la época de Lenin. El proletariado no actúa como una fuerza dirigente organizada que canalice la lucha del campesinado, ávido de paz y tierra, contra el frente unido de la gran burguesía y los terratenientes. Y uno de los objetivos del análisis marxista debe consistir precisamente en que, en todo gran episodio de la lucha de clases, se critiquen las ideologías que a menudo presentan esta confrontación de clases y de sus fracciones como un impulso abstracto de las masas, de la “clase media”, hacia una libertad y una democracia igualmente abstractas.

Esto es necesario hacerlo también en el caso de Irán, donde a la intervención estadounidense-israelí le precedió una nueva ola de protestas. “Nueva” porque la tensión social en este país estalla con regularidad, a pesar de que los detonantes varíen en cada oleada de movilizaciones. Por ejemplo, podemos recordar las protestas de 2009 –el llamado “Movimiento Verde”–, que exigían un recuento de votos tras la victoria electoral del ultraconservador Ahmadineyad;

o las protestas de 2019, provocadas por un fuerte aumento de los precios del combustible. Hay muchos otros motivos, pero el marxismo debe ir más allá: desde las manifestaciones externas y superficiales de esta lucha, plasmadas en consignas y reivindicaciones, hasta desentrañar el contenido socioeconómico de la lucha política. Esto es lo que haremos en el presente artículo, utilizando de manera crítica el libro “Todo Irán” del especialista ruso Nikita Smagin.

GÉNESIS DE LA FORMA POLÍTICA IRANÍ

Smagin es un liberal, antiguo partidario del nacional-liberal Navalni. Esto, inevitablemente, se refleja en su análisis aparentemente imparcial. Sin embargo, su investigación presenta una serie de ventajas, y una de ellas se puede apreciar en la siguiente cita de su libro:

«Intentando explicar algo sobre Irán, a menudo escuchaba como respuesta la frase: “¡Pero si te estás contradiciendo a ti mismo!”.

La vida misma se contradice, así es en todas partes. Y en el caso de Irán, la frecuencia de estas contradicciones se multiplica exponencialmente. ¡De hecho, les diré que los propios iraníes se contradicen a sí mismos con bastante frecuencia! Irán posee un sistema político paradójico, una actitud paradójica hacia el islam, leyes y una visión del mundo paradójicas. Las paradojas en Irán no solo están a cada paso, sino que son un fenómeno sistémico que subyace en la base del Estado y la sociedad, y es lo que le permite sobrevivir y desarrollarse».

Por supuesto, una pretensión aislada de utilizar el método dialéctico no es suficiente, pero el autor realmente intenta aplicarlo de forma limitada, lo que nos ha llevado a prestar atención a su obra.

Así pues, la forma contemporánea del Estado iraní nació como resultado de las protestas y el derrocamiento del régimen del sah en 1979. Las ideologías liberales modernas intentan presentarlo como un régimen autoritario y personalista que, por su propia naturaleza, gravita hacia el llamado nuevo “eje del mal”, conformado por China y Rusia, y que desafía a un Occidente supuestamente progresista. Sin embargo, un contacto incluso superficial con la realidad política iraní refuta inmediatamente esta caricatura. En palabras de Smagin:

«Casi la primera asociación con Irán que le surge a un profano es: «allí hay una dictadura islamista». En realidad, todo es más complejo y, si nos alejamos de los juicios emocionales, entramos de inmediato en el terreno de los matices y las salvedades: sí, pero... En la década de 1990, se formó en Irán un sistema político único donde la teocracia se combinaba con la democracia, y las instituciones no electas funcionaban en paralelo a las electas. Se celebraban elecciones con regularidad y, aunque es difícil calificarlas de verdaderamente libres, casi siempre fueron competitivas e impredecibles».

Involuntariamente, el especialista burgués revela una verdad de clase que el proletariado haría bien en grabarse a fuego: no es en absoluto solo en Irán, sino en todas partes donde la burguesía se ha consolidado plenamente en el poder, donde esta crea una mezcla de órganos de poder electos y no electos; y cuando se trata de los intereses vitales de la gran burguesía, de su estrategia, concentra la toma de este tipo de decisiones en órganos independientes de los vaivenes de los volubles intereses electorales. Lo que debe revelar un estudio concreto son las formas particulares en las que la dominación política de la gran burguesía se expresa bajo las condiciones específicas de cada potencia.

El punto de inflexión en la génesis de la forma política iraní contemporánea no fue directamente 1979, sino 1989. Así describe Smagin el nacimiento de esta estructura:

«Este modelo tan complejo fue fruto de la “reforma de Jamenei-Rafsanyani” en 1989 [...].

[...] en 1989 el legendario ayatolá murió. Para entonces, los enemigos internos ya habían sido derrotados y reprimidos, y la guerra con Irak acababa de terminar en un “empate militar”: murieron al menos 500.000 personas y hasta un millón resultaron heridas [...].

La pelea de bulldogs bajo la alfombra demostró que las personas más influyentes en el momento de la muerte de Jomeini eran dos: el presidente del Majlis (Parlamento), Alí Akbar Hashemí Rafsanyani, y el presidente del país, Alí Jamenei. Finalmente, ambos se repartieron el poder: Rafsanyani se convirtió en el siguiente presidente y Jamenei en el líder supremo (Rahbar). No menos importante es que estos dos también iniciaron la primera y hasta ahora única reforma constitucional en la historia de Irán. En particular, como resultado de esta reforma, se abolió el cargo de primer ministro y sus poderes fueron transferidos de facto al presidente del país.

[...] El presidente Rafsanyani se convirtió en el líder del movimiento reformista, que abogaba por la liberalización de la vida económica y la normalización de las relaciones con el mundo, incluido Occidente. [...] En contra-

posición, en el polo opuesto del espectro político comenzó a formarse un bloque de conservadores que apelaban a los valores “duros” de la Revolución Islámica, incluyendo la retórica antioccidental y el estricto cumplimiento de las normas religiosas. Esta parte del espectro político iraní se consolidó en torno a Jamenei, aunque formalmente él intentaba demostrar que no apoyaba a ninguna de las fuerzas. El líder supremo prefiere, hasta el día de hoy, no pronunciarse a favor de uno u otro candidato en las elecciones presidenciales. Al mismo tiempo, las indirectas en sus discursos, así como los datos en los medios iraníes, no dejan lugar a dudas sobre de qué lado está Jamenei en el juego político interno.

En la lucha política, ambos movimientos tenían sus propias debilidades y ventajas. Los reformistas gozaban de mayor apoyo popular. Sus ideas de liberalización del sistema y apertura al mundo claramente encontraron eco en los votantes: tanto el Majlis como la presidencia quedaban más a menudo en sus manos. En 35 años, de 1989 a 2024, los políticos reformistas ocuparon el sillón presidencial durante 24 años. Pero del lado de los conservadores siempre hubo una abrumadora superioridad en las instituciones teocráticas de poder: al líder supremo (Rahbar) solo se le puede destituir por motivos de salud; en esencia, se le elige una vez y para siempre. Además, sus prerrogativas constitucionales lo convierten en la persona más poderosa de Irán. Nombra directamente a la mitad de los miembros del Consejo de Guardianes de la Constitución, el cual puede vetar cualquier proyecto de ley del Majlis y, además, decide a quién se le permite presentarse a las elecciones parlamentarias y presidenciales, y a quién no. Asimismo, las candidaturas de tres ministros clave deben consensuarse con el Rahbar: el ministro de Asuntos Exteriores, el de Defensa y el de Inteligencia, que controla los servicios secretos. Por último, a él se subordinan directamente los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica (CGRI), una formación militar de entre 300.000 y 400.000 efectivos que forma parte de las fuerzas armadas del país y cumple funciones de ejército y de servicios de inteligencia simultáneamente.

[...] Como resultado, las atribuciones y la influencia reales se determinan no tanto por lo que está escrito en el papel, sino por quién, entre los políticos y funcionarios, goza de mayor autoridad en cada momento».

De paso, notemos que esta organización del poder de la burguesía iraní, que se disfraza con los ropajes más variados, incluidos los religiosos, explica en parte por qué no funcionó la apuesta estadounidense-israelí de eliminar a los líderes de este régimen político. A un nivel más general, la relativa flexibilidad de este

tipo de democracia como forma de dictadura del capital resolvía varias tareas típicas en la organización de la dominación burguesa:

- La elaboración, a través de un proceso de lucha y negociación, de una línea general definida por la clase dominante frente al frente interno y externo.

- La organización del apoyo de las masas a este régimen político. Esto se logra –aunque, por supuesto, no exclusivamente– creando la ilusión de poder elegir entre distintas corrientes, promesas electorales y escaparates de propaganda comicial.

- La creación de una estructura lo más estable posible para hacer frente a otras fracciones de bandidos, tanto regionales como globales (como se señaló anteriormente).

LA VARIANTE IRANÍ DEL «ESTADO DE BIENESTAR»

Es evidente que cualquier forma política está llena de un contenido social y económico contradictorio y en constante movimiento, al cual debe dar expresión. No es difícil descubrir que también en Irán existen grandes familias burguesas, enclaves vacacionales donde esta élite despilfarra lo acumulado “con el sudor de su frente”; existe la llamada economía de los CGRI, que representa, según se dice, un 20 % o un 40 % de la economía nacional y en cuyas juntas directivas se sientan militares retirados; y existe también la economía del bazar de Oriente Medio, esto es, la pequeña burguesía iraní.

Pero aquí conviene detenerse en otro elemento del funcionamiento de este modelo socioeconómico, bien descrito en el libro de Smagin y típico del modelo socioeconómico de posguerra de las viejas potencias, hoy también en crisis. Se trata de lo que en Occidente recibió el nombre de Welfare State, o Estado de bienestar. En Europa, este sistema se consolidó durante el periodo de los “milagros económicos” de las décadas de 1950 y 1960, cuando se producían los turbulentos procesos de descomposición del campesinado, el éxodo rural hacia las ciudades y la proletarianización. Las migajas caídas de la mesa del amo que alimentaban los sistemas de seguridad social estaban destinadas a suavizar la fricción que inevitablemente surgía durante estos procesos y, en parte, a sostener la demanda de productos en una economía en rápido crecimiento. En formas específicas, este fenómeno también fue característico de Irán.

Entre 1950 y 2015, el nivel de urbanización en Irán creció del 28% al 73%: en esencia, esto implica ritmos muy acelerados de desintegración del campo y de

formación de las clases de la sociedad burguesa moderna, lo que no podía dejar de generar tensión social, exacerbar la lucha política y forzar la adaptación de las formas políticas.

Veamos cómo describe Smagin estos procesos:

«Las primeras manifestaciones sistémicas de la política social en Irán se remontan a los años de la guerra irano-iraquí (1980–1988). El agotador conflicto exigió la reestructuración de la economía sobre una base bélica, y los antiguos mecanismos de mercado para la distribución de productos dejaron de funcionar. Para evitar la hambruna, las autoridades recurrieron por primera vez a subsidios masivos para los alimentos: los precios estaban controlados por el Estado y los bienes se distribuían a la población de acuerdo con normas estrictas. De hecho, se trataba de cartillas de racionamiento con las que a cada persona solo se le vendía una cantidad determinada de productos. Luego la guerra terminó, la necesidad de racionamiento desapareció, pero los subsidios se mantuvieron. Ahora los iraníes podían obtener toda la gasolina o electricidad que quisieran a precios bajos.

En aquellos años también se manifestó otro rasgo de las nuevas autoridades. La República Islámica no buscó destruir las instituciones que existían bajo el sah, sino más bien ajustar su funcionamiento y complementarlas con otras nuevas. [...] Las antiguas organizaciones e instituciones de asistencia social que operaban bajo el sah no fueron liquidadas, sino que aparecieron nuevas organizaciones dirigidas a trabajar con aquellos estratos de la población a los que el régimen anterior no prestaba suficiente atención. Es notable que la Fundación Pahlavi, que poseía importantes activos del sah y su familia, fuera rebautizada como la Fundación de los Oprimidos (“Bonyad-e Mostazafan”). Se convirtió en el feudo de los CGRI, transformándose en la mayor y más influyente de las fundaciones iraníes.

En el plano económico, los éxitos de la República Islámica en las primeras décadas fueron más que modestos. Las sanciones y el aislamiento internacional interrumpieron las rutas habituales de exportación de hidrocarburos, y la prolongada guerra con Irak devastó la economía. [...] El país no alcanzó los niveles de los indicadores económicos prerrevolucionarios hasta principios de la década de 2000 [...].

En contraste con la economía, la política social arrojó resultados nada desdeñables. Los islamistas abrieron a la gente común el camino hacia la educación y la medicina. La mortalidad infantil disminuyó rápidamente. Ya a principios de los años 90, Irán alcanzó en este indicador el nivel de los países desarrollados, superando

notablemente las cifras medias de Oriente Medio, ¡y esto en medio de la guerra y la crisis económica! Los iraníes también viven más que sus vecinos de la región: a principios de la década de 2010, Irán, siendo aún un país en desarrollo, igualó en esperanza de vida a las naciones europeas. Las acciones del gobierno contribuyeron a ello: en 1995 se aprobó la ley de asistencia médica universal, que ofreció pólizas de seguro médico a todos los habitantes del país. Por primera vez, incluso los residentes de pueblos y aldeas remotas tuvieron acceso a servicios médicos básicos.

El progreso en comparación con la época del sah también fue evidente en la educación. Si en los años 70 estudiaban en las escuelas de Irán cerca de 5 millones de personas, a principios de la década de 2000 el número de escolares alcanzó casi los 20 millones. Entrar a la universidad se volvió mucho más fácil. La República Islámica también hizo mucho por la emancipación de la mujer. Antes de 1979, la tasa de alfabetización entre las jóvenes de 15 a 24 años en el país era del 42 %, muy inferior a la de Turquía (68 %). Sin embargo, para mediados de la década de 2000, este indicador en Irán ya había alcanzado casi el 97 %, un 3 % más que su vecino turco. Las mujeres también ingresaron masivamente a las universidades, superando el 50 % de la cuota de estudiantes.

Por primera vez en la historia de Irán, se comenzó a pagar regularmente un subsidio a los desempleados. Se incluyó a los trabajadores autónomos en el sistema de seguridad social. Finalmente, el sistema de subsidios y de ayuda a los estratos más vulnerables, en combinación con la normalización económica de las décadas de 1990 y 2000, logró revertir la situación de la pobreza. Este indicador había empeorado drásticamente durante los años de guerra y se mantuvo en un nivel del 30 % hasta 1995-1996. Sin embargo, posteriormente el número de personas pobres comenzó a reducirse, cayendo a tan solo un 5 % entre 2011 y 2013».

Este largo ciclo de desarrollo condujo a la formación de una sociedad capitalista moderna que incluye lo que la sociología burguesa denomina la “clase media”. En realidad, se trata de una amalgama social compuesta por diferentes clases y sus estratos, explotadores y explotados, a los que se mezcla en un mismo caldero basándose únicamente en sus niveles de ingresos y en la predominancia de hábitos burgueses. Sea como fuere, esta masa heterogénea comenzó a plantear al Estado exigencias cada vez más nuevas. El Estado, por su parte, es incapaz de responder a ellas bajo las condiciones de las sanciones y la degradación económica debido a la escasez

de inversiones. Tal es el verdadero caldo de cultivo de las protestas iraníes.

LA ILUSIÓN DE LA REPRESENTACIÓN OBRERA Y LA LUCHA DE FRACCIONES DE LA BURGUESÍA

En el análisis de Smagin y de otros investigadores burgueses, a menudo se pasa por alto no solo al propio proletariado iraní, sino también la forma en que la clase dominante construye activamente mecanismos para subordinar el movimiento obrero a sus intereses de fracción. La burguesía iraní, a pesar de su fragmentación interna (que los politólogos reducen simplistamente a la lucha entre “reformistas” y “conservadores” o “principalistas”), posee un rico arsenal de medios para cooptar las protestas obreras y utilizarlas como ariete en sus guerras intestinas por el control de activos y de la influencia política.

Inmediatamente después de la revolución de 1979, cuando los consejos obreros independientes (shoras) fueron aplastados, el Estado creó un sucedáneo de estos: los Consejos Islámicos del Trabajo, así como la organización paraguas “Casa del Trabajador” (“*Khaneh Kargar*”). Estas estructuras solo protegen nominalmente los derechos de los trabajadores. En la práctica, su función es el control preventivo del entorno obrero y la integración de la clase obrera en el sistema corporativista estatal.

Es importante señalar que la dirección de la “Casa del Trabajador” ha estado históricamente estrechamente vinculada a la fracción de los llamados “pragmáticos” y “reformistas” (la línea de Rafsanyani y Jatamí). En los periodos en los que esta fracción se encontraba en la oposición frente a los conservadores de línea dura, los líderes de la “Casa del Trabajador” a menudo recurrían a la movilización de los trabajadores bajo su control para presionar a sus rivales políticos, organizando mítines autorizados bajo consignas de justicia social que, en realidad, servían únicamente como herramienta de negociación para obtener carteras ministeriales y preferencias económicas.

Por otro lado, el ala conservadora de la burguesía, apoyada en los CGRI y en las grandes fundaciones religiosas (bonyads), juega regularmente la carta de la “defensa de los oprimidos” (mostazafin). Desde la época de Ahmadiyad y hasta la presidencia de Raisi, los conservadores utilizaron activamente las huelgas de trabajadores en empresas privatizadas para asestar golpes a sus competidores.

Un claro ejemplo de ello es la lucha en la fábrica de azúcar Haft Tappeh o en la planta de maquinaria

pesada Hepco. Cuando las empresas transferidas a manos de propietarios privados (a menudo vinculados al campo reformista) eran llevadas a la quiebra y los trabajadores pasaban meses sin cobrar su salario, los medios y políticos conservadores se convertían de repente en la “voz del proletariado”. Daban cobertura a estas huelgas y apoyaban las demandas de anular las privatizaciones, pero con un solo objetivo: arrebatar estos activos de las manos de sus competidores privados y devolverlos al control del Estado o de los fondos paraestatales vinculados a los CGRI. En cuanto se producía el cambio de propietario, la “solidaridad” de los conservadores se esfumaba, y cualquier intento de los obreros de seguir luchando por sus verdaderos derechos era brutalmente reprimido.

La fracción de los reformistas, a su vez, lleva décadas aprovechándose de las ilusiones democráticas de la intelectualidad y de una parte de la clase obrera. En vísperas de las elecciones, prometen flexibilizar la legislación laboral, legalizar los sindicatos independientes y ampliar las libertades civiles. Sin embargo, han sido precisamente los gabinetes reformistas (especialmente bajo el mandato de Rohaní) los responsables de las campañas más masivas de desregulación neoliberal del mercado laboral, incluyendo la expansión de la práctica de los “contratos en blanco” (contratos firmados por el trabajador sin especificar plazos ni montos salariales, donde el empleador puede escribir lo que le plazca) y la exclusión de millones de trabajadores de pequeñas empresas de la protección del código laboral.

Por muy agudas que sean las contradicciones entre las diversas agrupaciones de la burguesía iraní (ya sea la orientada al mercado interno o la que aspira a un pacto con el imperialismo occidental; la privada o la militar-estatal), todas demuestran una unidad de clase absoluta en un solo punto: no permitir la autoorganización del proletariado.

En cuanto una huelga traspasa los límites permitidos por una u otra fracción, y los trabajadores comienzan a formular reivindicaciones políticas o intentan formar organizaciones auténticamente independientes (como hicieron el sindicato de conductores de autobuses de Teherán, el consejo coordinador de profesores o el sindicato independiente de trabajadores de Haft Tappeh), la maquinaria estatal olvida sus discrepancias internas. Los líderes de la protesta obrera son sometidos a arrestos, torturas y largas condenas de prisión bajo cualquier presidente, ya sea conservador, “pragmático” o reformista.

De este modo, la burguesía iraní intenta constantemente convertir al movimiento obrero en un ejército

de figurantes para sus ajustes de cuentas intracalse. La toma de conciencia de que ninguna de las fracciones de la clase dominante, ninguna de sus fachadas políticas, puede ser un aliado táctico del proletariado, constituye el primer y necesario paso hacia la independencia política de la clase obrera iraní ante las inminentes tempestades del nuevo reparto imperialista.

EL SANGRIENTO NUEVO REPARTO DE ORIENTE MEDIO

En estos momentos, el imperialismo estadounidense, en alianza con su socio israelí, ha iniciado una operación militar contra Irán, sin ocultar que, en su intervención, cuenta claramente con el potencial de protesta de los iraníes. Al mismo tiempo, Trump no se ha molestado en ofrecer largas disquisiciones sobre la necesidad de defender los “valores democráticos” y demás palabrería ideológica, delegando la tarea de justificar la guerra bajo el pretexto de acabar con un régimen misántropo al coro de comentaristas liberales en los medios de comunicación.

Simplificando el panorama general, se puede afirmar que el depredador estadounidense, en relativo declive, intenta aprovechar la ventaja militar que aún conserva para poner bajo su control recursos económicos y rutas de tránsito clave, con el fin de negociar luego desde una posición de fuerza con sus competidores, en particular con el ascendente imperialismo chino. Ayer, este reparto de la región se llevaba a cabo mediante inversiones, acuerdos comerciales e iniciativas diplomáticas (los Acuerdos de Abraham; el acuerdo estratégico entre China e Irán de 2021, que prevé inversiones por valor de 400.000 millones de dólares en un plazo de 25 años, entre otros); hoy, prosigue mediante la intervención militar, desencadenando una impredecible cadena de consecuencias. Las inversiones, la diplomacia y la guerra no son medios opuestos o excluyentes en este reparto; las guerras imperialistas son la continuación de la política imperialista y de los intereses económicos de los mayores grupos monopolistas. Lo mismo hacen los bandos regionales de menor tamaño, desde Israel hasta las monarquías del Golfo y Turquía. Ni el imperialismo europeo ni el ruso se quedan al margen, temerosos de salir perdiendo en la nueva redistribución.

En este drama hay una lección adicional de gran importancia. Los imitadores izquierdistas del marxismo podían soñar con que una invasión estadounidense, montada sobre sus bayonetas imperialistas, traería a la clase obrera iraní una democracia supuestamente progresista que, en el futuro, crearía condiciones

más libres para que los trabajadores luchasen por sus intereses. Esto es o bien estupidez y candidez, o bien una franca traición y un juego a favor del enemigo de clase. Por otro lado, la burguesía iraní ha obtenido lógicamente un as en la manga en forma de “unidad nacional”, tratando de aglutinar al proletariado en torno a la bandera estatal y a la defensa de un régimen islámico que, hasta ayer mismo, era odiado por las propias masas.

En estas condiciones, la única posición marxista correcta para la clase obrera iraní es la táctica del derrotismo revolucionario. El proletariado no tiene patria en esta carnicería interimperialista. La tarea de los trabajadores no consiste en defender la “soberanía nacional” de la República Islámica burguesa frente a los misiles estadounidenses, ni en apoyar a los intervencionistas de Washington, sino en utilizar la crisis militar, que debilita el aparato estatal, para desatar la guerra de clases en la retaguardia. La consigna del momento es la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, volviendo las armas contra la burguesía nacional, la “propia”.

La emancipación de los trabajadores solo puede ser obra de los trabajadores mismos. Sin embargo, la experiencia de las huelgas iraníes, continuamente conducidas a un callejón sin salida por los reformistas o aplastadas por las bayonetas de los CGRI, demuestra lo siguiente: la mera protesta económica espontánea y la creación de sindicatos “independientes” no son suficientes. La lucha sindicalista mantiene al proletariado encadenado dentro del sistema de la esclavitud asalariada. Para escapar de la trampa tendida por las luchas de fracciones de la burguesía, es de vital importancia que los trabajadores de vanguardia de Irán forjen su propia arma política: un partido de vanguardia revolucionario. Solo una organización de revolucionarios profesionales, armada con la teoría marxista de vanguardia, es capaz de inyectar una genuina conciencia de clase e internacionalista en el movimiento obrero espontáneo, uniendo las huelgas dispersas en un frente político unificado.

Esta lucha política debe tener una perspectiva revolucionaria nítida. El objetivo del proletariado no puede ser la “demo-

cratización” del régimen, la sustitución del Rahbar por un presidente liberal ni la creación de un “verdadero” “Estado de bienestar”. La tarea histórica radica en la destrucción total, en la liquidación física de la maquinaria estatal burguesa, con todos sus majlis electos y sus consejos no electos, sus fundaciones religiosas y su Cuerpo de la Guardia. Sobre las ruinas de la dictadura del capital, la clase obrera iraní, apoyándose en los consejos obreros (shoras) renacidos, y en alianza con los demás destacamentos del proletariado mundial, debe instaurar su propia dictadura: la dictadura del proletariado. Hoy, no nos hallamos sino al comienzo de este arduo camino. Pero es precisamente la recuperación de este programa revolucionario cristalino, desechado por los oportunistas, la condición primordial para las futuras batallas de clases, cuya máxima expresión será la fundación de una nueva Internacional Comunista.

Marzo de 2026.



DEL MÁNCHESTER DE ENGELS AL MÁNCHESTER GLOBAL

Durante décadas, los ideólogos burgueses nos han intentado convencer de que el marxismo está irremediabilmente obsoleto, de que la clase obrera clásica ha desaparecido y de que la brutal explotación del pasado ha sido sustituida por una humana “sociedad postindustrial” de igualdad de oportunidades. Destruimos este mito basándonos en un riguroso análisis de economía política. Demostramos que el capital no ha cambiado en absoluto su naturaleza depredadora: simplemente ha escalado las infernales condiciones de la Manchester fabril del siglo XIX, descritas por el joven Friedrich Engels, a las proporciones de todo el planeta. Enfrentado a la inexorable caída de la tasa de ganancia en la década de 1970, el capitalismo puso en marcha los mecanismos de revancha global: deslocalizó la producción física a los países del “nuevo” capitalismo, condenando a miles de millones de personas a la superexplotación, mientras que fragmentó y subyugó a la clase obrera de las metrópolis mediante la “economía gig”, el taylorismo digital, la esclavitud de la deuda y las ilusiones del capital sustituto. En este material diseccionamos la anatomía del proletariado fragmentado contemporáneo y demostramos que, a pesar de la desconexión espacial y profesional, el minero del Congo, el repartidor con rastreador GPS y el especialista en TI agotado siguen siendo eslabones de la misma cadena de extracción de plusvalía. Para quebrar esta máquina global de producción de miseria y alienación, es vital que la clase fragmentada de los trabajadores asalariados supere la atomización impuesta y tome conciencia de sus intereses de clase unificados. Dirigir la protesta espontánea del proletariado hacia el cauce de la revolución comunista es algo que sólo puede lograr un partido marxista mundial.

En 1845, un Friedrich Engels de veinticuatro años publicó el libro “La situación de la clase obrera en Inglaterra”, que Lenin calificó de «una terrible acusación contra el capitalismo y la burguesía»¹, situándolo entre las mejores obras de la literatura socialista mundial. La elección del objeto de análisis no fue casual: la Mánchester del siglo XIX era el primer “laboratorio puro” del capitalismo industrial. Engels documentó con precisión de acta cómo un sistema dotado de una capacidad de innovación tecnológica sin precedentes generaba al mismo tiempo miseria absoluta, epidemias y degradación de la vida humana. Era la realidad de la asfijante y humeante Coketown de “Tiempos difíciles” de Charles Dickens y de las infernales entrañas del “Germinal” de Émile Zola.

En el primer tomo de “El Capital”, Karl Marx formuló la ley: «[...] todos los métodos para la producción del plusvalor son a la vez métodos de la acumulación, y toda expansión de ésta se convierte, a su vez, en medio para el desarrollo de aquellos métodos. De esto se sigue que a medida que se acumula el capital, empeora la situación del obrero, sea cual fuere su remuneración. La ley, finalmente, que mantiene un equilibrio constante entre la sobrepoblación relativa o ejército industrial de reserva y el volumen e intensidad de la acumulación, encadena el obrero al capital con grillos más firmes que las cuñas con que Hefesto aseguró a Prometeo en la roca. Esta ley produce una acumulación de miseria proporcionada a la acumulación de capital. La acumulación de riqueza en un polo es al propio tiempo, pues, acumulación de miseria, tormentos de trabajo, esclavitud, ignorancia, embrutecimiento y degradación moral en el polo opuesto, esto es, donde se halla la clase que produce su propio producto como capital»².

Un siglo y medio después, los apologistas del capitalismo afirman que esta ley ha quedado obsoleta. Nos hablan del advenimiento de la “sociedad posindustrial”, del triunfo de la clase media y de la economía del conocimiento. Sin embargo, si nos desprendemos de la hojarasca ideológica y aplicamos a las realidades contemporáneas un estricto análisis económico-político marxista, descubriremos que el capitalismo no ha cambiado su naturaleza: sólo ha escalado la Mánchester de 1845 a las proporciones de todo el planeta. La economía actual es una única fábrica global donde los algoritmos digitales actúan como capataces desalmados y las burbujas financieras cumplen la función de aparato de respiración artificial para un sistema afectado por una crisis crónica de superproducción.

LA LEY FUNDAMENTAL Y EL GRAN DESACOPLOAMIENTO: LA MECÁNICA DEL “LARGO DECLIVE”

Para entender por qué el programador contemporáneo, el reparador y el ensamblador de teléfonos inteligentes se encuentran en la misma barca de clase, recurramos a uno de los elementos fundamentales de la teoría marxista de las crisis: la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia.

LAS MATEMÁTICAS DE LA INEVITABILIDAD

El capitalismo está impulsado por un único objetivo: la autovalorización del valor (la acumulación de capital). La ganancia surge exclusivamente del trabajo no remunerado de los obreros (la plusvalía).

En el paradigma marxista, la tasa de ganancia se expresa mediante la fórmula:

$$p' = \frac{m}{c+v},$$

donde m es la plusvalía, c el capital constante (máquinas, materias primas, servidores, algoritmos) y v el capital variable (el salario de los obreros).

En su afán por obtener una ventaja competitiva, el capitalista se ve obligado a introducir constantemente nuevas tecnologías, sustituyendo el *trabajo vivo* por el de las máquinas. Esto conduce a un crecimiento incesante de la *composición orgánica del capital* (la relación c/v). Pero puesto que la única fuente de nuevo valor es el trabajo vivo (v), la disminución relativa de la proporción de este

1 - Lenin, V. I. *Federico Engels*. Marxists Internet Archive [en línea]. Escrito en 1895. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1890s/engels.htm>

2 - K. Marx, *El capital*. Crítica de la economía política, Libro primero: El proceso de producción del capital. México: Siglo XXI Editores, 2008, p. 805.

trabajo en la producción conduce inevitablemente a una caída sistémica de la tasa de ganancia (p').

1973 COMO PUNTO DE NO RETORNO

A finales de la década de 1960, los premios Nobel de Economía Robert Solow y Paul Samuelson hicieron una serie de declaraciones triunfalistas. «*El concepto obsoleto [...] del “ciclo económico” ya no es demasiado interesante*», afirmaba Solow. Samuelson bromeaba: después de cincuenta años de actividad, la Oficina Nacional de Investigación Económica «*se ha privado de una de sus tareas: el estudio del ciclo económico*». Arthur Okun, alto asesor de los presidentes Kennedy y Johnson, sostenía que las recesiones «*ahora [...] se pueden prevenir, como los accidentes de aviación*», y la idea de que las fluctuaciones económicas podían ser una amenaza para el buen funcionamiento de la economía «*había quedado obsoleta*». En el libro “*The Political Economy of Prosperity*” (Washington, 1970), cuya redacción finalizó en noviembre de 1969, escribió que en ese momento «*la nación está experimentando el centésimo quinto mes de un crecimiento económico continuo y sin precedentes*», y sin dudar lo declaró la «*obsolescencia del esquema de los ciclos económicos*».

Los apologistas del capitalismo percibieron el período de crecimiento de recuperación de posguerra como la nueva normalidad del capitalismo.

El director del Centro de Teoría Social e Historia Comparada de la Universidad de California en Los Ángeles y editor de la *New Left Review*, Robert Brenner, en su libro “*La economía de la turbulencia global: las economías capitalistas avanzadas del largo boom al largo declive, 1945-2005*” (2006) demuestra que esto fue sólo una anomalía temporal causada por la destrucción de enormes volúmenes de capital durante la Segunda Guerra Mundial.

A finales de los años 60, las economías de EE. UU., Alemania y Japón se saturaron de capacidad productiva. La ley de la caída de la tasa de ganancia impuso su rigor. La crisis de 1973 (a menudo reducida erróneamente al embargo petrolero) fue el momento en que el capital ya no pudo sostener el crecimiento de las ganancias manteniendo el “compromiso de clase” de posguerra (salarios altos).

A partir de este momento comienza lo que los economistas denominan el “Gran Desacoplamiento” (*The Great Decoupling*). El economista inglés, profesor de la Universidad de Oxford e investigador del capitalismo Andrew Glyn³, en su libro “*Capitalism Unleashed*” (Oxford University Press, 2006) expone el mecanismo de la revancha capitalista. Sus conclusiones son confirmadas por la investigación del *Economic Policy Institute* (EPI): desde 1973, la productividad laboral en EE. UU. y Europa ha crecido casi un 110 %, mientras que el salario real del trabajador mediano se ha estancado (véase la tabla y el gráfico). Toda la plusvalía de este último medio siglo ha sido expropiada por el capital para compensar la caída de la tasa de ganancia. El sistema sobrevive exclusivamente intensificando el grado de explotación.

EL CAPITAL EN BUSCA DE GANANCIAS DESARROLLA EL SUR GLOBAL

Enfrentado a la caída de las ganancias y a los intereses de la aristocracia obrera en las metrópolis en la década de 1970, el capital recurrió a una estrategia que el geógrafo angloamericano y uno de los fundadores de la llamada “geografía radical”, David Harvey, en su libro “*The Limits to Capital*” (1982) denomina «*solución espacial*» (*Spatial Fix*): si en Detroit la fuerza de trabajo cuesta 20 dólares la hora y la jornada laboral está limitada a 8 horas, entonces la fábrica

AÑO	PRODUCTIVIDAD LABORAL (OUTPUT/HOUR)	SALARIO MEDIANO REAL (REAL WAGE)	BRECHA (CAPITAL APPROPRIATION)
1973	100	100	0
1990	132	103	+29
2010	185	108	+77
2022 (EST.)	210	110	+100

DATOS BASADOS EN EL MODELO DEL EPI (ECONOMIC POLICY INSTITUTE).

3 - En las décadas de 1970 y 1980, Glyn fue activista del trotskista Comité por una Internacional Obrera, así como asesor del Sindicato Nacional de Mineros (Reino Unido) y de la Organización Internacional del Trabajo.

debe trasladarse allí donde las exigencias del proletariado sean mucho menores.

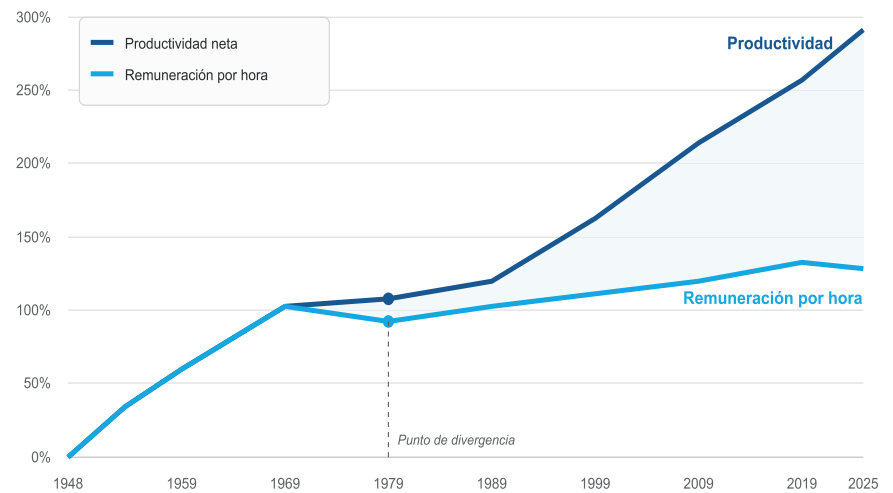
Según datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), en la presente década el ejército mundial de trabajo asalariado alcanza una cifra sin precedentes en la historia de 3.300 a 3.500 millones de personas. Se ha producido un cambio geográfico colosal: la inmensa mayoría del proletariado mundial (unos 1.900 millones de trabajadores) se concentra hoy en la región de Asia-Pacífico, convertida en el principal taller industrial del planeta. En África, el número de asalariados ronda los 500 millones (de los cuales más del 85 % se encuentran en el sector informal, sin la más mínima garantía social), y en América Latina se sitúa en torno a los 300 millones. Las condiciones laborales en el Sur Global reproducen a menudo y de forma literal las realidades de la Inglaterra del siglo XIX: ausencia de una protección sistémica del trabajo, turnos de 10 a 14 horas e ingresos que rozan la supervivencia fisiológica.

Al mismo tiempo, no debemos olvidar que el marxismo distingue entre *pauperización absoluta* y *relativa*. Hoy en día, un ensamblador de teléfonos móviles en Shenzhen no sólo tiene un plato de arroz, sino también un iPhone. Pero al mismo tiempo, el grado de explotación del trabajador (la depauperación relativa: la brecha entre lo que produce y lo que recibe) supera con creces el nivel de explotación de un recolector de arroz.

Como escribió Marx en su obra *“Trabajo asalariado y capital”*: «Sea grande o pequeña una casa, mientras las que la rodean son también pequeñas cumple todas las exigencias sociales de una vivienda, pero, si junto a una casa pequeña surge un palacio, la que hasta entonces era casa se encoge hasta quedar convertida en una choza. La casa pequeña indica ahora que su morador no tiene exigencias, o las tiene muy reducidas; y, por mucho que, en el transcurso de la civilización, su casa gane en altura, si el palacio vecino sigue creciendo en la misma o incluso en mayor proporción, el habitante de

La brecha entre productividad y remuneración

Crecimiento de la productividad neta y la remuneración por hora, 1948-2025



Fuente: Economic Policy Institute (EPI), gráfico adaptado y traducido por nosotros al español.

la casa relativamente pequeña se irá sintiendo cada vez más desazonado, más descontento, más agobiado entre sus cuatro paredes.

Un aumento sensible del salario presupone un crecimiento veloz del capital productivo. A su vez, este veloz crecimiento del capital productivo provoca un desarrollo no menos veloz de riquezas, de lujo, de necesidades y goces sociales. Por tanto, aunque los goces del obrero hayan aumentado, la satisfacción social que producen es ahora menor, comparada con los goces mayores del capitalista, inasequibles para el obrero, y con el nivel de desarrollo de la sociedad en general. Nuestras necesidades y nuestros goces tienen su fuente en la sociedad y los medimos, consiguientemente, por ella, y no por los objetos con que los satisfacemos. Y como tienen carácter social, son siempre relativos»⁴.

EL “ARBITRAJE LABORAL GLOBAL” Y LA RENTA IMPERIALISTA

El investigador John Smith, en su libro *“Imperialism in the Twenty-First Century: Globalization, Super-Exploitation, and Capitalism’s Final Crisis”* (2016), disecciona magistralmente este proceso utilizando el ejemplo de la producción de aparatos electrónicos y prendas de vestir. El “milagro” económico de las empresas transnacionales (ETN) se basa en el hecho de que monopolizan las patentes, las marcas y las finan-

4 - Marx, K. Trabajo asalariado y capital. Marxists Internet Archive [en línea]. Escrito en 1849. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/49-trab2.htm>

zas (que permanecen en el Norte), deslocalizando el proceso físico de creación de valor al Sur Global.

Del precio de venta al público de un teléfono inteligente, a los ensambladores de las fábricas de Foxconn les corresponde menos del 2 %⁵. Toda la colosal plusvalía extraída a partir de los turnos de 12 horas de los obreros chinos, vietnamitas o indios fluye bajo la forma de superganancia imperialista hacia las cuentas de las corporaciones en California e Irlanda. Esto permite a los economistas occidentales trazar gráficos de crecimiento del PIB en las metrópolis imperialistas, ocultando el hecho de que este PIB se paga literalmente con el sudor y la sangre de los trabajadores de los países del capitalismo ascendente.

El aspecto más sombrío de este sistema mundial de explotación es la utilización masiva del trabajo infantil, impulsado por la miseria del proletariado del Sur Global. Según las últimas estimaciones conjuntas de la OIT y UNICEF, en la actualidad 160 millones de niños en el mundo se ven obligados a trabajar (casi uno de cada diez niños del planeta), de los cuales 79 millones realizan trabajos peligrosos para su vida y su salud. El líder absoluto es el África subsahariana, donde se explota al 23,9 % de los niños de la región (86,6 millones de personas). En la región de Asia y el Pacífico, la proporción de niños trabajadores es del 5,6 % (49 millones), y en los países de América Latina y el Caribe del 5,3 % (8,3 millones). Son precisamente estos niños, que extraen cobalto para las baterías de los vehículos eléctricos premium en el Congo o que clasifican la basura electrónica tóxica en Ghana, quienes apuntalan los cimientos de la rentabilidad de las corporaciones transnacionales de alta tecnología.

LA REGULARIDAD DE LA RESISTENCIA

Sin embargo, este proceso encierra en sí mismo una contradicción dialéctica. La profesora de sociología de la Universidad Johns Hopkins, Beverly Silver, en su estudio *Forces of Labor: Workers' Movements and Globalization since 1870* (2003), analiza los traslados del capital durante los últimos 150 años. Las industrias textil y automovilística huyeron de las huelgas desde Inglaterra hacia Estados Unidos, de allí a Japón, luego a Corea del Sur, a China y, finalmente, a Vietnam y Bangladesh.

Al leer el libro de Silver, observamos una ley férrea que Marx y Engels describieron ya en el *Manifiesto*

del Partido Comunista: adondequiera que vaya el capital en busca de manos laboriosas y dóciles, engendra inevitablemente a su propio sepulturero: el proletariado. Aunque se trate de una clase obrera aún no escolarizada por el capitalismo, débilmente organizada y sin plena conciencia de sus intereses, el crecimiento explosivo de las huelgas en Asia en las décadas de 2010 y 2020 ya es una confirmación directa de que **el proletariado no ha desaparecido, simplemente ha cambiado su geografía.**

ANATOMÍA DE UNA CLASE FRAGMENTADA: PRECARIADO, MIGRACIÓN Y ARISTOCRACIA OBRERA

El desarrollo del capitalismo hacia el siglo XXI ha creado un sistema de estratificación interna del proletariado sin precedentes en su complejidad, fracturándolo en estratos entre los que en ocasiones se produce un conflicto de intereses. Esta arquitectura multinivel de la opresión construida por el capitalismo se refleja en la película del director surcoreano Bong Joon-ho, *Parásitos* (2019), donde la burguesía flota en una abstracta casa de cristal, mientras que los representantes de las clases bajas, cegados por una falsa conciencia, se muerden a muerte unos a otros en sótanos inundados por el derecho a servir a sus amos.

EL “SUR INTERNO” Y EL USO DE LA MIGRACIÓN

Si el capital no puede trasladar una granja o una obra de construcción a África, importa África hacia sí. Según datos de la OIT para 2024, el 68,4 % de los 167,7 millones de trabajadores migrantes internacionales se concentran en los países del núcleo imperialista del capitalismo. Los migrantes conforman un ejército de reserva de trabajo artificialmente privado de derechos. La carencia de derechos políticos y la constante amenaza de deportación permiten al capital eludir la legislación laboral, aplicar el *dumping* salarial y –lo que es más importante– encauzar la ira de clase de los trabajadores locales hacia el lodazal de la xenofobia populista de derechas.

EL CAPITALISMO RENTISTA Y LA ILUSIÓN DE LA PROPIEDAD

El economista francés Thomas Piketty afirma que la desigualdad crece debido a que la rentabilidad de

5 - Dedrick J., Kraemer K. L., Linden G. The distribution of value in the mobile phone supply chain // Telecommunications Policy. 2011. Vol. 35. Issue 6. P. 505–521.

los activos capitalistas supera el crecimiento económico. El geógrafo económico y profesor del Instituto de Investigación sobre Vivienda y Desarrollo Urbano de la Universidad de Uppsala (Suecia), Brett Christophers, introduce el concepto de capitalismo rentista. Argumenta que el capital ha logrado integrar parcialmente a la cúpula de la clase asalariada (la aristocracia obrera) en el sistema de explotación.

A través de los mecanismos de los fondos de pensiones (que dependen de las cotizaciones bursátiles), los préstamos hipotecarios y la microinversión, los asalariados de las metrópolis se han convertido en propietarios de un capital sustituto. Esto engendra una falsa conciencia: los poseedores del capital sustituto comienzan a preocuparse por los éxitos de Wall Street, ya que el desplome de la bolsa significa una merma de su propia pensión.

La aristocracia obrera contemporánea posee una localización geográfica y económica bien definida. En los países del centro imperialista (EE. UU., Europa Occidental), este estrato agrupa entre el 20 y el 30 % de todos los asalariados (altos directivos, especialistas bien remunerados de las TI y el sector financiero).

Por el contrario, en los países del Sur Global, la proporción de la aristocracia obrera es ínfima y rara vez supera el 2-5 %, atendiendo fundamentalmente las necesidades de logística e infraestructura de las ETN.

Según la *World Inequality Database* (WID), el carácter de este estrato en Occidente ha experimentado una transformación radical: se ha aburguesado a través de los mecanismos de la propiedad. En los estratos de asalariados “lastrados” por la propiedad, la cuota de ingresos provenientes de distintos tipos de activos (renta imputada por vivienda hipotecada, dividendos de acciones, ingresos por intereses y capitalización de cuentas de jubilación privadas) puede alcanzar hoy día entre el 15 y el 25 % de su renta disponible total. En comparación: para el 50 % inferior de los asalariados, la cuota de ingresos derivados de la propiedad es estadísticamente igual a cero: este es precisamente el proletariado clásico que no tiene nada que perder salvo sus cadenas.

No es otra cosa que el cordón umbilical material que vincula los ingresos de la capa superior de los trabajadores de la metrópoli a su propia burguesía imperialista lo que constituye la base económica de su oportunismo político.

Pero no hay que olvidar que en las realidades de la década de 2020 (inflación, incremento de los tipos

de interés de los bancos centrales, encarecimiento del coste de vida), el capital sustituto de la aristocracia obrera se está derritiendo. Ésta pierde tanto ahorros como activos. La base social del capitalismo se encoge incluso en las metrópolis.

COOPTACIÓN INSTITUCIONAL: LA BANCARROTA DE LA SOCIALDEMOCRACIA Y LOS SINDICATOS AMARILLOS

A nivel político, el factor primordial de la desmoralización del proletariado fue la traición de sus organizaciones históricas: los sindicatos y los partidos de izquierda. Este proceso, que echó a andar con el revisionismo de la Segunda Internacional, ha culminado su trayecto lógico en la era del imperialismo desarrollado: la socialdemocracia se ha asimilado por completo a la arquitectura del capitalismo global.

Los modernos partidos sistémicos de izquierda (ya sean los laboristas en Gran Bretaña o los socialdemócratas en Alemania) hace tiempo que dejaron de ser la vanguardia política de la clase obrera.

A partir de la década de 1990 (la época de la “Tercera Vía” de Tony Blair y Gerhard Schröder), abandonaron incluso la retórica de la superación del capitalismo para transmutarse en eficaces administradores de las reformas capitalistas. Fueron precisamente estos partidos *pseudo-obreros* los que orquestaron las privatizaciones, cercenaron las garantías sociales e impulsaron las políticas de estricta austeridad (*austerity*), destruyendo así los últimos vestigios del compromiso de clase de la posguerra.

Muestra de ello es la denominada “Agenda 2010” y las reformas Hartz, acometidas a principios de la década de los 2000 por el gobierno socialdemócrata de Schröder en Alemania. Fueron ellos quienes instauraron en Europa el mayor sector de trabajo precario y mal remunerado (*minijobs*) y recortaron salvajemente las prestaciones por desempleo. Paralelamente, se materializó una profunda burocratización y degeneración del movimiento sindical. Convertida en un elemento integrado de la gobernanza corporativa (el llamado *tradeunionismo*), la cúpula de los sindicatos oficiales se distanció de forma catastrófica de las bases. Los líderes sindicales, que ocupan sillones en los consejos de administración y perciben salarios de altos ejecutivos, están más interesados en preservar la “paz social” y la rentabilidad de las corporaciones que en sostener una intransigente lucha de clases. El sindicato ha pasado de ser una escuela del comunismo y un órgano combativo de solidaridad a una ventanilla de servicios que pro-

vee asesoría legal a cambio del pago de cuotas mensuales de afiliación.

Para la conciencia de clase, este oportunismo surtió efectos destructivos. La clase obrera de las metrópolis, traicionada por sus propias “élites” políticas y sindicales, cayó en un estado de profunda desorientación política y cinismo.

Desprovisto de fe en la viabilidad de una auténtica alternativa de izquierdas, el proletariado atomizado se transformó en presa fácil para el populismo de derechas, que hoy canaliza con destreza el hartazgo contra el *establishment* de una parte considerable de los trabajadores hacia la xenofobia y el chovinismo.

LA AUSENCIA DE ORGANIZACIONES MARXISTAS INFLUYENTES COMO ESPEJO OBJETIVO DE LA CLASE

El colofón lógico de todos los procesos descritos ha sido la profunda desarticulación política del proletariado. Suele escucharse a menudo la interrogante: ¿por qué no existe todavía en el mundo una Internacional marxista influyente y de masas o partidos comunistas robustos?

La respuesta marxista subraya que la superestructura política (el partido) refleja indefectiblemente la base económica y las condiciones materiales de la clase. La inexistencia de organizaciones marxistas influyentes en la actualidad no es un mero corolario de “errores en la dirección”, escasez de líderes carismáticos o endeblez teórica. Es un reflejo directo y objetivo del estado real y latente de la propia clase obrera a escala mundial. Como apuntaba Marx, el proletariado debe evolucionar de ser una «clase en sí» disgregada (que existe objetivamente, pero de modo inconsciente) a una «clase para sí» dotada de subjetividad política.

La clase obrera global de nuestros días se encuentra paralizada justamente como «clase en sí». Su franja más explotada ha sido extirpada físicamente hacia el Sur Global, donde cualquier tentativa de autoorganización obrera es sofocada sin piedad por el aparato armado de las dictaduras burguesas locales y el capital transnacional. Simultáneamente, en los países del núcleo imperialista, el proletariado está asfixiado por las deudas, fragmentado por la economía *gig*, aislado en los suburbios y obnubilado por las ensoñaciones digitales.

La forja de un partido marxista de masas verdaderamente revolucionario no se puede decretar artificialmente desde las alturas ni vertebrarse por Internet. El partido únicamente puede germinar de

modo orgánico, cual expresión política e intelectual de la resistencia fáctica y cohesionada de las masas proletarias de base. Mientras no cristalice esta cohesión primordial y esta experiencia de lucha solidaria, la esfera política de la izquierda se fragmentará inevitablemente en grupúsculos académicos marginales, sectas activistas divorciadas de la producción u ONG reformistas que no comportan la más mínima amenaza para la hegemonía del capital. La debilidad de las organizaciones marxistas es el retrato exacto de la debilidad estructural y la desunión del proletariado contemporáneo.

LA CADENA DE MONTAJE DIGITAL Y LA PRECARIZACIÓN

A quienes no se han enrolado en las filas de la aristocracia obrera les aguarda la precarización. Guy Standing delimita al precariado como aquel estrato de la clase obrera desprovisto de la más mínima certidumbre frente al mañana. La economía *gig* (Uber, plataformas de reparto) ha endosado íntegramente los riesgos y los costes de la reproducción de la fuerza de trabajo sobre las espaldas del propio trabajador.

La investigadora británica, especializada en sociología del trabajo, economía digital y cuestiones de género, Ursula Huws, en su obra *The Making of a Cyberariat* (2003), demuele el mito del carácter “exclusivo” de la esfera informática. El trabajo de programadores, redactores de textos y diseñadores se halla sometido a un taylorismo digital: es fragmentado en quehaceres primitivos, homogeneizado y algoritmizado.

Los turiferarios de Silicon Valley llevan décadas vendiéndonos el ideario de la “economía colaborativa” (*sharing economy*) y de la economía *gig* como el advenimiento de una era poblada de creadores independientes y emprendedores soberanos. Sin embargo, si nos calzamos los anteojos de “*El Capital*” de Marx, comprobaremos que el capitalismo de plataformas no significa la superación de las contradicciones capitalistas, sino su exacerbación hasta su confín absoluto y químicamente puro.

Marx no pudo prever la irrupción de los teléfonos inteligentes, mas delineó a la perfección la propia mecánica que hoy instrumentalizan Uber, Yandex, Amazon y Glovo. Hete aquí cómo se desgranán las modernas plataformas digitales bajo los conceptos basales de la economía política marxista: si en el capitalismo clásico la burguesía la constituyen los amos de las fábricas, las cabeceras periodísticas y los buques a vapor, en la economía *gig* los propietarios de las plataformas aducen que no son más que meros “intermediarios

informáticos” que enlazan al cliente con el ejecutor. Pero, a los ojos de Marx, la plataforma (el algoritmo, los servidores, la base de datos) conforma *en sí misma* los medios de producción modernos.

Al arrogarse el monopolio de la infraestructura digital, el capital se erige en controlador absoluto. El obrero no puede procurarse clientela sorteando el algoritmo. La plataforma recauda una portentosa renta (comisión) a cambio del acceso a este “telar” digital, imponiendo sus tarifas a ambas partes.

En el capítulo XIII del primer tomo de *“El Capital”*, Marx cita al inspector fabril Leonard Horner: «[...] el obrero siga el movimiento sin un esfuerzo mayor que el que puede efectuar de manera continua.»⁶

Y en el capítulo XIX, Marx extrae el siguiente corolario: «[...] el pago a destajo es la forma del salario más adecuada al modo de producción capitalista. Aunque de ninguna manera es nuevo [...] es sólo en el período manufacturero propiamente dicho cuando conquista un campo de acción más amplio. En la época fermenta y turbulenta de la gran industria, o sea entre 1797 y 1815, sirve de palanca para prolongar la jornada laboral y abatir el salario.»⁷

La economía *gig* ha catapultado este postulado al absoluto. El repartidor o el taxista no perciben un estipendio en función de su tiempo de trabajo: devengan emolumentos por un encargo específico (a destajo). En el plano psíquico, el pago a destajo inculca en el obrero la quimera de la libertad y del trabajo “por cuenta propia” (habida cuenta de que formalmente no pende sobre él un contramaestre reloj en mano). Semejante tesitura constriñe al obrero a intensificar autónomamente su propia labor (trabajar lapsos de 12 a 14 horas, privarse del sueño, contravenir las normativas de seguridad) a fin de reunir un salario que le permita subsistir. El capital ya no precisa instigar a latigazos al proletario: es él mismo quien destila la plusvalía de sus propias venas.

La perversidad magistral del capitalismo de plataformas estriba en que ha compelido al proletario a sufragar él mismo una porción del capital constante (*c*). El conductor de taxi opera con su vehículo particular; el repartidor, con su bicicleta y su teléfono inteligente. Ellos son quienes desembolsan el combustible, las reparaciones, la tarifa de Internet y la amortiguación del utillaje técnico. La plataforma recaba la plusvalía

impoluta (*m*), habiéndose zafado casi por completo de la carga que supone el mantenimiento y el remozamiento de los medios físicos de producción.

Pero la cuestión no acaba aquí. Marx alertó sobre la perentoria necesidad del capital de mantener una *superpoblación relativa* o *ejército de reserva de trabajo*. Los desempleados resultan indispensables para el sistema a fin de atenuar a los empleados e impedir el ascenso de los salarios. La aplicación del teléfono celular conforma la cisterna perfecta de semejante batallón. Millones de almas figuran adscritas al sistema. Si un mensajero repudia la tarifa fijada y desconecta la aplicación, el algoritmo delega el recado de modo instantáneo a otro peón extraído de ese infinito contingente de reserva conformado por migrantes, estudiantes o personas que han perdido su ocupación estable. Semejante dinámica faculta a las plataformas para anclar las retribuciones del trabajo (*v*) en la sima del mínimo vital.

En *“El Capital”*, Marx expone también de qué manera las máquinas (el “trabajo muerto”) empiezan a sojuzgar al ser humano (el “trabajo vivo”), imponiéndole su acompasamiento mecánico. Los algoritmos de las plataformas representan a los capataces irreprochables, inmunes al sueño. Ejecutan un taylorismo digital absoluto: cronometran cada segundo de la expedición, rastrean las coordenadas de GPS, aplican sanciones pecuniarias por el más nimio desvío del itinerario trazado y fulminan (bloquean el perfil) de forma automatizada sobre la base del desplome del baremo de calificación, sin lugar a amparo sindical alguno ni apelación judicial. El individuo de carne y hueso degenera en un apéndice biológico del teléfono inteligente, cuyo cometido exclusivo estriba en trasladar físicamente la mercancía del punto A al punto B, acatando los imperativos de un código matemático.

La economía *gig* cristaliza la utopía acariciada por el capitalista decimonónico. Constituye un entramado en cuyo seno la expoliación de plusvalía es propulsada al máximo, entretanto que todo género de imperativos sociales (licencias médicas, vacaciones, jubilaciones, responsabilidades por siniestros laborales) quedan anulados *in toto* bajo la coartada jurídica de: «ustedes no son nuestros empleados, son socios independientes».

6 - K. Marx, *El capital. Crítica de la economía política*, Libro primero: El proceso de producción del capital. México: Siglo XXI Editores, 2008, p. 504.

7 - *Ibid.* P. 678.

El capitalismo de plataformas no anula los axiomas de Marx; antes bien, los despelleja de los afeites adquiridos en el siglo XX, catapultándonos de regreso a los ásperos escenarios de las hilanderías manchesterianas, si bien en esta ocasión pertrechados con un rastreador GPS y la “ludificación” del menester productivo. El algoritmo de las plataformas es el encomendero ideal, inasequible al reposo nocturno y que calibre en cada instante la eficacia de la faena, degradando la labor intelectual hasta asimilarla al tedio de la cinta de montaje fabril.

EL DESPLAZAMIENTO DE LOS SECTORES ECONÓMICOS: DE LA SIRENA DE LA FÁBRICA AL ALGORITMO LOGÍSTICO

En tiempos de Engels y Marx, la avanzadilla del proletariado la conformaban los obreros de fábricas y telares (trabajadores textiles, mineros, metalúrgicos), involucrados de forma directa en la producción industrial. Su densa aglomeración por miles en los recintos fabriles y galerías subterráneas auspiciaba los cimientos objetivos para una rauda autoorganización. El engranaje de la explotación era meridianamente nítido: el peón contemplaba su telar, atisbaba al contraamaestre provisto de su cronómetro y asimilaba que el patrón confiscaba los réditos de su fatiga física.

En la actualidad, el mercado laboral planetario ha experimentado una metamorfosis estructural tajante. Al tiempo que el ensamblaje industrial fue expatriado hacia el Sur Global, en las naciones que componen el núcleo imperialista (EE. UU., UE) entre un 70 y un 80 % de la masa laboral quedó asimilada al sector de los servicios, a la logística, al comercio al por menor y a la esfera de las tecnologías de la información.

Semejante vuelco ha trastocado en su esencia la conciencia de clase.

En primer término, ha irrumpido una fragmentación y disgregación: un segmento hartado significativo de los proletarios actuales no rinde tributo en hangares descomunales, sino que deambula disgregado por minúsculas cafeterías, recintos logísticos de Amazon o *call-centers*, o se halla del todo incomunicado tras las pantallas de sus ordenadores (“teletrabajadores”). Articular una huelga deviene en una proeza superlativamente intrincada cuando ni siquiera conoces de forma física a tus iguales.

En segundo orden, ha mutado el objeto de la explotación. Como ha revelado la socióloga estadounidense Arlie Hochschild merced a su formulación sobre el “trabajo emocional”⁸, el capital enquistado en el sector terciario empezó a devorar no ya solo el vigor físico, sino la propia individualidad del obrero, sus sonrisas, su empatía y su idoneidad para aplacar los litigios con los clientes.

En tercer lugar, ha germinado un sofisticado embozo para enmascarar el antagonismo de clase. Los oligarcas adscritos al sector servicios se decantan por tildar a los proletarios de “socios”, “baristas” o “proveedores autónomos”, velando así el axioma empírico de que rinden como mano de obra asalariada.

El mozo de envíos ejerce *de facto* como un proletario clásico que arrienda su fuerza de trabajo (su pericia para batir los pedales y cargar con un fardo isotérmico); no obstante, *de jure*, y asimismo en su fuero interno, con frecuencia acaricia la fantasía de que oficia como un “pequeño emprendedor”. La omisión de un subyugador frontal y tangible (el cual es subrogado por el aséptico algoritmo de la aplicación) desubica al obrero, azuzando su zozobra contra la clientela, sus pares o su propio “fracaso” personal, eximiendo de reproche al propio engranaje diseñado para la consecución del lucro.

Ésta es la tétrica “libertad” que cobija a millones de proletarios encadenados a una brega sin pausa, que dilapidan sus últimas monedas en la adquisición de una furgoneta para iniciarse en el “trabajo por cuenta propia” – repartiendo paquetes para agencias de entregas– a lo largo de 14 horas cada jornada, al tiempo que intentan tutelar a sus vástagos en el escueto margen del día que les resta. Ésta es la crónica viva que exuda el largometraje dirigido por el cineasta británico Ken Loach, *Sorry We Missed You*.

LA URBANÍSTICA DE LA ALIENACIÓN: LA ANIQUILACIÓN DE LAS BARRIADAS PROLETARIAS Y LA DISPERSIÓN TERRITORIAL

Un resorte vital que apuntaló la metamorfosis de la clase obrera apostada en las metrópolis desarrolladas fue la mutación pergeñada en la propia fisonomía de la ciudad capitalista. El capitalismo de cuño industrial en su fase clásica aglomeraba al proletariado en arrabales densamente trabados y distritos de clara estirpe obrera. A despecho de las horrendas

8 - El término fue empleado por primera vez por la socióloga estadounidense Arlie Russell Hochschild en su obra *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling* (1983).

penalidades de habitabilidad (que tan gráficamente delineó Friedrich Engels en su obra *Contribución al problema de la vivienda*), esta pavorosa aglomeración cincelaba, de un modo paradójico, la comunión de clase. Los patios mancomunados, los bodegones proletarios, las cajas de socorro mutuo y el denso y perenne roce social cotidiano troquelaban una identidad política unánime, dotada de la virtud para movilizarse en tropel con vistas a la huelga y la beligerancia en las calles.

Apercibido el capital de este órdago a su supremacía, orquestó una magna empresa de reconfiguración sobre las urbes. Sustentándose en el raciocinio instaurado por el barón Haussmann durante la reconversión de París a lo largo del siglo XIX (la erradicación del viario angosto, propenso para la erección de barricadas, en favor de la pervivencia de avenidas holgadas), el capitalismo contemporáneo ha retocado a su antojo el plano de las metrópolis bajo los auspicios de la desindustrialización, la huida a los extrarradios y el aburguesamiento o gentrificación. Como constata David Harvey, el capital financiero terminó por requisar definitivamente el “derecho a la ciudad”⁹.

Los asentamientos de raigambre obrera ubicados en las zonas céntricas de las metrópolis occidentales sucumbieron a la demolición o a la gentrificación, metamorfoseándose en feudos inmobiliarios de alto *standing*, lofts de postín y núcleos ofimáticos.

La clase obrera fue exiliada a confines apartados en términos económicos o se vio desperdigada en arrabales carentes de interconexión. Esta marginación residencial obró efectos devastadores sobre el ímpetu del movimiento obrero: aniquiló materialmente los epicentros que tutelaban la reproducción de la cultura proletaria. El amparo de la existencia colectiva fue reemplazado por un aislamiento radical en el seno de monótonos conglomerados de cemento o en residencias unifamiliares asfixiadas por las hipotecas. Acaso resulta del todo irrelevante que el vástago de la Charlotte contemporánea, residente del *Rascacielos* pergeñado por Ballard, ya no preste oídos a las alocuciones radiales de Margaret Thatcher y se resigne a consumir su ración de montajes de vídeo y memes de apenas 15 segundos; sigue siendo el mismo prisionero de la enloquecida Megalópolis capitalista.

Para mayor inri, el ahondamiento de los trayectos entre la morada y el lecho de trabajo (la trashumanza pendular) depreda sin tregua las horas de asueto del asalariado, mermando su entereza e inhibiendo sus facultades tangibles para involucrarse en lides de autoorganización sociopolítica.

LA FEMINIZACIÓN DEL PROLETARIADO Y LA QUIEBRA DE LA REPRODUCCIÓN SOCIAL

En tiempos pretéritos, el capitalismo se arrimó al tronco de la familia patriarcal como si se tratara de una fábrica sin coste donde gestar y regenerar a sus huestes de trabajadores. El paradigma industrial de corte clásico consagraba un “salario familiar” (*family wage*) destinado al varón en su rol de proveedor de la casa, a la par que la faena no retribuida de la esposa entre los muros del hogar posibilitaba la reproducción social del capital.

Sin embargo, al romper fuego el asedio del capital a lo largo de los años 70 y tras la atonía de los sueldos en términos reales, este armazón colapsó.

El capital enroló inmensos batallones de mano de obra femenina, catapultando sus existencias al horno de la maquinaria global de fabricación. Por un lado, este trance entrañaba un signo progresista: la autonomía monetaria atizó una estocada de muerte al esquema familiar patriarcal de cuño clásico, dotando a la mujer de un grado de emancipación jamás atisbado frente al despotismo del “patriarca”. Por el reverso, la inserción de las mujeres en las lides laborales se materializó acatando de manera irrestricta los preceptos estipulados por el capitalismo.

El capital esquilmo esta hornada multitudinaria de fuerza femenina con el afán de rebajar de un modo generalizado los salarios (*dumping*) y abatir el costo intrínseco de la mano de obra. En los tiempos que corren, la perpetuación de un núcleo familiar demanda la cesión de la pericia laboral de ambas mitades de la pareja conyugal. Cristalizó de esta forma el paradigma de la “doble carga” (*double burden*): aun tras haberse emancipado del secular yugo hogareño, la mujer enrolada en el proletariado contrajo una nueva condena de horas sin retribuir en los confines de su propio domicilio tras haber finiquitado su faena salariada en los predios de la oficina o de la hilandería. En las demarcacio-

9 - La tesis sobre la usurpación del “derecho a la ciudad” por parte del capital financiero es desarrollada por Harvey en su libro *Rebel Cities: From the Right to the City to the Urban Revolution* (2012), apoyándose en las ideas expuestas en la obra *Le Droit à la ville* (1968) del sociólogo y filósofo francés Henri Lefebvre, reconocido como uno de los pioneros en la crítica de la vida cotidiana, del estalinismo, del existencialismo y del estructuralismo.

nes del Sur Global, el advenimiento masivo de la mujer a la brega adoptó la estampa de la sobreexplotación en las zonas francas enfocadas a la exportación (las «maquiladoras» erigidas en México o las factorías de ropa ancladas en Bangladesh). Allí, el capital opta por reclutar a muchachas noveles, bajo la clínica premisa de que componen una tropa laboral harto más «mansa» y a precio de saldo. De manera sincrónica, en las metrópolis se articularon las «redes globales de cuidado» (*global care chains*)¹⁰: hordas de mujeres oriundas del Sur se ven constreñidas a abandonar sus propios lares con el firme empeño de ejecutar por salarios irrisorios labores adscritas al ámbito reproductivo (tutela de párvulos o ancianos, y tareas de aseo) en beneficio de los potentados y de la “élite” obrera asentada en el Norte. Semejante dinámica fragmenta y parcela en mayor medida si cabe al proletariado en la arena global, desplazando los costes inherentes a la reposición del tejido social hacia los eslabones más enclenques de la cadena.

LA INDUSTRIA DEL DESPROPÓSITO: LA PRODUCTIVIDAD DEL MAL Y LOS “TRABAJOS DE MIERDA”

Si en verdad el capitalismo opera de una manera tan espléndida, ¿por qué razón millares y millares de almas sobrellevan una enajenación inexpugnable y albergan el íntimo pálpito de que sus afanes no entrañan sentido alguno? Es en este ámbito donde el corpus marxista desentraña la sinrazón primigenia del edificio: el capitalismo se desentiende a todas luces del valor de uso (el provecho tangible); su única obsesión concierne al valor de cambio (la rotación de sus activos).

KARL MARX Y LA MONETIZACIÓN DE LAS CATÁSTROFES

En “La concepción apologética de la productividad en todas las profesiones”¹¹, Karl Marx, mediante un brillante recurso satírico (la reducción al absurdo), demuele la economía política burguesa y sus concepciones sobre qué es un trabajo “útil” y “productivo”:

«El delincuente no produce solamente delitos: produce, además, el derecho penal [...] toda la policía y la ad-

ministración de justicia penal: esbirros, jueces, verdugos, jurados [...]. El delincuente rompe la monotonía y el aplomo cotidiano de la vida burguesa. La preserva así del estancamiento y provoca esa tensión y ese desasosiego sin los que hasta el acicate de la competencia se embotaría. [...]. El crimen descarga al mercado de trabajo de una parte de la superpoblación sobrante, reduciendo así la competencia entre los trabajadores y poniendo coto hasta cierto punto a la baja del salario, y, al mismo tiempo, la lucha contra la delincuencia absorbe a otra parte de la misma población»¹².

Los economistas burgueses contemporáneos a Marx afirmaban: cualquier actividad que genere demanda, cree puestos de trabajo y ponga en movimiento el dinero, es económicamente “productiva” y útil para la sociedad.

Marx toma esta lógica y la aplica a la figura social destructiva del criminal: si el capitalismo mide la utilidad únicamente por la rotación de dinero y la creación de empleo, entonces el criminal es un verdadero motor de progreso y un benefactor de la humanidad.

A través de este sarcasmo, Marx revela la contradicción fundamental entre el valor de uso (la utilidad real de una cosa o acción para el ser humano) y el valor de cambio (la capacidad de generar ganancia). Al capitalismo le resulta absolutamente indiferente si el trabajo crea algo constructivo o si elimina las consecuencias de un caos creado artificialmente. Para el capital, lo único importante es el hecho mismo de la rotación del dinero.

De este modo, bajo el capitalismo, la destrucción es rentable: este modo de producción es capaz de capitalizar las catástrofes. Las enfermedades, los crímenes, las guerras y las crisis ecológicas no son tragedias para la economía burguesa, sino excelentes impulsores del crecimiento del PIB. Los apologistas del capital a menudo justifican cualquier industria destructiva con la frase: «*Pero crea puestos de trabajo*». Marx demuestra la deficiencia de este argumento: la cárcel también crea puestos de trabajo, pero eso no la convierte en un motor de la felicidad humana.

El capitalismo es la sociedad de la alienación universal. En la sociedad burguesa, se borra la diferencia

10 - Los términos “doble carga” y “cadenas globales de cuidado” fueron empleados por primera vez por Arlie Hochschild en el artículo “*Global Care Chains and Emotional Surplus Value*” (2000). Este concepto constituye además una piedra angular del feminismo de izquierda contemporáneo (Nancy Fraser, Silvia Federici).

11 - Publicamos este magnífico ensayo de Marx a continuación de nuestro artículo.

12 - Marx, K. (1980). Teorías sobre la plusvalía, I (Tomo IV de “El Capital”). (W. Roces, Trad.). México: Fondo de Cultura Económica.

entre la producción de pan y la producción de un antídoto contra un veneno creado artificialmente. Ambas simplemente generan plusvalía.

Este fragmento del siglo XIX suena hoy aterradamente actual. La economía contemporánea está llena de ejemplos de la “productividad del criminal”: la billonaria industria de la ciberseguridad crece solo gracias a los hackers; el agotamiento mental total del proletariado alimenta a un ejército de psicólogos corporativos y a la industria farmacéutica, y la mitigación de los desastres ecológicos provocados por las corporaciones se convierte en el nuevo y lucrativo mercado de las “tecnologías verdes” y de las cuotas de carbono. El capital ha convertido la destrucción en uno de los principales métodos de su propia valorización. El capitalismo sobrevive parasitando las catástrofes que él mismo produce.

EL “FEUDALISMO GERENCIAL” DE DAVID GRAEBER

En 1930, en el ensayo “Posibilidades económicas para nuestros nietos”, J. M. Keynes predijo que el avance tecnológico conduciría a una semana laboral de 15 horas. Tecnológicamente, alcanzamos este hito hace décadas. Pero, ¿por qué trabajamos cada vez más? El antropólogo y anarquista estadounidense David Graeber responde en su libro “Trabajos de mierda” (*Bullshit Jobs*): la reducción del tiempo de trabajo es mortalmente peligrosa para la estabilidad política del capital.

De acuerdo con este concepto, el sistema capitalista optó por inflar artificialmente el sector de los servicios y la burocracia. Millones de relacionistas públicos, vendedores telefónicos, administradores y abogados corporativos son secretamente conscientes de que su trabajo no aporta absolutamente ningún beneficio al mundo. Este es el callejón sin salida existencial de Tyler Durden en la novela de culto de Chuck Palahniuk, “El club de la lucha”: «*Tenemos empleos que odiamos para comprar cosas que no necesitamos*».

¿Acaso saldrá a las barricadas un trabajador asalariado, agotado tras ocho horas de mover papeles digitales sin sentido?

A pesar de la agudeza de sus observaciones, Graeber pasa por alto el meollo del asunto: el capital no hace nada simplemente para “agotar” a la gente. Siempre está impulsado por el afán de maximizar el valor. El hipertrofiado sector de servicios (publicidad, marketing, abogados, recursos humanos) representa los costos de circulación del capital. El capitalismo se ve obligado a gastar recursos colosales no en la producción, sino en obligar al consumidor a comprar bienes en condiciones de feroz competencia y crisis de sobreproducción. Es una necesidad económica para la supervivencia de las corporaciones, y no un mero complot para privar a la gente de tiempo libre.

LA ALIENACIÓN COGNITIVA: LA CRISIS DE LA EDUCACIÓN Y LA DICTADURA DEL “CLIP”

Una condición indispensable para la supervivencia del sistema capitalista es el bloqueo de la conciencia de clase. Hoy en día, esta tarea es abordada de forma conjunta por el sistema educativo moderno y por Internet, monopolizado por las corporaciones. El filósofo francés Louis Althusser, en su ensayo “*Ideología y aparatos ideológicos de Estado*” (1970), definió a la escuela como el principal «*aparato ideológico del Estado*». La educación masiva moderna se ha transformado definitivamente, pasando de ser un instrumento de ilustración a una cinta de montaje para producir ejecutores funcionalmente alfabetizados pero carentes de pensamiento crítico. Está orientada a la preparación para pruebas estandarizadas y a la formación de las competencias limitadas requeridas por el mercado, extirpando metódicamente el anhelo por una comprensión fundamental y dialéctica del mundo.

A su vez, las plataformas digitales consumen el proceso de alienación cognitiva. Los algoritmos de las redes sociales, operando en el marco de la llamada “economía de la atención”, fragmentan deliberadamente la percepción humana.

Lo que el filósofo francés Guy Debord denominó “*La sociedad del espectáculo*” (“*La Société du spectacle*”, 1967), ha mutado en la era del capitalismo de plataformas hacia una industria de consumo dopamínico¹³ basada en contenidos breves. La cultura de

13 - El término “dopamínico” se deriva del nombre de una hormona y neurotransmisor de nuestro cerebro: la dopamina. En la neurobiología, la dopamina es una sustancia química que constituye una pieza fundamental del “sistema de recompensa” del cerebro. Provoca la sensación de placer (o la anticipación de este) y la motivación. El cerebro segrega dopamina cuando obtenemos un resultado rápido y placentero, o bien información novedosa. En el contexto del artículo, este concepto describe de qué manera las corporaciones digitales contemporáneas explotan literalmente nuestra neurobiología. Se genera así un “bucle de dopamina” (adicción). Los algoritmos de las redes sociales (TikTok, Instagram Reels, YouTube Shorts) están di

la lectura profunda, que requiere esfuerzo intelectual y concentración –el mismo esfuerzo indispensable para dominar la economía política, la filosofía y comprender el proceso histórico–, es destruida fisiológica y psicológicamente por la “cultura del clip”¹⁴. Cabe señalar que esto no es producto de un complot deliberado de la burguesía, sino consecuencia del afán de lucro que engrosa la publicidad y el marketing en las sociedades en la etapa madura del imperialismo. Es decir, ocurre exactamente el mismo proceso que con los *Bullshit Jobs*.

El proletariado se sumerge en un estado de perpetua sobrecarga informativa y en aquello que el filósofo británico Mark Fisher denominó “impotencia reflexiva” (*reflexive impotence*)¹⁵: una avalancha de información superficial que genera la ilusión de omnisciencia, pero que hace inviable un análisis sistémico de las causas de su propia miseria. El capital ha expropiado no solo el trabajo, sino el propio tiempo necesario para la reflexión, sustituyendo el auténtico conocimiento por basura algorítmica.

El capitalismo contemporáneo no encarna una distopía orwelliana de coerción física directa, sino la materialización de *un mundo feliz* de Aldous Huxley. A los adeptos del capital ya no les hace falta quemar los libros de Marx o de Lenin; les basta con ahogar al proletariado atomizado en un océano de ruido informativo y en el *soma*¹⁶ digital de los vídeos cortos, aniquilando cualquier atisbo de deseo por la reflexión compleja.

LA TRAMPA DE LA DEUDA: EL CRÉDITO COMO INSTRUMENTO DE TERROR MORAL

Dado que los salarios reales se han estancado desde la década de 1970, y el consumo debe seguir creciendo (para poder realizar las mercancías producidas), el capital ha sustituido el incremento de los ingresos por el aumento de las deudas.

LA EXPROPIACIÓN MEDIANTE LAS FINANZAS

El economista griego y profesor de economía en la Escuela de Estudios Orientales y Africanos de

señados tecnológicamente con el fin de estimular constantes microdescargas de dopamina. Al deslizar la pantalla por el feed, uno recibe una imagen llamativa, un chiste gracioso o contenido impactante cada 15 segundos: el cerebro se regocija y exige una repetición. Se forja así una dependencia química, semejante a la adicción a las máquinas tragamonedas.

Para obtener dopamina a partir de la lectura de un texto complejo, es imperativo realizar un serio esfuerzo volitivo e intelectual. El cerebro tiene que esforzarse. Los vídeos cortos proporcionan al cerebro un “subidón rápido” (un estímulo fácil) sin el más mínimo esfuerzo. Como es natural, la gran mayoría de las personas se decanta por esta vía más sencilla.

Desde el punto de vista de la economía política, el empleo de este término pone de manifiesto que el moderno capitalismo de plataformas ha aprendido a extraer ganancias directamente de las reacciones químicas básicas del ser humano. Al enganchar al trabajador atomizado a una dopamina digital barata, el sistema no solo le confisca su tiempo libre para bombardearlo con publicidad, sino que aniquila la propia motivación hacia la reflexión profunda, la cual resulta vitalmente necesaria para la forja de la conciencia de clase.

14 - El primero en introducir el término “cultura del clip” fue el futurólogo estadounidense Alvin Toffler, quien utilizó este fenómeno para describir el creciente papel de los medios y los canales de comunicación en la sociedad de la información.

15 - El término proviene de su obra de culto *“Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?”* (2009)

16 - La palabra “soma” es una referencia directa a la novela distópica de Aldous Huxley *“Un mundo feliz”* (1932).

En la obra, el gobierno mundial no controla a la sociedad mediante el miedo, la tortura o la policía secreta (como ocurre en *“1984”* de George Orwell), sino a través de un placer total e incesante. El Estado suministra de forma legal y periódica a sus ciudadanos una droga sintética perfecta denominada “soma”. Si un individuo comienza a entristecerse, a reflexionar sobre la injusticia del orden mundial o a experimentar el más mínimo malestar, simplemente ingiere una dosis de soma y se sumerge en un estado de plácida felicidad artificial. El lema de esta sociedad es: «*Un gramo de soma cura cualquier drama*». El narcótico vuelve a las personas absolutamente sumisas y satisfechas con su condición de esclavitud.

Al igual que el estupefaciente del libro, el contenido digital mitiga los síntomas del estrés y del vacío existencial, pero no supera su causa real. Satura el cerebro de ruido informativo, sin dejar el menor recurso fisiológico para leer al propio Marx.

El mayor horror del sistema de Huxley (y del capitalismo de plataformas) radica en que son las propias clases oprimidas las que consumen esta droga de forma voluntaria y gozosa, reportando además colosales ganancias a las corporaciones de la “economía de la atención”. De este modo, el “soma digital” opera como un tranquilizante informativo tecnológicamente calibrado. Paraliza la voluntad política de la clase obrera, suplantando la resistencia real y la solidaridad de clase por un escapismo virtual barato.

la Universidad de Londres, Costas Lapavistas¹⁷, en su libro *“Profiting Without Producing: How Finance Exploits Us All”* (2013), demuestra que la financiarización moderna va mucho más allá de la mera especulación bursátil. Constituye un retorno a la usura a escala industrial. El capital financiero extrae la ganancia directamente de los ingresos de los obreros a través de hipotecas, créditos al consumo, comisiones bancarias y microcréditos. El proletario se ve sometido a una doble explotación: primero en el lugar de trabajo (donde se le extrae la plusvalía) y después en la esfera del consumo (donde los bancos confiscan lo que le queda de su salario en forma de intereses).

El economista estadounidense Charles Kindleberger, en su ya clásica obra histórico-económica de 1978, *“Manías, pánicos y cracs: historia de las crisis financieras”*¹⁸, demostró de forma convincente que semejante inyección crediticia genera inexorablemente manías y colapsos. Sin embargo, cada colapso (como en 2008) termina con el Estado rescatando a los bancos a costa de la población, imponiendo regímenes de estricta austeridad a la clase trabajadora.

LA DEUDA COMO ARMA MORAL

David Graeber, en su estudio *“En deuda: una historia alternativa de la economía”* (2012), saca a la luz la función más perversa del crédito. La deuda es un instrumento de profunda opresión moral y de transferencia de la culpa sistémica hacia el individuo:

«¿Por qué la deuda? ¿Qué es lo que hace a este concepto tan extrañamente poderoso? La deuda de los consumidores es el elemento vital de nuestra economía. Todos los Estados-nación modernos están contruidos sobre un déficit presupuestario. La deuda se ha convertido en el tema central de la política internacional. Pero al parecer nadie sabe exactamente qué es o cómo entenderla. La fuerza de este concepto se deriva de nuestra propia ignorancia acerca de lo que es la deuda, de su misma flexibilidad. Si la historia nos enseña algo, es esto: no hay mejor manera de justificar una relación basada en la violencia, de hacer que parezca moral, que enmarcarla en el lenguaje de la deuda; sobre todo porque esto

*crea inmediatamente la ilusión de que es la víctima la que está haciendo algo mal. Los mafiosos lo entienden. Lo hacen los comandantes de ejércitos victoriosos. Durante miles de años, los agresores han podido decir a sus víctimas que les deben algo: que les “deben sus vidas” (una frase muy reveladora) simplemente porque no los mataron»*¹⁹.

El capitalismo ha inculcado al proletariado una falsa ética: eres pobre no porque el sistema capitalista esté estructurado así, sino porque “has invertido mal en ti mismo”. Esto engendra el *«juego del calamar»*: el anhelo de evadirse de la miseria de forma individual, lo que en última instancia acaba paralizando la solidaridad de clase.

EL FUEGO DE PROMETEO PARA LA CLASE PROLETARIA GLOBAL

En el otoño de 1895, en el obituario redactado con motivo de la muerte de Friedrich Engels, Lenin extrajo para el proletariado mundial una lección del libro del amigo y camarada de Marx, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*:

*«Es cierto que antes que él muchos otros describieron los padecimientos del proletariado y señalaron la necesidad de ayudarlo. Pero Engels fue el primero en afirmar que el proletariado no es sólo una clase que sufre, sino que la vergonzosa situación económica en que se encuentra lo impulsa inconteniblemente hacia adelante y lo obliga a luchar por su emancipación definitiva. Y el proletariado en lucha se ayudará a sí mismo. El movimiento político de la clase obrera llevará ineludiblemente a los trabajadores a darse cuenta de que no les queda otra salida que el socialismo. A su vez, éste sólo será una fuerza cuando se convierta en el objetivo de la lucha política de la clase obrera»*²⁰.

No sabemos cuándo sucederá esto, pero tenemos la certeza de que el proletariado y la humanidad entera se enfrentan hoy a una disyuntiva implacable: comunismo o barbarie. El capitalismo no puede ser arreglado, mejorado ni reformado. Debe ser destruido, creando así las condiciones previas para la extinción de la propiedad privada y del Estado. Nuestra

17 - Fue elegido diputado del Parlamento griego en las elecciones generales de enero de 2015 por el partido SYRIZA, pero tras la escisión de la formación, pasó a integrar Unidad Popular en agosto de 2015. En las elecciones al Parlamento Europeo de 2024, se presenta como candidato por el partido MeRA25 de Yanis Varoufakis.

18 - La obra fue publicada por primera vez en español en 1989.

19 - Graeber, D. *En deuda: una historia alternativa de la economía*. Ed. Ariel / Planeta, 2012. Pp. 14-15.

20 - V. I. Lenin, Federico Engels (1895), en Marxists Internet Archive. URL: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1890s/engels.htm>



clase debe llegar a esta toma de conciencia mediante la lucha y el desarrollo de su propia organización. La tarea de la vanguardia de la clase en la actualidad consiste en ayudar al proletariado a recorrer este camino lo más rápido posible. La práctica de la denuncia cotidiana del capitalismo, la propaganda marxista y el apoyo a la autoorganización de base: he aquí los medios que propiciarán la formación del terreno fértil sobre el cual germinará el partido revolucionario del proletariado.

En el marco del sistema capitalista, la tecnología no es neutral. La inteligencia artificial, la robótica y los algoritmos no se emplean hoy en día para liberar a la humanidad de la rutina, sino para intensificar el trabajo, ejercer un control digital absoluto y engrosar las filas del ejército de reserva de desempleados. El capitalismo

ha agotado su papel histórico progresista. Se ha transformado en un sistema que mantiene su existencia mediante la destrucción de la naturaleza, la creación de puestos de trabajo absurdos y el sometimiento de millones de trabajadores asalariados a la esclavitud de la deuda.

Debemos superar el espejismo de la sociedad atomizada. El proletariado no ha muerto; se ha vuelto global, aglutinando en sus filas al repartidor de Mumbai, al minero del Congo, al ensamblador de Shenzhen y al programador de Silicon Valley cuyo trabajo mañana será devaluado por una red neuronal. Somos eslabones de una misma cadena de creación de plusvalía.

La ira desprovista de una teoría científica rigurosa es una rebelión impotente que el propio sistema del capital absorbe con facilidad. Nuestra tarea hoy es devolver el análisis marxista a la realidad cotidiana. Llevar la comprensión científica de las leyes de la ganancia al almacén robotizado, al chat de desarrolladores y a las aulas universitarias. Sólo al tomar conciencia de nosotros mismos como una clase unificada en esta inmensa fábrica global, podremos quebrar la máquina productora de miseria y orientar la tecnología hacia la construcción de un futuro verdaderamente humano.

Como escribió Marx en la obra *“El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”*, «la revolución es radical. Está pasando todavía por el purgatorio. Cumple su tarea con método»²¹. Sólo después de que haya terminado su trabajo preliminar, el proletariado se levantará y, triunfante, repetirá las palabras de Hamlet: «¡Bien has hozado, viejo topo!». La revolución comunista no ha muerto. Solo ha pasado a la clandestinidad y continúa su trabajo invisible, de zapa, socavando los cimientos de la sociedad burguesa desde dentro, cual topo.

Marzo de 2026

21 - K. Marx, El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte (Capítulo VII), en Marxists Internet Archive. URL: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/brumaire/brum7.htm>

CONCEPCIÓN APOLOGÉTICA DE LA PRODUCTIVIDAD DE TODOS LOS OFICIOS¹

Karl Marx

El filósofo produce ideas, el poeta poemas, el cura sermones, el profesor compendios, etc. El delincuente produce delitos. Fijémos un poco más de cerca en la conexión que existe entre esta última rama de producción y el conjunto de la sociedad, y ello nos ayudará a sobreponernos a muchos prejuicios. El delincuente no produce solamente delitos; produce, además, el derecho penal y, con ello, al mismo tiempo, al profesor encargado de sustentar cursos sobre esta materia y, además, el inevitable compendio en que este mismo profesor lanza al mercado sus lecciones como una “mercancía”. Lo cual contribuye a incrementar la riqueza nacional, aparte de la fruición privada que, según [nos hace ver] un testigo competente, el señor profesor Roscher, el manuscrito del compendio produce a su propio autor.

1 - Marx, K. (1980). Teorías sobre la plusvalía, I (Tomo IV de “El Capital”). (W. Roces, Trad.). México: Fondo de Cultura Económica. P. 360-361.

El delincuente produce, asimismo, toda la policía y la administración de justicia penal, esbirros, jueces, verdugos, jurados, etc.; y, a su vez, todas estas diferentes ramas de industria, que representan otras tantas categorías de la división social del trabajo, desarrollan diferentes capacidades del espíritu humano, crean nuevas necesidades y nuevos modos de satisfacerlas. Solamente la tortura ha dado pie a los más ingeniosos inventos mecánicos y ocupa, en la producción de sus instrumentos, a gran número de honrados artesanos.

El delincuente produce una impresión, unas veces moral, otras veces trágica, según los casos, prestando con ello un «servicio» al movimiento de los sentimientos morales y estéticos del público. No sólo produce manuales de derecho penal, códigos penales y, por tanto, legisladores que se ocupan de los delitos y las penas; produce también arte, literatura, novelas e incluso tragedias, como lo demuestran, no sólo La culpa de Müllner o Los bandidos de Schiller, sino incluso el Edipo [de Sófocles] y el Ricardo III [de Shakespeare]. El delincuente rompe la monotonía y el aplomo cotidiano de la vida burguesa. La preserva así del estancamiento y provoca esa tensión y ese desasosiego sin los que hasta el acicate de la competencia se emborataría. Impulsa con ello las fuerzas productivas. El crimen descarga al mercado de trabajo de una parte de la superpoblación sobrante, reduciendo así la competencia entre los trabajadores y poniendo coto hasta cierto punto a la baja del salario, y, al mismo tiempo, la lucha contra la delincuencia absorbe a otra parte de la misma población. Por todas estas razones, el delincuente actúa, así, como una de esas “compensaciones” naturales que contribuyen a restablecer el equilibrio adecuado y abren toda una perspectiva de ramas «útiles» de trabajo.

Podríamos poner de relieve hasta en sus últimos detalles el modo como el delincuente influye en el desarrollo de la productividad. Los cerrajeros jamás habrían podido alcanzar su actual perfección, si no hubiese ladrones. Y la fabricación de billetes de banco no habría llegado nunca a su actual refinamiento a no ser por los falsificadores de moneda. El microscopio no habría encontrado acceso a los negocios comerciales corrientes (véase Babbage) si no le hubiera abierto el camino el fraude comercial. Y la química práctica, debiera estarle tan agradecida a las adulteraciones de mercancías y al intento de descubrirlas como al honrado celo por elevar la producción. El delito, con los nuevos recursos que cada día se descubren para atentar contra la pro-

ductividad, obliga a descubrir a cada paso nuevos medios de defensa y se revela, así, tan productivo como las huelgas, en lo tocante a la invención de máquinas. Y, abandonando ahora al campo del delito privado, ¿acaso, sin los delitos nacionales, habría llegado a crearse nunca el mercado mundial? Más aún, ¿existirían siquiera naciones? ¿Y no es el árbol del pecado, al mismo tiempo y desde Adán, el árbol del conocimiento? Ya Mandeville, en su “Fable of the Bees” (1705) había demostrado la productividad de todos los posibles oficios, etc., poniendo de manifiesto en general la tendencia de toda esta argumentación:

“Lo que en este mundo llamamos el mal, tanto el moral como el natural, es el gran principio que nos convierte en criaturas sociales, la base firme, la vida y el puntal de todas las industrias y ocupaciones, sin excepción; aquí reside el verdadero origen de todas las artes y ciencias y, a partir del momento en que el mal cesara, la sociedad decaería necesariamente, si es que no perecía en absoluto.”

Lo que ocurre es que Mandeville era, naturalmente, mucho más, infinitamente más audaz y más honrado que los apologistas filisteos de la sociedad burguesa.



NOTA DE LA REDACCIÓN:

LA HERRAMIENTA DE TRABAJO Y LA LLANA CIBERNÉTICA

La redacción declara abiertamente el uso consciente de la IA generativa para la creación de las ilustraciones de la revista, basándose en la concepción marxista de la técnica. La máquina carece de capacidad de fijar propósito y de auténtica imaginación: actúa únicamente como una dócil “llana cibernética”, una prolongación de alta tecnología de la mano y la mente humanas. Guiando los algoritmos con rigor, no los empleamos para simular una “creatividad” de la máquina, sino para revivir el monumental lenguaje visual de la vanguardia proletaria revolucionaria de 1917–1921.

Si bien las actuales redes neuronales han sido creadas por las corporaciones para generar ganancias mediante la monopolización depredadora del general intellect de la humanidad, nosotros volvemos esta contradicción contra el propio capital. Al renunciar a la venta de la revista, no generamos plusvalía, sino que producimos exclusivamente valor de uso: propaganda comunista. De este modo, llevamos a cabo una “expropiación inversa” táctica, obligando a la infraestructura del enemigo de clase a operar en beneficio del proletariado y transformando las tecnologías capitalistas en un arma intelectual para la lucha de clases.

Queremos reconocer abiertamente el uso *consciente* de la inteligencia artificial (IA) para la generación de ilustraciones en nuestra revista. No somos artistas profesionales. Hemos tomado esta decisión basándonos en la concepción marxista según la cual la herramienta de trabajo es una prolongación de la mano humana.

Del mismo modo que el albañil dirige *conscientemente* su mano, en la que sostiene con firmeza la llana al levantar un muro, nosotros *hemos dirigido* a la IA para obtener el resultado estético y conceptual que necesitábamos. En “El Capital”, Karl Marx ofrece una magnífica metáfora al señalar que lo que distingue de antemano al peor arquitecto de la mejor abeja es que aquel ha construido la celda en su cabeza antes de construirla en la cera. En este caso, el papel del arquitecto nos corresponde a nosotros, y el de la abeja digital, a la IA.

En la base de nuestro enfoque subyace la comprensión de que la máquina, por sí misma, carece de propósito. Como escribieron los filósofos E. Iliénkov, A. Arséniev y V. Davidov en el artículo “La máquina y el hombre, la cibernética y la filosofía”¹: «no es el cerebro el que piensa, sino el hombre con la ayuda del cerebro»². Y del mismo modo, explica Iliénkov en el artículo “El problema de lo ideal”: «no es la mano la que trabaja, sino el hombre con la ayuda de la mano. Y el producto de su trabajo no se encuentra en absoluto

“en la mano”, ni dentro de ella, sino en aquella materia de la naturaleza que es transformada en el proceso»³. En este contexto, la IA ha actuado únicamente como nuestra llana digital, un órgano dócil puesto en movimiento por el diseño humano.

Esta conexión dialéctica entre el cerebro, la mano y la herramienta de trabajo, en la que la tecnología actúa solo como una prolongación del hombre, fue exhaustivamente desarrollada por Karl Marx en los “Elementos fundamentales para la crítica de la economía política” (*Grundrisse*) de 1857-1858. Marx escribe:

«La naturaleza no construye máquinas, ni locomotoras, ni ferrocarriles, ni telégrafos eléctricos, ni hiladoras automáticas, etc. Son éstos, productos de la industria humana: material natural, transformado en órganos de la voluntad humana sobre la naturaleza o de su actuación en la naturaleza. Son órganos del cerebro humano creados por la mano humana; fuerza objetivada del conocimiento. El desarrollo del capital fijo revela hasta qué punto el conocimiento social general [Wissen, knowledge] se ha convertido en fuerza productiva inmediata, y, por lo tanto, hasta qué punto las condiciones del proceso de la vida social misma han entrado bajo los controles del general intellect y remodeladas conforme al mismo. Hasta qué punto las fuerzas productivas sociales son producidas no sólo en la forma del cono-

1 - Recurrimos a este artículo exclusivamente porque constituye uno de los pronunciamientos más tempranos, acabados y mejor formulados desde unas posiciones marxistas correctas acerca del problema de la “máquina pensante”. En el marco de este artículo no tiene sentido detenernos en cada uno de los autores del texto “La máquina y el hombre, la cibernética y la filosofía”. Tampoco consideramos necesario, aquí y ahora, llevar a cabo un análisis detallado de la figura de E. Iliénkov (1924-1979), el más conocido de ellos y, por lo visto, quien hizo el principal aporte teórico en la redacción de la obra que citamos. Sin embargo, no podemos dejar de ofrecer una breve valoración de esta personalidad tan polémica y contradictoria. Para los marxistas contemporáneos, sus obras tienen cierto valor en el ámbito de la metodología (la defensa de la dialéctica frente al positivismo, el análisis de la lógica de “El Capital”) y de la historia de la filosofía. No obstante, en sus escritos incurrió repetidamente en una revisión del marxismo con tendencias hegelianas (en su interpretación específica de lo ideal y de otros problemas filosóficos de importancia), además de demostrar una comprensión errónea de algunas categorías clave de la economía política. Esta misma limitación idealista se manifestó también en sus posturas políticas: al compartir plenamente el dogma estalinista sobre la existencia del socialismo en la URSS, es decir, al negar el carácter capitalista de la economía de ese Estado, Iliénkov reducía la cuestión exclusivamente al problema filosófico de la alienación y al atraso cultural de las masas (la contradicción entre la socialización formal y la real), eludiendo así el análisis de clase de la sociedad “soviética”. Esto nos impide calificarlo como un verdadero marxista, algo que es imposible llegar a ser sin involucrarse en la práctica revolucionaria, sin participar en la lucha de clases del proletariado contra la burguesía y, en primer lugar, contra la “propia”. No combatió a este Estado burgués, sino que lo respaldó, aunque a veces lo criticara, y se mantuvo siempre como un ejemplar “socialista de cátedra” (*Kathedersozialist*) que abogaba por su reforma, mejora y humanización. En consecuencia, fue un cómplice de nuestro enemigo de clase (y no solo en el frente teórico). De no ser por este último y crucial aspecto, la presente nota habría sido innecesaria.

2 - Iliénkov, E.; Arséniev, A.; Davidov, V. “La máquina y el hombre, la cibernética y la filosofía”, en “La teoría leninista del reflejo y la ciencia contemporánea”. Moscú: Naúka, 1966, p. 263.

3 - Iliénkov, E. “El problema de lo ideal”, en revista “Voprosy Filosofii” [“Cuestiones de Filosofía”], 1979, n.º 6, p. 135.

cimiento, sino como órganos inmediatos de la práctica social, del proceso vital real»⁴.

«Mientras la máquina siga siendo máquina», como subrayan Iliénkov, Arséniev y Davíдов, «seguirá siendo únicamente un órgano creado artificialmente por la voluntad racional social-humana, un medio para su manifestación activa. Y, en este sentido, es un órgano del cerebro humano, pues por «cerebro» Marx entendió siempre no solo y no tanto el órgano del cuerpo del individuo, sino el órgano de la voluntad racional social-humana, de las necesidades social-humanas y de los “fines” que expresan idealmente dichas necesidades»⁵.

Es precisamente esta voluntad racional la que hemos ejercido al redactar las descripciones de texto (*prompts*) para la red neuronal. Describimos detalladamente lo que queríamos representar y establecimos unos límites estilísticos estrictos, remitiendo a la máquina a formas históricas concretas de la cultura proletaria revolucionaria: los estilos empleados por los artistas revolucionarios de Rusia y Hungría entre 1917 y 1921.

Recurrimos al lenguaje visual que debía construir el mundo nuevo. Se trata de la estricta geometrización de las formas, el uso de potentes diagonales para transmitir la dinámica de la lucha, el predominio de una paleta contrastante (rojo, negro, blanco), las composiciones tipográficas y el fotomontaje. Orientamos a *la máquina* hacia las obras de autores como El Lissitzky (cuyo legendario cartel de 1919 “Golpea a los blancos con la cuña roja” se convirtió en la máxima expresión del suprematismo al servicio de la revolución), Vladímir Tatlin (con su torre proyectada hacia el futuro: el Monumento a la Tercera Internacional Comunista), Alexandr Ródchenko y Kazimir Malévich.

Exigimos a *la máquina* que reprodujera aquella monumentalidad expresiva que caracterizó al grupo húngaro de artistas, poetas y escritores revolucionarios “MA” (“Hoy”). Este arte fusionaba la dinámica cubofuturista con el pathos proletario, creando figuras de obreros y soldados pesadas, de trazos angulosos y monumentales, cargadas de tensión. Nos sirvieron de referencia las obras de Lajos Kassák, creador del concepto de “arquitectura pictórica” (*Bildarchitektur*); Béla Uitz, autor del célebre y feroz cartel de 1919 “¡Soldados rojos, adelante!” (“Vörös katonák,

előre!”), y Sándor Bortnyik, creador de obras expresionistas futuristas de temática revolucionaria como “La locomotora roja” y “El mayo rojo”.

La inteligencia artificial es incapaz de comprender la esencia de estos acontecimientos históricos, pues tiene cerrada la puerta a ese ámbito de la cultura espiritual donde nace la verdadera imaginación. Como señalaban Iliénkov, Arséniev y Davíдов, «sin imaginación no se puede hablar de un auténtico pensamiento creativo»⁶. La IA se limitó a combinar ciegamente píxeles de acuerdo con probabilidades calculadas.

La forma que finalmente adoptaron estas imágenes es *la forma objetivada* de la transferencia dialéctica de una percepción espiritual e ideal del mundo hacia un producto material del trabajo humano mediante el uso de una mano prolongada; es decir, una forma de actividad vital humana. Por tanto, las ilustraciones de nuestra revista no son producto de la “creatividad” de la máquina. Son el producto de nuestra actividad consciente, de nuestro conocimiento de la historia del arte revolucionario y de nuestra elección estética, llevada a cabo a través de una herramienta cibernética moderna, compleja, pero, en última instancia, totalmente subordinada al ser humano.

LA DIALÉCTICA DE LA LLANA DIGITAL: LA EXPROPIACIÓN DE LOS EXPROPIADORES EN LA ERA DE LA IA

En nuestro empeño por utilizar la inteligencia artificial para construir un nuevo lenguaje visual, nos enfrentamos inevitablemente a una profunda contradicción dialéctica. Por un lado, concebimos la IA como una *llana cibernética*, un órgano dócil de la voluntad humana. Por otro, somos conscientes de la cruda realidad político-económica: hoy en día, esta *llana* está monopolizada por el capital; se ha convertido en “trabajo muerto” entrenado mediante la expropiación de colosales volúmenes de conocimiento social.

¿Significa esto que el uso de redes generativas nos convierte en cómplices de la explotación capitalista y en *apéndices conscientes* de los algoritmos corporativos? El materialismo histórico nos enseña a no huir de las contradicciones, sino a resolverlas en la práctica material. Y la clave para esta resolución reside

4 - Marx, K. “Crítica de la economía política (Borrador de 1857-1858)” [Grundrisse], octubre de 1857 – mayo de 1858, en K. Marx y F. Engels, Obras Completas (2.^a ed. rusa), t. 46, parte II, p. 215. (Nota: En español corresponde al volumen 2 de la edición de los Grundrisse de Siglo XXI).

5 - Iliénkov, E.; Arséniev, A.; Davíдов, V. Op. cit., p. 276.

6 - *Ibíd.*, p. 269.

en la diferencia fundamental entre nuestro enfoque y la lógica del capital.

El atributo principal del capital, sobre el cual escribió Marx, es su necesidad de autovalorización a través de la producción de mercancías (la fórmula $D - M - D'$). Las corporaciones han creado la IA con el fin de generar ganancias.

Nosotros, en cambio, no utilizamos la IA para la producción de una mercancía; no lanzamos nuestro producto –la revista y todo su contenido, incluidas las imágenes generadas por redes neuronales– al mercado, ni lo convertimos en objeto de intercambio mercantil. Nuestro producto no contiene valor de cambio; se crea exclusivamente por su valor de uso: es *nuestro organizador, propagandista y agitador colectivo*.

Al negarnos a vender un producto que incluye elementos creados con la ayuda de una red neuronal, no generamos plusvalía ni extraemos ganancias. Si el capital, cual vampiro, succiona trabajo vivo para transformarlo en beneficio, nosotros utilizamos la potencia de cálculo perteneciente al gran capital para crear una revista revolucionaria sin fines de lucro, obligando así, de facto, a la máquina a trabajar *en interés de toda la humanidad*.

Los creadores de las redes neuronales generativas han perpetrado la mayor operación de *cercamiento* del siglo XXI: han expropiado el “intelecto general” (*General Intellect*), absorbiendo de forma vampírica el *trabajo vivo* no remunerado de millones de personas para convertirlo en capital y luego vender el acceso a él. Han abolido los derechos de autor en la fase de recopilación de datos, pero los imponen de manera férrea en la fase de venta de sus servicios.

¿Cómo podemos superar esto? Solo mediante una expropiación inversa, es decir, mediante *la abolición de la propiedad privada*.

Mientras tanto, al emplear esta herramienta, extraemos la experiencia sintetizada de generaciones (incluido el legado de la vanguardia revolucionaria) de la “caja negra” corporativa y la reintegramos al arsenal de la lucha de clases. Lo que el capital se apropió y robó a las masas trabajadoras para establecer un monopolio, nosotros lo devolvemos a la vanguardia proletaria como un arma intelectual para su emancipación del *dominio del capital*. Golpeamos al capitalismo con su propia arma, llevada a la perfección.

El marxismo aborda el problema de la alienación ante todo a través del prisma de a quién pertenece el trabajo y con qué fin se realiza. Bajo el capitalismo, el obrero está alienado del proceso y del resultado de su trabajo porque trabaja para sobrevivir, creando una riqueza de la que se apropia la burguesía.

En nuestro caso, el proceso de construcción del *prompt* no es trabajo asalariado alienado. Es una actividad política libre y consciente. Es cierto que el acto físico de dibujar ha sido delegado en la máquina, pero la formulación de fines, la reflexión histórica y el control ideológico permanecen enteramente en manos humanas. En este contexto, la IA no actúa como un sustituto del artista, sino como una imprenta de alta tecnología que amplifica exponencialmente *la voz de la vanguardia proletaria*. Somos conscientes de que, incluso al entrenar a la IA con nuestros *prompts*, inevitablemente generamos nuevos datos, rindiendo un tributo temporal al capital. Sin embargo, consideramos esto como una concesión táctica forzosa: el uso de la infraestructura del enemigo en aras de una ofensiva estratégica contra él.

Marx y Engels subrayaron en repetidas ocasiones que el capitalismo, en su ciega búsqueda de ganancias, crea por sí mismo la base material y técnica para la sociedad comunista. Al construir gigantescas fábricas, ferrocarriles –y hoy en día, centros de datos y redes neuronales globales–, el capital socializa la producción a una escala sin precedentes, aunque la apropiación de sus resultados siga siendo privada.

En los ya citados “Elementos fundamentales” (*Grundrisse*), Marx extrae otra conclusión crucial: el capital desarrolla las máquinas para reducir el tiempo de trabajo necesario. Bajo el capitalismo, esto conduce al desempleo. En el comunismo, la automatización generará *tiempo libre para el libre desarrollo intelectual y creativo* de cada individuo.

La IA generativa es, hoy por hoy, *la forma superior de socialización de la producción espiritual*. Pone al desnudo la paradoja principal del capitalismo: una tecnología capaz de reducir radicalmente la jornada laboral y brindar a la humanidad el espacio para su libre desarrollo creativo se utiliza únicamente para maximizar los beneficios corporativos. Lleva consigo los traumas congénitos del capitalismo: el robo, la monopolización y la explotación. Pero el materialismo histórico no nos exige sentarnos a esperar la aparición de herramientas impecables e ideológicamente puras. La revolución se hace siempre con el material humano y tecnológico que ha forjado *la vieja época*.

Al utilizar la IA no para la extracción de beneficios, sino para *la propaganda comunista*, demostramos de qué son capaces las formidables fuerzas productivas creadas por el capitalismo si se las libera de las cadenas de las relaciones monetario-mercantiles y se las subordina a una voluntad social consciente.

Mayo de 2026

PÁGINAS DE LA HISTORIA
DEL INTERNACIONALISMO
PROLETARIO

LA ÚLTIMA BATALLA DE LOS BOLCHEVIQUES

Abordamos una de las páginas más trágicas, pero políticamente más trascendentales, de la historia del movimiento obrero mundial: la lucha heroica y consecuente del grupo del centralismo democrático (los “decistas”). Mientras que a finales de la década de 1920 la mayoría de los opositores dentro del partido albergaban ilusiones fatales sobre la naturaleza del Estado soviético, fueron precisamente los decistas (T. Sapronov, V. Smirnov, entre otros) los primeros en extraer una rigurosa conclusión marxista: la contrarrevolución se había consumado, el PCU(b) y la maquinaria estatal se habían transformado en instrumentos de explotación capitalista hostiles al proletariado y, por consiguiente, lo que se requería no era una reforma interna del partido, sino una nueva revolución y la creación de un nuevo partido verdaderamente obrero. El valor particular de este material histórico reside en su disección implacable de la ideología de León Trotsky y sus partidarios. A través de documentos históricos, demostramos cómo la negativa de Trotsky a reconocer la naturaleza burguesa del régimen estalinista lo condujo a un centrismo ruinoso: a vanas esperanzas en un “giro a la izquierda” de la burocracia y a la sustitución de un verdadero análisis de clase por disquisiciones abstractas sobre la “situación internacional”.

La generación de Lenin logró encauzar el motor de la guerra hacia la realización de la estrategia revolucionaria en unas condiciones en las que el proceso de descomposición del campesinado nutría las ciudades de la Rusia europea con millones de nuevos y jóvenes proletarios, y en las que las atroces condiciones laborales engendraban un auge de la lucha de clases espontánea en la que participaban millones de nuestros hermanos de clase. En las trincheras y en los barcos de la Primera Guerra Imperialista Mundial se encontraban miles de bolcheviques, anarquistas y eseristas maximalistas, dotados de experiencia en la lucha de clases y de una conciencia forjada al calor de la misma. Fue precisamente esta fuerza la que constituyó la columna vertebral del Octubre proletario; sin embargo, resultó insuficiente: la guerra civil, el espontaneísmo pequeñoburgués y, posteriormente, la contrarrevolución estalinista, en el contexto del fracaso del intento de revolución europea, le impidieron llevar la lucha emprendida hasta su objetivo final.

A pesar de ello, incluso en la segunda mitad de los años veinte, el número de decistas –los críticos más consecuentes del estalinismo– rondaba las 2.000 personas, 500 de las cuales se encontraban en Moscú y Leningrado. Se denominaba “decistas” a los miembros del grupo del centralismo democrático, liderado por los viejos bolcheviques Timoféi Sapronov (1887-1937) y Vladímir Smirnov (1887-1937). Alguien los llamó los *levellers* de la Revolución Rusa, en honor al ala más radical de la Revolución Inglesa del siglo XVII. No les interesaban los cargos en la jerarquía del partido y del Estado estalinistas; luchaban por los intereses del proletariado, manteniéndose fieles a sus principios. Casi todos los decistas fueron fusilados, pero a ninguno de ellos se le pudo llevar a juicios farsa ni obligar a difamarse a sí mismos ni a sus camaradas.

Los centros clandestinos de los “grupos de la oposición proletaria”, como empezaron a denominarse entre 1928 y 1929, coordinaban campañas de reparto de panfletos bastante masivas, orientadas principalmente a los centros industriales, donde contaban con un sólido respaldo entre los obreros. Conviene prestar atención a este aspecto: incluso en la lúgubre época de los años treinta, cuando la contrarrevolución estalinista en la URSS y el nazismo y

el fascismo en Europa llevaron el dominio de clase de la burguesía a formas extremas de dictadura represiva, los marxistas revolucionarios mantuvieron su apoyo entre las masas proletarias.

En sus panfletos, los decistas llamaban a las cosas por su nombre: en la URSS había triunfado la contrarrevolución; el Estado, el PCU(b) y las llamadas organizaciones “sociales” (los sindicatos oficiales, etc.) eran hostiles al proletariado y constituían instrumentos para su opresión y explotación; era preciso prepararse para una nueva revolución y construir un nuevo partido obrero, mientras se libraba, en el ínterin, una lucha defensiva contra la ofensiva de la clase dominante sobre los derechos e intereses de los asalariados. Para ellos era evidente *«que los plazos de la revolución mundial se habían pospuesto a un futuro indeterminado»*, y que la construcción del socialismo en un solo país *«equivale a construir el socialismo en un solo cantón»*¹, escribe en sus memorias Eduard Duné (1899-1953), uno de los pocos miembros supervivientes de este grupo, quien pasó muchos años en los campos del Gulag en Vorkutá, pero logró emigrar de la URSS durante la Segunda Guerra Mundial. En Francia participó en el movimiento partisano; más tarde, al encontrarse aislado, se unió a los mencheviques, pero se mantuvo fiel a sus convicciones, como atestigua un texto publicado en 1947.

Ya en el otoño de 1926, los decistas abandonaron la Oposición Unificada trotskista-zinovievista, por considerar que su política hacia la dirección estalinista era inaceptablemente conciliadora e in consecuente. Como lo expresó Sapronov con franqueza proletaria: *«¡Nosotros no le vamos a limpiar las botas a Trotsky!»*. Al mismo tiempo, cabe señalar que, en varias agrupaciones regionales importantes de la “Oposición Unificada” (en el Donbás, en Briansk, en Sverdlovsk), la influencia de los decistas era predominante.

Desde el principio, la organización de los decistas no se estructuró como una fracción interna del partido, sino como una red de células clandestinas concebida para operar en la ilegalidad. En esto se diferenciaba de los grupos trotskistas, que invertían todas sus energías en participar en las asambleas del partido, intentando en vano derrotar al aparato partidista por medios “constitu-

1 - Duné (Ivánov), E. “El centralismo democrático”, en Archivo de Trotsky. Edición a cargo de Y. G. Felshtinski. Járkov: Oko, 2001. Tomo II, p. 391.

cionales”. Es revelador que en el grupo se admitiera tanto a viejos bolcheviques como a elementos sin partido.

«La lucha por una reforma interna del partido no podrá aportar nada sustancial, ya sea que esté en el poder Stalin o Trotsky. El PCU(b) ya en la actualidad (1926) no es el partido de la clase obrera y no expresa los intereses de esta», escribe Duné. Por lo tanto, los decistas no se propusieron luchar para sustituir a Stalin por Trotsky u otra figura; comprendían que les aguardaba una «labor minuciosa y prolongada» para forjar un «verdadero partido proletario». Esta fue una elección sumamente dura. «Stalin asustaba a su partido con el peligro de la escisión y de la destrucción de la dictadura del proletariado, del poder soviético. Los trotskistas infundían el mismo temor, pero no advertieron que la escisión era lo que Stalin necesitaba y que el poder soviético había sido liquidado bajo el mandato de este. ¿Y ahora? Ahora, al igual que antes, la antigua oposición interna del partido está dispersa y es incapaz de crear una organización unida entre los correligionarios recluidos en los aisladores políticos

. [...] Resulta un tormento moral romper con todo el pasado de uno, admitir que hay que descartar por erróneas décadas de vida consciente. Esto ya no pertenece al terreno de los hechos, sino al de la psicología; no obstante, ella (nuestra psicología) no siempre nos permitió percibir el panorama real»².

Al haber creado una organización autónoma, los decistas no actuaban abiertamente ni recababan firmas para sus documentos, sino que preferían llevar a cabo una labor individual y realizar campañas de distribución de folletos. «Nuestras organizaciones de base (células) no superaban los 5 miembros; si había más personas, se creaba una nueva célula en la misma empresa. Los representantes de las células elegían a delegados para los centros. Conocí centros de este tipo: en Ucrania (Járkov), en el Donbás (Lugansk), en los Urales (Sverdlovsk) y en Moscú. Además del centro local, en Moscú existía un “Centro Literario” propio. En Leningrado no existía tal centro, dado que teníamos muy pocos simpatizantes (lo sé porque llevé allí una maleta con literatura)»³. Leningrado era el principal bastión de la oposición trots-

kista-zinovievista. «Solo podían hablar en nombre del grupo o intervenir en las asambleas aquellos que habían revelado su identidad [es decir, que habían dejado de operar en secreto]. Cuando era inevitable, en las disputas dentro del partido podían intervenir en nombre de los trotskistas. Semejante clandestinidad no podía satisfacer a una juventud de sangre caliente, que ansiaba pasar a la acción abierta. La juventud bullía, estaba efervescente. Para Trotsky, la juventud era el barómetro del partido. En efecto, los trotskistas absorbieron excelentes cuadros juveniles, entre los cuales, al fragor de la lucha, surgieron figuras de gran talento a las que la vieja guardia prestaba oídos y que, a menudo, marcaban la pauta [...]. Todos los simpatizantes de los trotskistas se dieron a conocer y fueron deportados. Los partidarios de los decistas sufrieron menos bajas»⁴.

Los decistas prestaron seria atención a la creación de imprentas ilegales y a la adquisición de equipos de reproducción. Incluso llegaron a crear su propia “Cruz Roja” para asistir a los presos políticos. Precisamente gracias al carácter clandestino de la organización, algunos decistas cayeron más tarde a manos de la Gestapo y no de los estalinistas, mientras que otros prosiguieron su actividad después de la Segunda Guerra Mundial sin haber sido arrestados nunca: uno trabajaba en el Instituto de Profesores Rojos y otro en el Instituto de Economía Mundial. ¿Hubo otros? Se ignora. Pero incluso en la época de Brézhnev, incluido Járkov (que durante la era estalinista fue uno de los núcleos decistas), existían grupos de jóvenes obreros y estudiantes que afirmaban que la URSS poseía una base económica capitalista y que el Estado era una dictadura del capital. Es improbable que existiera un vínculo directo entre los decistas y estos grupos, pero de haberlo habido, lo más probable es que hoy fuésemos una fuerza capaz de alzar más alto la bandera del internacionalismo proletario.

«La organización de los “decistas” no contaba en sus filas con nombres ilustres, populares en los amplios círculos del partido o en el país. No teníamos a nuestro propio Lenin, ni a un Plejánov, ni a un Trotsky. A cambio, albergábamos la certeza de que el tiempo ayudaría a encontrarlos»⁵. Y también existía

2 - Ibíd.

3 - Ibíd., p. 392.

4 - Ibíd., pp. 392-393.

5 - Ibíd., p. 392.

la convicción de que el tiempo validaría lo acertado de sus evaluaciones y de la elección basada en ellas.

Esta es una de las muchas páginas poco conocidas de la historia de nuestra clase, una experiencia que las nuevas generaciones de marxistas deben asimilar. En la figura de los decistas, el bolchevismo emprendió un intento infructuoso de salvar en su seno aquello que lo vinculaba a la estrategia de la revolución mundial. En este sentido, se les puede denominar «los últimos bolcheviques».

LA LÍNEA DIVISORIA DEL “CURSO DE IZQUIERDA”

En 1925, como resultado de la XIV Conferencia del Partido Comunista Ruso (bolchevique), se consolidó el paso de la línea orientada hacia la revolución comunista mundial a la de la construcción del socialismo en un solo país. Se inició así una prolongada fase contrarrevolucionaria. En estas circunstancias, cristalizó la llamada Oposición Unificada: un bloque inestable compuesto por cuatro grupos enfrentados entre sí (trotskistas, zinovievistas, decistas y la “oposición obrera”). La historia y los posicionamientos de cada uno de ellos merecen un análisis aparte. Aquí nos referiremos a su efímera unión en un bloque único y a su inevitable desintegración.

Las concepciones fundamentales de la Oposición Unificada quedaron plasmadas en la “Declaración de los 13” (julio de 1926), en la “Declaración de los 83” (mayo de 1927) y en su principal documento programático: el “Proyecto de Plataforma de los Bolcheviques-Leninistas (Oposición) para el XV Congreso del PCU(b)” (septiembre de 1927), firmado por 13 miembros del Comité Central y de la Comisión Central de Control del partido: N. I. Murálov, G. Y. Yevdokímov, J. G. Rakovski, G. L. Piatakov, I. T. Smilga, G. Y. Zinóviev, L. D. Trotsky, L. B. Kámenev, A. A. Petersón, I. P. Bakáyev, K. S. Soloviov, G. Y. Lizdin y P. N. Avdéev. Los integrantes del bloque condenaban el régimen interno del partido, criticaban a la cúpula estalinista por sus concesiones a los kulaks, abogaban por una industrialización acelerada, exigían el cumplimiento del “testamento de Lenin” para destituir a Stalin del cargo de secretario general del CC del PCU(b), defendían la orientación hacia la revolución proletaria mundial, reprobaban a la dirección del Komintern por sus “concesiones” a las fuerzas burguesas y reformistas, y rechazaban la idea de la viabilidad de construir el socialismo en un solo país.

Ya en julio de 1926, Zinóviev fue destituido del Buró Político, seguido por Trotsky y Kámenev en octubre. En noviembre de ese mismo año, la XV Conferencia del PCU(b) acusó a la Oposición Unificada de incurrir en una “desviación socialdemócrata” oportunista. Entre octubre y noviembre del año siguiente, Trotsky, Kámenev y Zinóviev fueron expulsados del Comité Central del PCU(b).

El centro neurálgico de la Oposición Unificada se hallaba en Moscú. Los grupos locales se subordinaban al centro regional o directamente a Moscú. El centro coordinaba las labores mediante correos y emisarios especiales. Los primeros se limitaban a entregar directrices y literatura opositora sobre el terreno, mientras que los segundos ostentaban atribuciones más amplias. Algunos se establecían en una ciudad para organizar el trabajo de la oposición, mientras que otros visitaban las regiones de forma periódica, facultados para supervisar e intervenir en la actividad de los grupos locales, llegando incluso a destituir a sus líderes y nombrar a otros nuevos. Los grupos recaudaban cuotas. Por consiguiente, concurrían todos los rasgos de una unidad no solo ideológica, sino también organizativa; y dado que la Oposición Unificada seguía operando en el seno del partido, se trataba de una actividad netamente fraccional. Sin embargo, ya en 1926, a causa de discrepancias ideológicas, los decistas y la “oposición obrera” abandonaron el bloque.

En diciembre de 1927 se celebró el XV Congreso del PCU(b), en el que se dictaminó que «*la pertenencia a la oposición trotskista y la propagación de sus ideas son incompatibles con la militancia en el PCU(b)*». En ese momento fueron expulsados del partido 75 dirigentes de la oposición trotskista-zinovievista, entre ellos Kámenev, Piatakov, Bakáyev, Yevdokímov, Zalutski, Lashévich, Murálov, Radek, Rakovski, Safárov, Smilga, I. Smirnov y Sosnovski. Trotsky y Zinóviev habían sido expulsados en noviembre por participar en una manifestación de la oposición.

Asimismo, fueron expulsados 23 miembros del grupo «*abiertamente antirrevolucionario*» de T. V. Saprónov. Paralelamente, se llevó a cabo el proceso de expulsión de militantes opositores de base y activistas locales. Durante los dos meses y medio posteriores al 15 de noviembre de 1927, 2.288 personas fueron expulsadas por “labor fraccional”.

En ese mismo XV Congreso se produjo la disolución de facto de la Oposición Unificada: el 19 de diciembre, los zinovievistas presentaron a la presidencia del congreso una declaración de capitulación.

El hecho de que no todos dieran ese paso –por ejemplo, el grupo liderado por Safárov se negó a firmar el documento y fue desterrado junto con los trotskistas– permite sostener que la Oposición Unificada mantuvo una existencia formal hasta 1928, fecha en la que capitularon los últimos zinovievistas.

Los motivos de estas capitulaciones no se limitaban en absoluto a la represión. ¿Qué más aconteció en el XV Congreso? A partir del informe de Mólotov, se aprobó una resolución sobre el trabajo en el campo que contemplaba la intensificación de las medidas para crear granjas colectivas (*koljoses*) y el endurecimiento de las restricciones contra los kulaks, aunque de ninguna manera preveía la aniquilación de estos últimos. Algunos opositores vislumbraron en ello destellos de un “curso de izquierda” y el pretexto para deponer las armas contra la dirección estalinista.

Dos semanas más tarde, debido a la «*marcha insatisfactoria de los acopios de cereales*», Stalin viajó a Siberia, donde permaneció del 15 de enero al 6 de febrero de 1928. Fue allí donde proclamó de facto el “nuevo curso”: la ejecución de una “colectivización” agrícola integral. «*Stalin exigió a las autoridades locales medidas excepcionales contra los kulaks, el registro de los graneros, el bloqueo de las carreteras para impedirles sacar su grano a la libre venta, la confiscación de sus reservas de trigo y la venta del 25 % de los productos agrícolas decomisados a los campesinos de escasos recursos a precios bajos*»⁶.

El 28 de febrero, Piatakov presentó una solicitud formal de readmisión en el partido. Krestinski y Antónov-Ovsényenko siguieron su mismo camino. El distanciamiento de la oposición no se limitó a las figuras de primera línea. Entre 1926 y principios de 1928, 3.381 individuos declararon su ruptura con ella. En febrero de 1928, se les sumaron otras 614 personas.

Para Piatakov, que durante largo tiempo había presidido el Comité General de Concesiones y ejercido como vicepresidente del Consejo Supremo de Economía Nacional (VSNJ) de la URSS, las ansiadas modificaciones en el programa económico constituían motivo suficiente para retornar al PCU(b) y

hacer la vista gorda ante el hecho de que no se había producido alteración alguna en la democracia interna del partido ni en la política internacional. Más adelante, esta misma lógica llevaría a la capitulación a los economistas Smilga y Preobrazhenski, quienes reingresaron en el partido en 1929.

Ya a finales de 1924 se había publicado el libro de Preobrazhenski “La Nueva Economía”. En él teorizaba sobre la “ley de la acumulación socialista originaria”, aseverando que el país solo contaba con una fuente vigorosa para extraer los recursos necesarios para el salto industrial: el campo. Se trataba de un “intercambio desigual” entre la agricultura y la industria con vistas al desarrollo acelerado de esta última. Consideraba que la industria pesada nacionalizada conducía por imperativo a una economía planificada y a una rápida industrialización, y que Stalin, al decantarse por el “curso de izquierda”, había caído cautivo de esta necesidad y se vería obligado a avanzar por esa senda cada vez más lejos.

Trotsky no reconoció el “curso de izquierda”, ya que este no entrañaba una atenuación del régimen interno del partido; los opositores seguían desterrados. Los grupos de la oposición reanudaron su actividad en las regiones centrales de Rusia, en los Urales, en Ucrania y en el Cáucaso Norte. Según Yaroslavski, quien coordinaba toda esta red desde Moscú era el «*secretario general de los trotskistas*», Borís Eltsin⁷. No obstante, el auténtico centro que enlazaba a las colonias de exiliados con los emergentes grupos de opositores era Alma-Atá. Tan solo por vías legales, entre abril y octubre de 1928, llegaron allí más de mil cartas y 700 telegramas. Desde ese mismo punto, Trotsky despachó 800 cartas políticas y 550 telegramas.⁸

Pero el Estado estalinista no se limitó únicamente a modificar su política económica: en 1928 se emprendió una campaña contra la “desviación de derechas” y una cruzada «*contra el burocratismo y la descomposición*» de los militantes del partido. El país entero empezó a hablar de las úlceras de Smolensk y Artiómovsk. En el diario “Pravda” del 12 de mayo se publicó un artículo titulado “El absceso

6 - Felshtinski, Y. G., y Cherniavski, G. I. “León Trotsky. Libro tercero. El opositor. 1923–1929”. Moscú: Tsentrpoligraf, 2013, p. 191.

7 - Yaroslavski, Ye. M. “Los muertos avanzan deprisa”, en “Más allá de la última línea. La oposición trotskista después del XV Congreso”. Moscú; Leningrado: Editorial Estatal, 1930, p. 159.

8 - Deutscher, I. “Trotsky en el exilio” [Edición rusa de “El profeta desterrado”]. Moscú: Politizdat, 1991, p. 14.

de Smolensk”. El texto trataba sobre la fábrica textil “Katushka”, donde de un total de más de 500 trabajadores, 200 militaban en el partido y otros 80 en el Komsomol. A pesar de este desorbitado porcentaje de cuadros comunistas, los capataces extorsionaban a los obreros exigiéndoles sobornos con vodka, aperitivos y dinero, y a las obreras... con su cuerpo. Al comentar este artículo, un decista de nombre Stepán escribía desde el exilio a un corresponsal anónimo: «El autor del artículo [...] no se cansa de repetir: inaudito, nunca visto, increíble. ¡Vil hipocresía! ¿Acaso [esto constituye] una rarísima excepción, algo increíble y nunca visto? En absoluto. De hecho, lo que tú relatas sobre tu fábrica se asemeja muchísimo a lo que aconteció en la Katushka. ¿Y cuántos artículos leemos –incluso en la prensa oficial– en los que se destapan hechos idénticos? Y, sin embargo, cada vez se presentan como excepciones y se califican de hechos sin precedentes, increíbles e inauditos».

La lucha contra los abscesos con el fin de prevenir la gangrena es una necesidad inherente a todo organismo, incluido el Estado estalinista; de la misma forma, la exigencia de llenar las arcas del tesoro obliga ineludiblemente a dar virajes en la política económica.

En 1927 estalló en el país la crisis de los acopios de grano. En el mercado privado se disparó aceleradamente el precio del trigo, cuya aguda escasez provocó una drástica reducción de las exportaciones: de 2,177 millones de toneladas de cereal en 1926-1927 a 344.400 toneladas en 1927-1928. Como resultado, para garantizar el abastecimiento de alimentos de las ciudades, hubo que importar 248.200 toneladas de grano, gastando en ello 27,5 millones de rublos en divisas. Semejante situación ponía en peligro el programa de importación de maquinaria y bienes de equipo, pilar de la industrialización.

Tal es el verdadero contenido material del cambio en la “línea general” del PCU(b), que numerosos opositores desterrados acogieron con alborozo o con alegre sorpresa, creyendo que sus pronósticos se habían confirmado. También albergaban la esperanza de ser llamados de vuelta al partido. Y así sucedió. Ante la carestía de cuadros preparados, la dirección estalinista se mostró dispuesta a acoger en su asfíxica abrazo a los opositores arrepentidos, aunque

no para devolverles sus antiguos cargos directivos, sino puestos de rango inferior.

Los conciliadores constituían un fenómeno de masas en el seno del trotskismo, si bien la oposición de los bolcheviques-leninistas (como se hacían llamar) no se agotaba en ellos. Mientras Radek escribía a Preobrazhenski en mayo de 1928 que el «centro» (es decir, la dirección estalinista) no debía ser «considerado como un enemigo» mientras se moviera «hacia la izquierda» y que se debía «desechar el resentimiento», Rakovski, quien formaba parte del círculo íntimo de Trotsky, aseveraba desde el exilio, al igual que muchos de sus correligionarios de la fracción de los llamados “irreconciliables”: «Considero una utopía toda reforma del partido que se apoye en la burocracia partidista». A partir de esto, los irreconciliables sacaban la siguiente conclusión: el “curso de izquierda” es solo una maniobra, un zig-zag de la camarilla de Stalin.

Confinado en el destierro, el 6 de agosto de 1928 Rakovski redactó una obra breve, de menos de 20 páginas: “Carta a G. B. Valentínov”⁹. Iba dirigida al autor de un texto muy conocido en la oposición, “Reflexiones sobre las masas”, quien había sido redactor jefe del periódico “Trud”, había firmado la “Declaración de los 83” y que en 1927 había sido expulsado del partido y desterrado. La obra de Rakovski es el primer ensayo en el que la oposición intentó analizar el fenómeno de la burocracia soviética y del partido. En ella sostiene que se trata de un fenómeno «de un orden nuevo», una «nueva categoría sociológica» cuyo estudio requeriría un tratado completo. La burocracia, valiéndose de la pasividad de la masa del partido y de la clase obrera, usurpa el poder. Este nuevo estrato social se desvincula, al menos parcialmente, de los obreros. En esencia, aquí concluyen las reflexiones de Rakovski: no ofrece respuesta a la pregunta de a qué clase pertenece dicha burocracia.

Los debates sobre la naturaleza de la burocracia, sobre el contenido de clase del “Termidor estalinista” y sobre la fase en que este se hallaba, eran constantes en los círculos de la oposición. Si para la mayoría de los trotskistas el Termidor aún no había concluido, para los decistas ya se había consumado por completo. De ahí emanaban sus diferencias tácticas. «Soy partidario de formar un bloque con el cen-

9 - “Carta de J. G. Rakovski sobre las causas de la degeneración del partido y del aparato estatal”, en “La revolución traicionada” hoy. Moscú, 1992, p. 55.

tro o con la fracción del mismo que acepte presentar batalla al Termidor», escribía Radek en marzo de 1929. Trotsky, por su parte, a principios de 1928 escribió el documento programático “Ante una nueva etapa”, cuyo primer punto lleva por título “El peligro del Termidor”. En el artículo “Viejos errores en una nueva etapa”, los decistas señalan las «medias tintas» de tal valoración, llamando la atención sobre el hecho de que «antes de consolidar su dominio de facto, la burguesía puede, temporalmente, autolimitarse en cuanto a derechos políticos formales y delegar dichos derechos en la burocracia. [...] Los autores del documento [...] no se atreven a llamar a las cosas por su nombre y a sacar las deducciones políticas necesarias. [...] Negar el Termidor como un hecho real, ¿no es acaso ayudar al aparato a enmascarar la contrarrevolución?».

Si para los decistas –quienes habían llegado a la conclusión de que la contrarrevolución había finalizado– no quedaba más camino que la organización y la lucha contra el estalinismo, para quienes creían que el Termidor aún continuaba persistían las esperanzas ilusorias en un enésimo “giro a la izquierda”. A partir de la segunda mitad de 1930, comenzaron a apartarse de la oposición aquellos que celebraban la “colectivización” forzosa y los elevados ritmos de industrialización. Después de 1930, las ideas conciliadoras siguieron propiciando el retorno del destierro de algunos trotskistas aislados, aunque ya sin el carácter masivo anterior.

Otro resultado inevitable del conciliacionismo fue que la facción irreconciliable de los trotskistas –tanto en el exilio como en libertad– empezó a solidarizarse cada vez más con los decistas e, incluso, a pasarse a sus filas. La OGPU constató que ambas corrientes sostuvieron reiteradas negociaciones para emprender acciones conjuntas y valorar una posible fusión. En concreto, dichas conversaciones las llevó a cabo en nombre de los trotskistas irreconciliables, en marzo de 1928, Vladímir Kosior, hermano del secretario general del CC del PC(b) de Ucrania, Stanislav Kosior. Sin embargo, entre los decistas predominaba una actitud negativa frente a la perspectiva de unirse a la Oposición de Izquierda, provocada por el rechazo al “carácter reformista” de la táctica de Trotsky. Las discrepancias más serias se manifestaban en relación con las huelgas. Mientras los partidarios de Trotsky consideraban necesario evitarlas, los decistas se fijaban la tarea de participar activamente en ellas y, en la medida de lo posible, de diri-

gírlas. En el trabajo práctico de los decistas, la clandestinidad (códigos, cifras, domicilios clandestinos, tinta invisible, puntos de contacto, etc.) adquiría cada vez mayor importancia. Se preveía el paso a la clandestinidad de aquellas personas amenazadas por detenciones.

No obstante, también entre los trotskistas irreconciliables había quienes pasaban con creciente frecuencia a la lucha abierta contra los estalinistas; a ellos y a sus actividades se les dedicará un artículo aparte. Por el momento, centrémonos en cómo y por qué los decistas criticaban a Trotsky y a sus seguidores.

En agosto de 1928, Yákov Agránov, subdirector del Departamento Secreto de la OGPU, entregó al secretario del Colegio del Partido de la Comisión Central de Control, Yemelián Yaroslavski –quien por entonces tenía a su cargo la lucha contra los opositores–, el documento “Sobre el Termidor y el centrismo”, que los decistas distribuían por aquellas fechas y en el que se formulaba la siguiente valoración: «El centrismo constituye la principal amenaza para la clase obrera, el obstáculo fundamental en su lucha contra la burguesía. El centrismo resulta especialmente peligroso para la oposición, y no tanto por la cárcel y el exilio como por el llamado “curso de izquierda”. La cuestión más importante y apremiante para la oposición en estos momentos es la del carácter de clase del actual régimen. La falta de claridad y las medias palabras y, con mayor razón, la falsedad en esta materia, representan el principal peligro para el movimiento de oposición, la fuente cardinal de la inseguridad e inestabilidad de los opositores [...]. [...] Quien vea en los intentos de Stalin de golpear a los kulaks un curso proletario de izquierda, se equivoca cruelmente, no ve la otra cara del rumbo estalinista, no ve la presión cada vez mayor sobre los obreros, la persecución de la oposición y la expulsión de los partidos comunistas extranjeros y del Komintern de todos los partidarios de la oposición».

Así pues, el error capital de Trotsky radica en su incompreensión del carácter capitalista del Estado estalinista, lo que desembocó en un tacticismo centrista que, hasta el día de hoy, constituye el rasgo distintivo de los trotskistas.

EL ABECÉ DE LA REVOLUCIÓN

ANEXO

El 6 de octubre de 1928, uno de los líderes de los decistas, Vladímir Smirnov, envió una carta a su camarada Tarás Jarechko. Merece ser citada de manera extensa: «Trotsky mantiene su habitual línea de vacilaciones; [...] ni siquiera la prisión y el exilio, sufridos por él y sus partidarios más cercanos, lo han curado de estas ilusiones. [...] Toda la línea de Trotsky, desde 1923 en adelante, se ha basado [...] en que la oposición, junto con la mayoría del CC (es decir, junto a los llamados “centristas”), lucharía contra el “peligro de derechas”. Así lo manifestó él [...] en el pleno del CC de febrero de 1927, y en casi todas sus cartas y documentos actuales se remite a aquella intervención como la base de la línea táctica de los trotskistas. [...] Asustar a los “centristas” con el peligro de derechas, aguardar con impaciencia “el golpe de la cola derecha sobre la cabeza centrista”, sostener esa cabeza [...], soñar con formar un bloque con ella... [...] tal es la táctica de Trotsky. ¿Qué nombre recibe semejante postura? Es la más pura postura centrista, que no apuesta por la lucha contra los oportunistas en defensa de su propia línea, sino por la escisión entre los propios oportunistas [...].

[...] En 1923, Trotsky asustaba al CC diciendo que si no cedía ante la oposición, se desarrollarían corrientes antipartido dentro del partido. El CC, en lugar de ceder, asfixió al partido. Ahora Trotsky lo asusta argumentando que, si no cede ahora, el obrero “desbordará los límites del partido bolchevique y de la dictadura del proletariado”. [...] ¡Sí, únicamente a la impotencia puede conducir el miedo frente a la única fuerza en la que cabe apoyarse!

[...] Ya es hora de examinar qué es exactamente esa “internacionalidad” que Trotsky exhibe constantemente y por no estar de acuerdo con la cual Sosnovski nos acusa de “enfriamiento hacia la revolución internacional”, de propugnar la “teoría de la oposición en un solo país” y de “estalinismo a la inversa”. En realidad, este internacionalismo de Trotsky no es más que una pieza indispensable de toda su línea centrista.

[...] En qué consiste este “enfoque internacional” aplicado a las cuestiones internas. “El desarrollo interno de la URSS y del partido gobernante”, escribe Trotsky, “reflejó plenamente [...] el cambio de la situación internacional, sirviendo como refutación palpable de las nuevas teorías reaccionarias sobre el desarrollo aislado del socialismo en un país particular.

El rumbo de la dirección interna fue, huelga decirlo, el mismo que el del CEIC: un centrismo que resbala hacia la derecha”.

[...] “Un cierto desencanto respecto a la revolución internacional”, prosigue Trotsky, “que se apoderó en parte también de las masas, empujó a la dirección central hacia perspectivas puramente nacionales, las cuales hallaron su lamentable expresión en la teoría del socialismo en un solo país”. Bajo el influjo de estas perspectivas puramente nacionales, “la dirección oficial se escoraba cada vez más hacia las posiciones de un desarrollo económico aislado y autárquico”. Gracias a esto, “la cuestión del ritmo de nuestro desarrollo económico no fue siquiera planteada por nuestra dirección”. Al omitir la cuestión del ritmo, “íbamos perdiendo el ritmo por causa de una directriz económica errónea”. Y, a la par, se desencadenó una “pérdida sistemática del ritmo también en las cuestiones de la revolución internacional”, provocada por “la incapacidad centrista de valorar la situación revolucionaria y de aprovecharla en el momento preciso”. Sin embargo, “la cuestión del ritmo es la cuestión decisiva en cualquier lucha” y, al haberla soslayado, hemos entrado en “un período temporal, sin duda, pero de profundo debilitamiento de las posiciones de la revolución internacional”.

Todo esto resulta no solo internacional, sino también dialéctico: la causa y el efecto se alternan constantemente. La dirección del CEIC y del CC del PCU dejó escapar la situación revolucionaria en Alemania y condujo a la derrota de la revolución alemana. A continuación, opera la acción inversa del efecto sobre la causa: la derrota de la revolución en Alemania provoca el desencanto de la dirección del CC del PCU respecto a la revolución mundial. Embargada por la aflicción, urde la teoría del socialismo en un solo país, olvida la cuestión del ritmo de nuestra construcción y se vuelve definitivamente centrista. Acto seguido, nuevamente la acción inversa del efecto sobre la causa: debido a la incapacidad del centrismo para sopesar la situación revolucionaria, se pierde el ritmo también en el movimiento internacional; se desperdician las coyunturas revolucionarias en Inglaterra y en China. El resultado es un “profundo debilitamiento de la revolución mundial”. Y la “consumación del gigantesco cambio en la correlación de las fuerzas mundiales durante los últimos años”, como reza la carta del 9/V, fue el aplasta-

miento de la oposición en nuestro país. Tesis, antítesis y síntesis... todo en perfecto orden.

Hay un único inconveniente: como marxistas, estamos acostumbrados a explicar el cambio de la situación política por la alteración en la correlación de clases y por la lucha entre ellas. Pero para Trotsky, toda la interacción dialéctica tiene lugar entre la "situación mundial" y los cerebros de quienes dirigen el CEIC y el CC del PCU. Trotsky le reprocha al CC que "la fracción oficial en 1923 desechaba los criterios de clase, operando con conceptos como el campesinado en general". Un reproche acertado. Pero ¿qué decir del propio Trotsky, bajo cuyo "enfoque internacional" ha desaparecido también el "campesinado en general" e incluso el proletariado, y quien en todo el capítulo titulado "La política de 1923-26" habla en un solo lugar de "la presión de los nuevos estratos de clase que se formaban sobre la base de la NEP, que se entrelazaban con el aparato estatal, que deseaban que no se les impidiera ascender y que no estaban siendo iluminados por el farol leninista"?

[...] La dialéctica de la lucha de clases ha desaparecido del esquema de Trotsky. Pero, siendo así, toda la "dialéctica" de Trotsky no es en absoluto una dialéctica marxista, por mucho que en sus razonamientos la palabra "internacional" se repita cada dos por tres.

Que la economía moderna ha sobrepasado con creces los marcos nacionales, que se ha convertido ya en una economía mundial, es algo que no negará ningún ideólogo de la burguesía. A nadie se le ocurriría negar tampoco que, debido a esto, la situación política de cada país se halla íntimamente ligada a la situación política de los demás países. Pero el marxismo se distingue precisamente de estos lugares comunes en que, desde su punto de vista, la economía no determina la situación política de manera directa, sino a través de la lucha de clases.

La lucha de clases del proletariado es, ante todo, la lucha contra su propia burguesía. Esto se deriva del sencillo hecho de que la burguesía no ha creado y no puede crear un Estado mundial, de que el Estado –esa arma del dominio de clase de la burguesía– es un Estado nacional. En este sentido, si se quiere, la lucha de clases es una lucha "limitada nacionalmente".

[...] Únicamente quien en su afán por la "internacionalidad" haya olvidado el abecé de la revolución podría reprocharnos que, al recordar esta verdad elemental, estamos incurriendo "en el abandono de la perspectiva internacional" o en "estalinismo a la inversa". El proletariado no lucha contra su burguesía en un solo país, sino en cada país. Y dado que los fundamentos

de la explotación del proletariado por la burguesía son idénticos en todos los países, y dado que las formas del dominio burgués son en esencia las mismas en todas partes, la experiencia de lucha del proletariado de cada país constituye una experiencia internacional. Asimismo, al plantearse como meta la abolición de la contradicción entre el carácter social de la producción y la propiedad privada de los medios de producción, el proletariado, en el transcurso de la resolución de esta tarea, deberá ineludiblemente suprimir también una segunda contradicción: la que existe entre el carácter mundial de la producción y la organización nacional-estatal de sus partes. Además, la economía de, si no todos, al menos grupos enteros de países (por ejemplo, los europeos) está tan estrechamente entrelazada que la victoria del proletariado en un país no puede dejar de provocar perturbaciones profundísimas en la economía de los países vecinos, perturbaciones que acelerarán drásticamente en ellos el estallido de una situación revolucionaria. La lucha "limitada nacionalmente" (debido a la estructura fraccionada en naciones de la economía mundial) del proletariado, desborda inevitable y muy rápidamente los marcos nacionales, rompe las fronteras estatales y solo puede hallar su culminación –la construcción del socialismo– a escala mundial.

Todo esto es el abecé. Pero de este abecé se deduce que, mientras subsista la estructura de clases de la sociedad, y mientras subsista con ella la división de la economía mundial en parcelas nacionales y estatales, no se puede afirmar, como hace Trotsky, que "el desarrollo interno de la URSS (o de cualquier otro país) refleja plenamente la situación internacional". Por no mencionar la total vaguedad de un concepto como "situación internacional", resulta meridianamente claro que el desarrollo político de un país aislado no está determinado por la "situación internacional" (ni la refleja) de forma directa, sino a través de las alteraciones en la correlación de fuerzas de clase, a través de la lucha de clases en ese país. Nuestra economía no es una economía aislada. Es parte de la economía mundial y cumple en ella un papel determinado. Los cambios en la economía mundial modifican también dicho papel, modifican a su vez la correlación de clases que se genera sobre esa base. Pero nuestra situación política, la política de la URSS, está determinada por esta correlación de clases interna nuestra.

[...] Resulta tedioso tener que desmenuzar estas verdades elementales. Pero, ¿qué se le va a hacer, si "el reflejo de la situación internacional en el desarrollo interno de la URSS" según Trotsky consiste en que

la derrota de la revolución alemana “repercutió” en Bujarin, Stalin y otros en forma de “desencanto” con la revolución mundial; en que, bajo la influencia de ese desencanto, crearon la teoría del socialismo en un solo país, no pensaron en armonizar el ritmo de nuestro desarrollo con el desarrollo mundial, perdieron el ritmo, etc.? ¿Qué se puede hacer cuando, bajo el disfraz del enfoque “auténticamente leninista” o “internacional”, se nos ofrece una simple charlatanería sobre el internacionalismo redactada con frases pulidas?

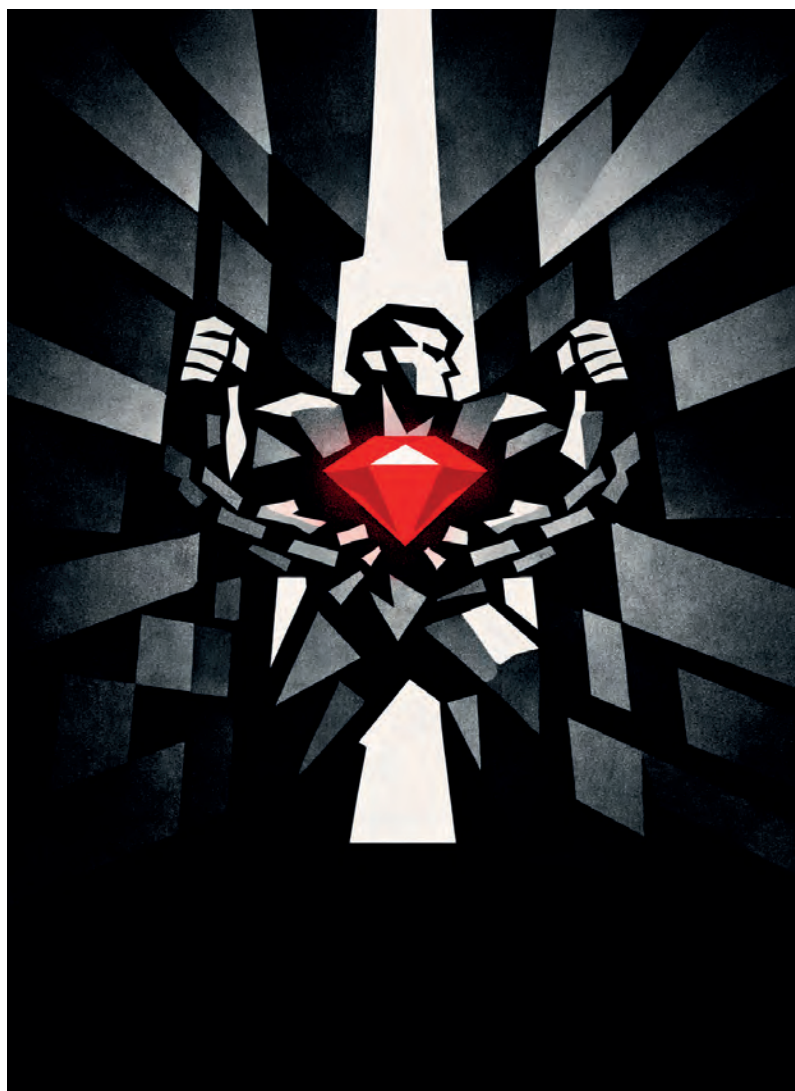
Pero, ¿cuál es el sentido objetivo de esta charlatanería? Radica en que, tras ese análisis “sutil” de “cómo sedimenta en los cerebros de la vanguardia o de la vanguardia de la vanguardia” (carta del 9/V) la célebre “situación internacional”, se “olvidan” de analizar cómo se refleja en los cerebros de esta “vanguardia” la ideología de nuestras clases “nacionalmente limitadas”, cuyos intereses vienen a expresar las teorías “erróneas” de dicha vanguardia.

[...] su enfoque “internacional” no es más que una tapadera decorosa para su política centrista, la cual se afana tenazmente en presentar a los oportunistas como revolucionarios descarriados, cuando en realidad son renegados del comunismo y traidores a la revolución. Huelga decir que no podemos tener absolutamente nada en común con semejante perspectiva internacional.

[...] El partido bolchevique se forjó en la lucha no solo contra la derecha abierta –los “economistas” y los “liquidadores”–, sino también contra los centristas de todo tipo y con todos sus matices. Y no podía ser de otra manera: fue solo gracias a los centristas que la derecha declarada pudo reclutar partidarios entre los obreros en las oscuras épocas de reacción; solo la fraseología izquierdista de los centristas lograba desorientar –y a veces por largo tiempo– a revolucionarios honestos y abnegados.

Quien desempeña hoy ese papel centrista es Trotsky».

Junio-julio de 2025.



INTRODUCCIÓN AL « ESQUEMA DE PROGRAMA »

DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONALISTA

A continuación, presento el texto en español ajustado fielmente al contenido y estructura del original italiano que me proporcionaste en esta iteración.

El grupo “El Prometeo Comunista” no se considera un *«partido comunista mundial ni siquiera su único embrione»* y ve su propia actividad *«como una parte del movimiento práctico hacia el comunismo, como una lucha por la creación de este partido»*. Partiendo de este presupuesto, consideramos fundamental intercambiar experiencias y mantener discusiones con otras organizaciones comunistas internacionalistas. “El esquema de programa del Partido Comunista Internacionalista” y la correspondiente introducción al mismo, escrita expresamente por los camaradas de *Battaglia Comunista*, constituyen la primera de una serie de publicaciones de documentos, artículos y materiales de otras organizaciones comunistas. Consideramos el estudio profundo de estos textos como parte integrante del patrimonio teórico del marxismo y un elemento crucial en la formación de la conciencia de clase del proletariado mundial.

Para comprender el contexto en el que nació el “Esquema de programa” del Partido Comunista Internacionalista, redactado y hecho público (dentro de los límites de la forzada clandestinidad) en 1944, pensamos que es útil trazar una breve historia de la “Izquierda italiana” desde la Primera Guerra Mundial hasta la segunda posguerra, cuando los contrastes entre las diversas “almas” desembocaron en la escisión de 1952. La ruptura supuso una contribución notable al debilitamiento progresivo de las fuerzas internacionalistas, en Italia y más allá.

BREVE HISTORIA INTERNACIONALISTA DE LA IZQUIERDA COMUNISTA ITALIANA

«Nosotros, del Partido Comunista Internacionalista –sección italiana del Buró Internacional para el Partido Revolucionario [hoy Tendencia Comunista Internacionalista, TCI, ndr]– venimos directamente de la izquierda comunista italiana y hemos dado los pasos necesarios hacia adelante, afrontando las dinámicas reales del capitalismo y la naturaleza actual del imperialismo (que, recuerdo, no es solo una política). Según nosotros, los demás que provienen de la tradición de la izquierda comunista italiana o bien han abandonado su terreno metodológico general –y este es el caso de la CCI– o –como los bordiguistas– se han quedado estancados (¿invariantes?) en las posiciones de 1921-22, situándose fuera del desarrollo de las perspectivas revolucionarias respecto al capitalismo actual» (Mauro Stefanini, en un correo electrónico a un contacto, a principios de la década de 2000).

El término “izquierda comunista” hoy crea un poco de confusión. Los grupos que se adhieren a la TCI no usan el término con frecuencia. Preferimos que nos llamen “internacionalistas”. También intentamos no usar, o no usar a menudo, el término “izquierda italiana”, que de igual forma puede crear mucha confusión. En la tradición de la “izquierda italiana” hay tres componentes: el Partido Comunista Internacionalista (Battaglia Comunista, el grupo fundador, con la CWO, del futuro IBRP y luego TCI), la Izquierda comunista francesa, precursora de la CCI, y los bordiguistas, hoy representados por muchos grupos que no pueden enumerarse fácilmente, pero cuya cepa original es la de Programma Comunista; los grupos bordiguistas suelen tomar el nombre de “Partido Comunista Internacional”. Luego hay otra agrupación, cuyos orígenes están en la CCI, de la cual, sin em-

bargo, se separó o, mejor dicho, fue expulsada a principios de la década de 2000: el Groupe International de la Gauche Communiste.

Para nosotros, una de las mayores confusiones es que, cuando decimos que pertenecemos a la tradición de la izquierda comunista italiana, a menudo se nos identifica con Bordiga y el bordiguismo.

La izquierda italiana ha vivido dos períodos en los que sus ideas han tenido un gran número de seguidores: los años 1919-24 y, en menor medida, los años 1943-49.

EL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA

A partir de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución Rusa, el gran problema en Italia fue el de la creación de un partido comunista que pudiera afiliarse a la Tercera Internacional, instituida en 1919. El problema al que se enfrentaba la izquierda era la confusión difundida deliberadamente por el PSI, bajo la dirección de Serrati, que mantenía abierta la posibilidad de afiliarse a la Tercera Internacional, sin llegar a hacerlo realmente. Además, el PSI había mantenido una posición ambigua expresada en la fórmula «*ni adherirse, ni sabotear*» respecto a la guerra, en la que Italia no participó hasta mayo de 1915. De esta manera, lograba enturbiar aún más las aguas.

En aquel período (1919-20), Italia lidiaba con convulsiones políticas, con los trabajadores ocupando las fábricas y yendo a la huelga por miles; este es el período definido como el “Bienio Rojo”. Pero no había ningún partido de clase que pudiera guiar estas luchas en el asalto contra el Estado. Los trabajadores se quedaron encerrados en las fábricas y la clase dirigente solo tuvo que esperar hasta el agotamiento del propio movimiento. En ese momento los “intransigentes”, como se llamaba entonces a los camaradas de la izquierda, lograron llevar a cabo la ruptura con los socialistas y fundar el Partido Comunista de Italia, en Livorno en 1921; pero el movimiento ascendente de la lucha de clases ya había terminado y la burguesía ya estaba virando hacia el fascismo.

El partido recién fundado había sido creado por la izquierda, y su líder más destacado era el joven Amadeo Bordiga. Bordiga tenía una tendencia al formalismo, incluso entonces, y uno de sus errores fue llamar a su fracción “la fracción abstencionista”, cuando en realidad debería haberse llamado fracción

comunista. El resultado fue que muchos comunistas, que pensaban que el parlamento debía utilizarse como tribuna para obtener publicidad (pero sin verlo como un camino para la conquista del poder), dudaron en afiliarse, y esto conllevó no solo a que el tamaño del partido fuera numéricamente inferior al que debería haber tenido, sino también a que el partido apareciera más tarde de lo que debería. La idea táctica de Bordiga, en la base de la elección del nombre “abstencionista”, era que el viejo partido socialista se había vuelto corrupto y reformista porque sus miembros habían obtenido privilegios parlamentarios, y esta era su manera de mantener alejados a los reformistas. Añadió más confusión el hecho de que Bordiga fuera al Segundo Congreso de la Comintern e insistiera en añadir la 21ª condición, a saber, que todas las decisiones de la Comintern fueran vinculantes para todos los partidos comunistas. Esto significaba que había vinculado al Partido Italiano al trabajo en el parlamento y en los sindicatos, algo que algunos consideraban un paso atrás. Pero Bordiga había sido coherente al insistir en que la fundación de la sección italiana de la Internacional tenía prioridad sobre todo lo demás. Esto explica por qué una de las críticas de Bordiga a los camaradas del KAPD, la izquierda comunista alemana, era que estos elevaban cuestiones que consideraban tácticas hasta convertirlas en cuestiones de principios, anteponiéndolas a la unidad de la acción comunista. Les escribió subrayando que “como marxista soy, ante todo, centralista, y solo después abstencionista”.

En Italia, mientras tanto, la situación era cada vez más desesperada para la clase obrera, dado que se había perdido el impulso revolucionario. Ahora seguía un período de reacción. Al mismo tiempo, la Comintern estaba en visible declive. En su cuarto Congreso, en 1922 (pero enlazando con el tercer congreso de 1921), había decidido adoptar la forma de los “frentes únicos” con esos mismos partidos socialistas que habían apoyado la guerra imperialista y que habían ralentizado gravemente el proceso de fundación de los partidos comunistas. Para la izquierda comunista, la adopción del frente único marca un punto de inflexión en la historia de la clase obrera. Es uno de los factores que hoy nos distinguen de todas las corrientes trotskistas.

En Italia la izquierda, que aún controlaba el partido, propuso la idea de proclamar un “frente único desde abajo” y también intentó convencer a los demás partidos de la Internacional para que adoptaran esta interpretación. La idea era que los comunistas cola-

borarían con los trabajadores socialistas a nivel de fábrica, pero no con sus partidos. Sin embargo, incluso esto fue demasiado para el Comité Ejecutivo de la Comintern que, cuando Bordiga fue arrestado por el gobierno fascista en 1923, tuvo la oportunidad de instalar a Gramsci como secretario del partido. Gramsci siempre había reconocido a Bordiga como el verdadero líder del partido, pero Moscú prevaleció sobre él en la sustitución del líder más conocido. Bajo su mandato, el partido fue “bolchevizado” y la izquierda fue gradualmente apartada del poder.

Bordiga no se opuso activamente a este proceso, dado que reconocía la autoridad central del CE de la Comintern. Pero no ocultó su oposición al nuevo rumbo que estaban tomando el partido y la Internacional. Esto le llevó a apoyar –aunque sin mucho entusiasmo y solo en un segundo momento– los esfuerzos de los camaradas del Comité de Entente (Comitato di Intesa) que habían redactado una crítica a la degeneración del partido. Entre los firmantes se encontraban Onorato Damen y Francesca Grossi (Cecca), que posteriormente se convertiría en su esposa. Los mismos estarían más tarde entre los fundadores de nuestra sección italiana, el Partido Comunista Internacionalista. El Comité de Entente sostenía que:

«Es un error considerar que en cualquier situación se puede, con expedientes y maniobras, ampliar la base del partido entre las masas, ya que las relaciones entre el partido y las masas dependen en gran medida de las condiciones objetivas de la situación» (Plataforma del Comité de Entente, leftcom.org).

El CE de la Comintern exigió la expulsión de todos los que habían apoyado al Comité. Sus miembros fueron despojados de todos sus cargos por Gramsci, pero la izquierda continuó luchando políticamente contra la degeneración del partido. La culminación se produjo en 1926, en dos acontecimientos que resumen esta lucha: el último discurso de Bordiga ante la Internacional Comunista y el Congreso de Lyon del PCd'I. En el primero, Bordiga denunció a Stalin, el abandono del internacionalismo por parte de la revolución rusa y el trato a Trotsky. Se dice que Stalin respondió “Que Dios os perdone”. Pero el PCd'I ciertamente no lo perdonó. En el Congreso de Lyon, Gramsci les dijo a todos los funcionarios del partido que habían apoyado a la izquierda que, si no votaban por su tesis, perderían sus posiciones en el partido y sus salarios (que es una de las razones por las que nuestros camaradas desde entonces siempre se han opuesto a la idea de los “revolucionarios profesionales”). Ante estas presiones, muchos se retractaron, dejando así a la izquierda más aislada. Lle-

gados a ese punto, la izquierda fue expulsada del partido y algunos se exiliaron en Francia y Bélgica. Damen nunca se exilió. En cambio, tuvo que enfrentarse varias veces al arresto y a la prisión, tanto durante la guerra civil española como durante la Segunda Guerra Mundial. Bordiga también se quedó en Italia, pero se retiró a la vida privada y se dedicó al ejercicio de su profesión de ingeniero en Nápoles. No jugó ningún otro papel en la vida política hasta 1945.

LA FRACCIÓN DE IZQUIERDA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ITALIA

La izquierda italiana emergió como tal durante la década de 1930, en particular en Francia, donde en 1928 (en Pantin) se constituyó la Fracción de Izquierda del Partido Comunista de Italia. La fracción publicaba *Prometeo* (originalmente la revista revolucionaria de la sección de Nápoles del partido, la de Bordiga) y luego *Bilan*.

La fracción no era un cuerpo homogéneo, no podría haberlo sido.

Nuestros camaradas se encontraban en medio del proceso contrarrevolucionario. El problema era comprender sus razones, su naturaleza y demás. La Guerra de España dividió a la Fracción. Algunos camaradas pensaron que podían ir a España y participar en la guerra del lado de los republicanos, con la esperanza de poder llevarla al terreno de una verdadera lucha comunista. Incluso los que se oponían fueron a España, para intentar reconducir a los demás a posiciones comunistas. Al final, los camaradas que entraron en las milicias comprendieron pronto, a su costa, que no era posible ganar a los trabajadores para el comunismo en lo que se había convertido en una guerra imperialista. El principal logro fue que los camaradas de *Bilan* reconocieron que la guerra antifascista era el prelude del alistamiento de la clase obrera en apoyo del imperialismo, de una forma u otra.

Sin embargo, existían al menos dos tendencias dentro del grupo de *Bilan*. Por ejemplo, mientras una parte negaba la posibilidad de caracterizar de manera decisiva la naturaleza de la URSS, otra afirmaba que la política contrarrevolucionaria de un partido y de un Estado era el producto de un desarrollo social y político contrarrevolucionario, en

el que el Estado ya no era un semi-Estado proletario (Lenin, “*El Estado y la Revolución*”) y el partido había cruzado la línea de clase, sustituyendo por sí mismo a la vieja y tradicional burguesía (capitalismo de Estado). Pero Bilan no estaba claro en muchas cuestiones, una de las cuales era el Estado en el período de transición. Otra era el análisis de las contradicciones económicas del capitalismo, donde el texto de Mitchell (uno de los camaradas belgas más destacados) veía en las teorías del luxemburguismo tardío la única explicación real de las crisis capitalistas. Estos errores condujeron a la desastrosa subestimación de la naturaleza de la crisis en 1939. Creyendo (a partir del capítulo 18 de “*La acumulación del capital*” de Rosa Luxemburgo) que la producción de armas permitiría al capitalismo salir de la Gran Depresión, pensaban que el capitalismo podría evitar otra guerra imperialista. La fracción abandonó Bilan y la sustituyó por Octubre, que solo publicó media docena de números en los últimos meses antes de la guerra. Vercesi (es decir, Ottorino Perrone, el exponente más conocido de la Fracción) sostenía que la clase obrera no había sido derrotada y que la revolución aún era posible. No es de extrañar que la Fracción de izquierda en el exilio se desmoronara al estallar la Segunda Guerra Imperialista. Aquella fue sin duda la medianoche en el siglo para la clase obrera. Algunos de la Fracción serían asesinados por Stalin y otros por Hitler, pero en el brutal, aunque más desorganizado Estado fascista en Italia, la izquierda continuaría sobreviviendo incluso en el confinamiento, en prisión y bajo arresto domiciliario.¹

LA FUNDACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONALISTA

El Partido Comunista Internacionalista nació durante 1942, aunque apareció “oficialmente” en la escena política en el otoño de 1943, con el primer número de *Prometeo*, naturalmente clandestino. Los camaradas que dieron vida al partido se concentraban sobre todo entre Piamonte y Lombardía, es decir, en el corazón de la clase obrera italiana. Provenían, en general, de una larga militancia en las filas de la “Izquierda italiana”, la que había dado origen al Partido Comunista de Italia en 1921, y aun-

¹ – Para un análisis más detallado de la Fracción, véanse los artículos de Fabio Damen en *Prometeo*:

<https://www.leftcom.org/it/articles/1979-06-01/frazione-partito-nell%E2%80%99esperienza-della-sinistra-italiana>

<https://www.leftcom.org/it/articles/1979-12-01/il-ruolo-della-russia-nella-seconda-guerra-mondiale>

<https://www.leftcom.org/it/articles/1980-12-01/frazione-partito-nel-corso-della-ii-guerra-mondiale>

que desde entonces se les etiquetaba como bordiguistas, es un apelativo un tanto impropio, si bien Bordiga aportó una contribución teórico-política de primer orden a la propia “Izquierda”. Por lo general, los internacionalistas habían conocido las cárceles y la precaria vida del exilio, de donde trajeron de vuelta, tras la caída de Mussolini el 25 de julio de 1943, la experiencia política de la Fracción. Incluso antes, muchos de esos camaradas habían combatido en sus inicios la contrarrevolución estalinista, lucha que culminó con el Comité de Entente (1925), del cual, no por casualidad, Onorato Damen había sido uno de los principales animadores, a pesar, como se ha dicho, de las resistencias de Bordiga, a quien, sin embargo, debe atribuirse la mayor parte de los documentos políticos producidos por el propio Comité.

El nacimiento del partido se produjo en un momento en el que la clase obrera rompía, con huelgas masivas, el clima de paz social impuesto por veinte años de fascismo y reforzado por la guerra en curso, cuestionando objetivamente la propia guerra y el capitalismo que la había generado. Las huelgas, que comenzaron en Turín –la ciudad “más obrera de Italia”– se extendieron después a Milán y al resto del norte. Huelga decir que Prometeo no solo apoyó con entusiasmo las huelgas, sino que participó activamente en ellas con sus militantes.

El partido se desarrollaba, entre enormes dificultades, cuando el PCI (Partido Comunista Italiano) concluía de manera oficial, por así decirlo, su trayectoria degenerativa, apoyando la vertiente “Aliada” de la guerra imperialista, participando en la constitución del Comité de Liberación Nacional (CLN) y apoyando al gobierno de Badoglio, fusilador de obreros, masacrador de humanidad inerme en las guerras africanas y en los Balcanes, por citar solo a las víctimas civiles de una larga carrera al servicio de la burguesía.

Las posiciones políticas de la organización, contenidas en el “Esquema de programa” de 1944, aunque en algunos aspectos, como el sindical, aún estaban “en desarrollo”, en su conjunto sentaron con claridad las piedras angulares sobre las que hacer crecer la organización revolucionaria: ciertas cuestiones que habían atormentado la vida de la Fracción, como la naturaleza social de la URSS, habían sido resueltas por los camaradas que habían permanecido en Italia desde hacía mucho tiempo. La Unión Soviética fue definida por lo que era, un régimen de capitalismo de Estado, y el partido “comunista” como la longa manus de dicho régimen, orientado a dirigir

al proletariado hacia el apoyo de uno de los frentes imperialistas durante la guerra y la reconstrucción burguesa posterior. Finalmente, se daba por sentado que el sindicato, en ese momento ausente por la fuerza de las circunstancias, con el fin del conflicto sería un poderoso instrumento en manos de la socialdemocracia y el estalinismo. El “Esquema de programa”, aun siendo un documento “provisional”, era más avanzado –desde el punto de vista del encuadre revolucionario de los problemas– que la “Plataforma” de 1945, redactada por Bordiga, quien no estaba ni estaría nunca afiliado al partido. Las zonas de sombra, los pasos atrás teórico-políticos, las primeras señales de una involución en sentido mecanicista-idealista de Bordiga, asumirían una fuerza destructiva a lo largo de los años hasta la ruptura de 1952. El hecho es que la “Plataforma” se había concebido más como una contribución al futuro debate congresual que como el carnet de identidad acabado del partido; contenía ya in nuce elementos que, desarrollados posteriormente, darían vida al área del bordiguismo. Muchos años después, puntualizamos nuevamente lo que era, para el Partido Comunista Internacionalista, la “Plataforma” de 1945: «En 1945 el C.C. [Comité Central, N.d.R.] recibió un proyecto de Plataforma política por



parte del camarada Bordiga que, lo subrayamos, no estaba inscrito en el Partido.

El documento, presentado en términos ultimativos para su aceptación, fue considerado incompatible con las firmes tomas de posición adoptadas ya por el partido sobre los problemas más graves y, a pesar de las modificaciones aportadas, el documento siempre se ha considerado como una contribución al debate, no como una plataforma de facto» (Introducción a nuestro Cuaderno “Documentos de la Izquierda Italiana”, publicado a principios de los años 70 del siglo pasado, que contiene el Esquema de Programa y la Plataforma de 1945).

Volviendo al “Esquema”, era más que suficiente para orientar al partido en la complicadísima situación de la guerra, tanto respecto a los alineamientos político-militares sobre el terreno como, sobre todo, ante el fenómeno del partidismo, nutrido en gran parte por generosas fuerzas proletarias, por lo general sinceramente dispuestas a combatir el capitalismo luchando contra el nazifascismo, pero completamente subordinadas a la ideología y a la dirección política del CLN. Su tarea era mantener bloqueadas en el terreno del antifascismo burgués a esas fuerzas, desviando y apagando su potencial anticapitalista en el terreno de la guerra imperialista, alineándolas en apoyo de uno de los frentes beligerantes. El partido, por tanto, al tiempo que denunciaba la política del CLN como un trágico engaño antiproletario –dirigida a dar un traje nuevo y democrático al capitalismo de posguerra–, se esforzaba, dentro de los estrechísimos límites operativos que se le permitían, por aportar claridad política entre las fuerzas partisanas, señalando puntualmente los límites del movimiento antifascista que se había desarrollado, para desplazarlas al terreno de clase, para unificarlas con el cuerpo central del proletariado que había permanecido en los lugares de traba-

jo: esta, y no la guerrilla, era la base de la que partir para derrocar el capitalismo. Dicho sea de paso, el partido no caía en el abstraccionismo, sabía muy bien que muchos proletarios se habían echado al monte para escapar de las persecuciones, para desertar de la guerra y que no habrían podido volver tranquilamente a casa: por esto, la indicación política, y militar, que se daba era la de atrincherarse para defenderse a sí mismos y a sus familias, si era necesario, y de custodiar la experiencia y las armas para ponerlas a disposición de la clase en la ya inminente posguerra. Ni con Kesselring [comandante supremo del ejército alemán en Italia, ndr] ni con Alexander [comandante en jefe de las fuerzas angloamericanas en Italia, ndr]: ni con el ahorcador de partisanos, el masacrador de pueblos inermes bajo el emblema de la cruz gamada, pero tampoco con el representante del no menos feroz imperialismo británico, que invitaba a los partisanos, en el duro invierno del 44, a volver a casa como si eso no equivaliera a una condena a muerte.

Las mentiras, dictadas por una crasa ignorancia o por mala fe interesada, sobre el papel de los camaradas durante la Segunda Guerra Mundial, nos han acompañado desde 1944, cuando el PCI señalaba a nuestros camaradas como agentes de la Gestapo e invitaba a los partisanos a tratarnos como tales. En al menos dos ocasiones la instigación al asesinato tuvo consecuencias fatales: con Fausto Atti, en la zona de Bolonia, y Mario Acquaviva en la zona de Asti.

La nuestra, por tanto, no era una actitud de indiferentismo –quizás teñida de cobardía, como a algunos les gustaba insinuar–, sino la única actitud coherentemente comunista ante la guerra. Ningún otro, ni siquiera los anarquistas, asumió un punto de vista tan netamente clasista.²

En cualquier caso, nadie se hacía ilusiones sobre las posibilidades de que las posiciones políticas

2 – «Al juego burgués se presentaron (¿hace falta decirlo?) incluso... los temibles paladines del... revolucionarismo más “intransigente”: los anarquistas. El carácter no historicista, sino vulgarmente voluntarista de su doctrina, la particular “forma mentis” pasional, confusa, a menudo ilógica, y la superficialidad de sus análisis, llevaron a [los anarquistas] a las filas del C.L.N., codo con codo [...] con curas, mazzinianos y burgueses. [A los anarquistas] no les rozó en lo más mínimo la duda de que la guerra que combatían formara parte del grupo de las contiendas imperialistas: al adherirse al C.L.N. los “más radicales negadores de toda forma de gobierno” no sospecharon en absoluto que estaban dando su apoyo a nuevos organismos del Estado burgués que ellos “derrocan definitivamente”... en teoría, y consolidan en la práctica por todos los medios [...] Una triste némesis histórica ha querido que el primer y el último acto de la tragedia bélica (España e Italia) vieran a los anarquistas llegar a pactos (como ministros, libertadores, miembros del C.L.N.) con el capitalismo, contribuyendo a hacer verdaderamente totalitaria la derrota de la clase obrera», El proletariado y la segunda guerra mundial, artículos extraídos de *Battaglia Comunista* de noviembre de 1947 a febrero de 1948.

del partido arraigaran en la clase durante la fase terminal del fascismo y sobre la apertura de una recuperación revolucionaria en la posguerra, pero se preveía (y se esperaba) que el luto, la miseria y el descalabro económico abrirían espacios de intervención y de arraigo del partido. Contrariamente a lo que afirman algunas reconstrucciones históricas, el escenario que los “libertadores” angloamericanos abrirían fue captado en sus líneas generales:

«Esto es de todos modos seguro: que la victoria, una victoria aplastante de las potencias de la Entente [los Aliados, N.d.R.] reforzará enormemente el frente de resistencia del capitalismo mundial y restringirá las posibilidades objetivas de la revolución proletaria. La prueba de la exactitud de este análisis se encuentra en la constatación de que una parte del proletariado “siente” la guerra democrática y mira hacia ella y hacia su victoriosa conclusión como si se tratase de “su” guerra y de “su” victoria»³.

Esta valoración se vería, por desgracia, confirmada por los hechos y reiterada en repetidas ocasiones en los años inmediatamente posteriores al final del conflicto, en la prensa y en los “momentos” más altos del partido, como la conferencia de Turín de 1945 y el congreso de Florencia de 1948. De hecho, si alguna vez hubo algún camarada que esperaba la aparición de una fase revolucionaria, en la que el partido hubiera podido ejercer su papel de

guía, habría que buscarlo entre aquellos que, decepcionados por el modo en que se pondrían las cosas, poco después teorizarían el “no hay nada que hacer” y, por tanto, la eliminación del partido en cuanto instrumento político ineludible de la lucha de clases y su conversión en un núcleo de “pensadores” y de “restauradores” del marxismo. Esta actitud es una constante en la historia del movimiento obrero: la derrota saca a la luz y exaspera los puntos débiles de la teoría, sobre todo si es el marco general de la misma el que tiene bases inestables. La referencia es, obviamente, a Vercesi, exponente de primer plano de la Fracción y luego entre los principales vehículos –dentro de la organización– de las dudas, de lo “no dicho”, de los replanteamientos teóricos, en esencia, de la oposición de Bordiga a la existencia del partido, que llevaron a la ruptura de 1952. Si en la conferencia de Turín de 1945 las divergencias sobre cuestiones concretas –como la sindical– eran tales que entraban dentro de la dialéctica normal de una organización revolucionaria e incluso la hacían crecer teórica y políticamente, en Florencia, en 1948⁴, se respiraba ya un clima diferente: los camaradas tendrían que luchar contra las tendencias liquidacionistas de Vercesi y sus volteretas respecto a la cuestión sindical, típicas del futuro bordiguismo. Tendencias que, por desgracia, encontrarían su desembocadura en la escisión de 1952⁵.

3 – Esquema de programa del Partido Comunista Internacionalista, 1944.

4 – Del informe presentado por el C. E. [Comité Ejecutivo] de cara al Congreso Nacional del Partido, diciembre de 1947, en Quaderni internazionalisti, cit., p. 67:

«El partido no se hizo ni alimentó ilusiones en este sentido [la apertura de una fase revolucionaria], previó al final del conflicto la apertura de una situación histórica abiertamente reaccionaria, y se preparó para decir en ella su dura y valiente palabra tal como había sabido decirla contra todo y contra todos en plena guerra mundial».

Y Aldo Lecci, en el congreso de 1948, se expresaba así: *«Sin embargo, él [Vercesi] ha afirmado haberse equivocado en el 45 en Turín cuando creía en una reanudación del curso revolucionario, mientras que hoy le consta que en todo el mundo la clase proletaria es aliada del capitalismo y que todo lo que nosotros hacemos solo puede redundar en beneficio de uno u otro bloque imperialista [...]. En el discurso de hoy del camarada Vercesi se esconde el intento de reducir el partido a un club de superhombres, de supuestos científicos del marxismo, que se sienten superiores y desdennan entrar en contacto con la realidad en la que viven las masas [...]. Estos elementos que intentan ocultar su pesimismo detrás de nuestro supuesto optimismo vienen, políticamente inactivos, a lanzar frases grandilocuentes entre nosotros sin aportar ninguna contribución positiva a las posiciones que defendemos y propugnamos, sin refutaciones teóricas y políticas de nuestros “errores” y desviaciones. Los camaradas con los que hemos trabajado saben que nunca nos hemos ilusionado ni hemos ilusionado a nadie con posiciones y perspectivas determinadas. Siempre hemos sido duros y precisos, siempre hemos repetido a los camaradas: “reclutad con prudencia, expulsad cada vez que encontréis incompreensión política; tal vez tengamos que reducirnos aún más; la situación no permite un desarrollo del partido de clase; se trata de formar los cuadros, el armazón del partido».* (Resoconti: convegno di Torino 1945, congresso di Firenze 1948, p. 16).

5 – Para una reconstrucción detallada de la escisión de 1952, véase:

<https://www.leftcom.org/it/articles/2021-01-05/st07-la-scissione-internazionalista-del-1952>

ESQUEMA DE PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONALISTA

El presente borrador de programa se basa en el programa básico que constituyen las Tesis de Roma, elaboradas y aprobadas en el II Congreso del Partido Comunista de Italia (1922)

I. SITUACIÓN Y PERSPECTIVA

La guerra, en esta convulsa y feroz fase final, muestra, junto al declive del poder alemán, la victoriosa afirmación de las armas aliadas con una clara ventaja militar y política de los Estados Unidos y de Rusia. Se perfila así la perspectiva de una paz democrática que asegure, sobre todo a los Estados Unidos, una indiscutible hegemonía económico-financiera sobre el mundo. Esto podría significar no solo una guerra ganada, sino una paz victoriosa, es decir, una consolidación del capitalismo que habría logrado así cortar una vez más el paso al proletariado, el cual, en la crisis abierta por la guerra, había planteado la posibilidad de éxito de un movimiento revolucionario. La validez de tal hipótesis, puesto que la guerra sigue en marcha y en ella aún puede jugar lo imponderable, podría no ser confirmada plenamente por los próximos eventos, pero, en el estado actual de la crisis y con los elementos disponibles, nada hace presagiar que eso vaya a suceder. Esto, sin embargo, es seguro: que la aplastante victoria de las potencias de la Entente reforzará poderosamente el frente de resistencia del capitalismo mundial y restringirá las posibilidades objetivas de la revolución proletaria. Tenemos la comprobación de la exactitud de este análisis al constatar que una parte del proletariado "siente" la guerra democrática y la mira a ella y a su victoriosa conclusión como si se tratara de "su" guerra y de "su" victoria.

La responsabilidad histórica de esta trágica desviación de la justa línea de clase recae en los partidos socialista y centrista, que han actuado y actúan frente a la guerra no como fuerzas de derecha del proletariado, sino como reales y conscientes fuerzas de la izquierda burguesa.

II. FASCISMO Y DEMOCRACIA

El fascismo como exigencia de la sociedad burguesa y expresión orgánica de la defensa del privilegio en el plano del Estado autoritario en la fase más aguda de la crisis capitalista, es ya un episodio que interesa mucho más de cerca a los sepultureros que a la política y la historia. Pero debe constatarse que el fascismo no muere por efecto de una lucha frontal violenta llevada a cabo por el proletariado, es decir, no es barrido por una ola revolucionaria; esto significa que hay un traspaso pacífico de poder de un plano político a otro más adecuado a las nuevas necesidades surgidas de la guerra, y que las exigencias del Estado autoritario, tal como lo hemos conocido y experimentado –y que siguen siendo vivas y consistentes, como vivo y consistente es todo el capitalismo del que tales exi-

gencias se originan–, estarán en la base del Estado democrático, las mismas, con el añadido de la hipocresía y el engaño de las libertades, reservadas de hecho a quienes ostentan el poder.

Por lo tanto, resulta evidente que los términos del conflicto social no se han modificado en lo más mínimo y, sean cuales sean las fuerzas al timón del Estado, para nuestro partido defienden los intereses del capitalismo con todos los medios, los mismos utilizados por el fascismo, contra cualquier intento proletario de apoderarse del poder.

Contra el Estado democrático, la táctica del partido del proletariado no cambia: no creemos en sus elecciones ni en su constituyente, ni en su libertad de prensa, de palabra y de organización; pero el partido se valdrá de ella, como de toda concesión a la que la burguesía se vea obligada, con el único fin de fortalecerse y de estar en condiciones de golpear duro. En la actualidad, la guerra ha postrado al fascismo, pero no dejará de postrar políticamente a los partidos de tradición proletaria del Comité de Liberación Nacional, que, ligados a las fuerzas victoriosas de la guerra a las que deben sus momentáneas fortunas políticas, se ven hoy obligados a continuarla. Nuestro partido, al igual que ha estado solo al combatir la guerra del imperialismo nazifascista, estará solo al combatir la de las democracias.

III. NUESTRO PARTIDO Y RUSIA

Rusia ha dejado de ser para nuestro partido el país de la primera gran realización revolucionaria del proletariado mundial, y sigue siendo una página abierta a la investigación crítica del marxismo revolucionario, al cual se le confía hoy la tarea de identificar y poner al desnudo las razones históricas de orden económico y político que han estado en la base de la derrota del poder proletario en Rusia, y que han operado como elemento determinante en la disolución de las fuerzas políticas de la Internacional Comunista. Desde la violenta represión operada contra los auténticos revolucionarios de Kronstadt hasta la liquidación física de todas las oposiciones a la política nacionalista de Stalin, es evidente en el Estado obrero un aumento constante de este curioso y paradójico equívoco: todos operan allí para armar a la revolución contra cualquier veleidad de retorno del capitalismo, y todos, revolucionarios o no, han contribuido de hecho a armar a las milicias de la más despiadada reacción antiproletaria que debía estrangular a la revolución de Octubre y, con ella, a sus mejores combatientes. Para los marxistas, las causas de esto no deben bus-

carse en el cielo ni residen en la perversidad de algunos hombres, sino que vivían en las cosas del Estado proletario, alimentadas por la política de compromiso llevada por la economía al plano de la misma ideología imperante en la época de Lenin y de Trotsky.

En virtud de la experiencia rusa, se ha adquirido ya para la lucha del proletariado que la violencia revolucionaria es históricamente necesaria y vital solo si es ejercida por fuerzas de clase por cuyas venas circule sangre proletaria, y cuya finalidad no sea la solución de intereses genéricos, subjetivos y contingentes, aunque estén ligados a la vida de un Estado proletario, sino que esté impulsada por exigencias permanentes y fundamentales de clase, ante las cuales el Estado es solo un episodio y un simple y temporal accidente. En caso contrario, la violencia deja de ser la partera de la historia y allana el camino a los retornos de la reacción.

El partido considera que, desde la represión de Kronstadt hasta la liquidación del Partido Comunista, la violencia del Estado obrero degenerado ha sido la expresión de una voluntad directiva y de intereses económicos y políticos que ya no coinciden con la lucha del proletariado. Así, será menos difícil mañana para los partidos de la nueva Internacional definir los términos, en el plano teórico y táctico, de la política contra el compromiso.

Como conclusión afirmamos:

La dictadura del proletariado no debe en ningún caso reducirse a la dictadura de partido, incluso si se tratara del partido del proletariado, inteligencia y guía del Estado obrero.

El Estado y el Partido en el poder, en cuanto órganos de tal dictadura, llevan en germen la tendencia al compromiso con el viejo mundo, tendencia que se sustancia y se potencia, como la experiencia rusa ha enseñado, en la incapacidad temporal de la revolución en un país dado para irradiarse, uniéndose al movimiento insurreccional de otros países.

En una fase, pues, de política contemporizadora impuesta por la gradualidad del desarrollo revolucionario, los intereses de la revolución se garantizan con la presencia operante del proletariado –sobre todo de sus fuerzas más conscientes– en los órganos esenciales de la dictadura, con los cargos electivos, con el derecho de destitución de los cargos, con el libre ejercicio del sindicato obrero en tutela de los propios intereses de clase frente al Estado y a todas las estratificaciones económicas aún no socialistas: en una palabra, con el más amplio ejercicio de la democracia obrera. Si en esta fase de la dictadura de clase es anacrónica

la libre existencia de los partidos, deberá sin embargo ser libre la obra de crítica y de oposición en el ámbito del partido de la dictadura. El ejercicio de la más vasta democracia en las relaciones entre el proletariado y el partido, entre el proletariado y el Estado obrero, presupone un altísimo grado de madurez política alcanzada por el proletariado y la existencia de condiciones objetivamente suficientes para tal ejercicio en todo sector económico y social del Estado obrero.

Es implícito que es tarea del partido que ejerce la dictadura elevar tales estratificaciones atrasadas hasta el nivel de los intereses revolucionarios de clase, a través de los medios y métodos que admite la propia democracia obrera, como el libre debate, la libre expresión en las asambleas, etc.

El Estado –supervivencia burguesa de la cual el proletariado no puede dejar de servirse para eliminar los residuos de una sociedad dividida en clases, pero de la que debe apresurar su disolución– tiende tanto más a sobrevivir y a reforzarse, en lugar de languidecer, cuanto más se aísla del movimiento del proletariado internacional, pretendiendo construir en su propio ámbito el socialismo, y contraponerse como Estado obrero a los Estados burgueses en la arena mundial.

IV. LA NUEVA INTERNACIONAL

La vastedad y duración del conflicto, la profundidad y dureza de los choques ideológicos, la experiencia negativa del primer Estado proletario y de su Internacional, deben haber determinado las condiciones favorables para la creación y el fortalecimiento de organizaciones comunistas en los distintos países, que aguardan la hora de poder reunirse para sentar las bases de la nueva Internacional. Esta deberá tener en cuenta, sobre todo, sus experiencias negativas, para convertirse de hecho en el órgano de la revolución mundial comunista. Nuestro partido –que en estas últimas décadas ha sentido más que ningún otro la carencia de un órgano directivo internacional que fuera realmente guía e incentivo para la lucha del proletariado; que ha denunciado valientemente sus insuficiencias, errores, desviaciones y, finalmente, su traición; y que no ha dejado escapar ocasión para reanudar contactos entre las fuerzas de la izquierda internacional– sabrá tomar la iniciativa en el momento oportuno. Está ideológicamente preparado para esta tarea de reanudación y afirma desde hoy que la nueva Internacional:

a) deberá evitar convertirse en el instrumento del Estado obrero y de su política, sino que, consi-

derándose la más alta asamblea de los trabajadores del mundo, deberá defender los intereses de la revolución incluso frente al Estado obrero;

b) deberá evitar burocratizarse, haciendo de su centro directivo, así como de los centros periféricos, el campo de maniobra del arribismo de los funcionarios;

c) deberá evitar que la política de clase sea pensada y realizada con criterios formalistas y administrativos.

El peligro de incrustaciones oportunistas y de autoritarismo funcional podrá ser neutralizado a tiempo y eliminado solamente por una activa participación de los órganos políticos del proletariado de los diversos países en la vida política de la Internacional, y por su control vigilante sobre los hombres y los órganos al frente de los centros directivos y de responsabilidad.

V. NUESTRA TÁCTICA

Ya hemos afirmado que la táctica del partido no cambia con la aparente y formal modificación de las condiciones externas y políticas del Estado. Si el curso de la guerra no es brutalmente interrumpido o radicalmente cambiado por el colapso de algún sector como efecto de una exitosa sublevación obrera, contra la previsible experiencia democrática bajo la tutela de las victoriosas fuerzas aliadas, nuestro partido situará la lucha del proletariado en el plano de la táctica revolucionaria, que consiste en interpretar tempestivamente las situaciones desde el ángulo visual de clase, en adecuar a ellas las consignas de acción, y en armar a tiempo al proletariado con las ideas esenciales de las que se alimenta su lucha y con los medios necesarios para la consolidación de la victoria.

En la inmediata posguerra, mientras bajo la guía de los socialistas y centristas se repetirá la maniobra tan querida por la reacción democrática de desviar el empuje revolucionario para hacerlo encallar en los bajíos de las reivindicaciones parciales e inmediatas y en el compromiso –aprovechándose del inevitable desconcierto político, económico y moral que se abatirá sobre todos los órganos del Estado y sobre el espíritu de las masas, y de la incapacidad de la clase dirigente responsable de la guerra para organizar la paz en el sentido de resolver los enormes problemas puestos sobre la mesa por la guerra–, nuestro partido adecuará su táctica a la maduración de condiciones objetivas favorables y conducirá la lucha en el cauce de la tradición revolucionaria para servir en realidad de guía, y no ir a remolque de los próximos

acontecimientos. Es por ello obvio que los expedientes tácticos de la democracia serán arrojados entre los trastos viejos de la política tan pronto como el partido considere que la situación se precipita hacia una solución revolucionaria.

Y puesto que nuestra línea política no estará influenciada ni por sugerencias idealistas ni por las teóricas de la espontaneidad, esto permitirá que la voluntad de lucha del partido coincida con la voluntad de las grandes masas, cuando estas expresen en síntesis la urgencia de una necesidad realizadora en el sentido del ataque revolucionario para la conquista del poder.

Pero no habrá una conquista seria del poder si el partido no ha conquistado primero la influencia sobre las grandes masas del proletariado. Con este fin el partido define así sus propias tareas:

a) las masas no se conquistan cuándo y cómo se quiere, si condiciones objetivas no las agitan; de nada valen sobre ellas las acrobacias maniobreras de los partidos que quisieran influenciarlas y hacerlas saltar al toque de varitas mágicas;

b) el espíritu combativo de las masas, cuando se enciende a la lucha, marca como en un diagrama el proceso de inestabilidad y de crisis que impregna el aparato productivo del capitalismo, sus mercados y el complejo de su organización política. En este momento, el partido puede operar su inserción en la lucha, ser uno de sus elementos determinantes, atraer a su órbita a las masas y potenciar unitariamente sus energías para dirigir las hacia la consecución de determinados objetivos;

c) el éxito de tal maniobra es posible en la medida en que el partido haya sabido crear en el seno de las masas organismos permanentes de propaganda, de proselitismo y de agitación; en la medida en que haya sabido conquistar la confianza, con la adherencia constante a la vida y a las luchas del proletariado y a sus exigencias de clase; y en la medida, por fin, en que haya demostrado no haber engañado con agitaciones intempestivas y no sentidas, con la gimnasia en el vacío de la huelga por la huelga, o de la huelga con fines aberrantes respecto al espíritu y a los intereses de clase;

d) nuestro partido, que no subestima la influencia de los otros partidos de tradición obrera y la importancia de dicha influencia sobre las masas, se hace defensor del “frente único”, manifestación orgánica de la unidad proletaria al margen de los partidos, esencial para los fines de la lucha y de la victoria, escenario natural y libre para el conflicto de las opues-

tas corrientes políticas, en el que nuestro partido jugará su papel preeminente como guía de la mayoría del proletariado, porque es su intérprete fiel, porque representa sus intereses fundamentales y porque, sobre todo, ha demostrado ser su única y segura guía para la lucha revolucionaria.

VI. EL PROBLEMA SINDICAL

En el estado actual, el problema sindical es inexistente y los residuos de las viejas organizaciones sindicales con vida clandestina han demostrado servir más como peón para agitaciones políticas ligadas a la guerra que como auténticos órganos de la lucha obrera.

La reanudación sindical, que se producirá con el fin de la guerra, se resentirá de sus peripecias políticas y verá poderosamente reforzado el tradicional predominio socialdemócrata sobre los sindicatos, haciendo más autoritaria a su burocracia. A pesar de tales perspectivas, nuestro partido agitará tan pronto como sea posible el problema de la reorganización unitaria del movimiento obrero, reconstituirá la red de sus fracciones sindicales desde el grupo comunista de fábrica (compuesto de comunistas y de obreros sin partido), hasta el Comité Sindical Nacional Comunista: y si lo considera necesario se hará iniciador de un "Frente de las Izquierdas Sindicales" para derrocar a los jefes de la Confederación del Trabajo.

Mientras tanto, el partido concentrará su atención y su trabajo en el vínculo sistemático con las fábricas con el objetivo de formar no solo un aparato interno, sino también una red para la maniobra de las grandes masas.

VII. EL TRABAJO ENTRE LOS CAMPESINOS

Esta guerra, a semejanza de la anterior, y ciertamente en proporciones mayores, debe haber profundizado en los campesinos la ruptura con el mundo de las tradiciones seculares y de la servidumbre económica y política, y debe haber actuado como una piqueta demoledora, por un lado, contra los obsoletos y estrechos sistemas de gestión agrícola y, por otro, contra el predominio de las camarillas parásitas del esclavismo agrario. La distancia entre la población rural y la urbana ha ido atenuándose y muchas incomprendimientos y más de una diferencia han desaparecido; acercadas, hermanadas casi por los sufrimientos físicos y por las coacciones morales y políticas impuestas con la violencia por una dictadura sin escrúpulos y por una guerra feroz.

Si el campesino, que piensa con lentitud pero con una lógica clara y profunda, hubiera llegado tras tantas experiencias a percibir el vínculo de corresponsabilidad que existe entre el dueño de la tierra que él trabaja y las fuerzas políticas que quisieron esta guerra de exterminio, se habría dado un gran paso hacia la revolución.

Nuestros campos, que la guerra habría debido transformar empujándolos, como en parte ha hecho, hacia grados más altos de evolución económica, en el quinto año de guerra se encuentran pavorosamente empobrecidos de brazos y de reservas por los saqueos sistemáticos de los beligerantes, enemigos y amigos, atrapados entre los halagos efímeros del mercado negro y la devaluación monetaria, que anula su sacrificio, y bajo el tormento de la intervención monopolística y depredadora del Estado. No dudamos de que tales vicisitudes hayan creado en el espíritu de las masas campesinas aversiones y odio contra un régimen económico y político que la experiencia ha demostrado insensato y criminal.

La posguerra se presenta, por tanto, rica en promesas revolucionarias también en este sector en el cual el proletariado industrial había encontrado hasta ayer una sorda y tenaz oposición al esfuerzo común de emancipación. Nuestro partido siempre ha reconocido el papel que el campesinado, sobre todo el pobre, está destinado a tener en la revolución italiana, y pone desde ahora en el orden del día el problema de los campesinos, haciendo suyo el programa definido en el II Congreso del Partido Comunista Italiano, un programa siempre vivo y actual tanto como planteamiento táctico en la fase que precede a la conquista del poder, como dirección concreta y constructiva en la primera y difícil fase de realización de una economía socialista.

Desde el punto de vista práctico, el partido cuenta con la reorganización de los Sindicatos de los asalariados agrícolas y de las ligas de los aparceros y de los pequeños arrendatarios, y, para los pequeños propietarios, con la organización de una asociación de defensa de sus intereses económicos.

*El Comité Central del Partido Comunista
Internacionalista*

Septiembre de 1944

(Presentado por el CC en el mes de noviembre posterior).

Correspondencia con el compañero

A PROPÓSITO DEL “MANIFIESTO”

El trabajo en nuestro “Manifiesto” se convirtió en un paso importante en la autodeterminación política del grupo y, como esperábamos, suscitó una viva respuesta entre los compañeros. Siempre hemos estado convencidos de que el marxismo no es un dogma anquilosado, sino una guía para la acción, que exige una constante contrastación de la teoría con la práctica viva y un debate de compañeros abierto e intransigente. Precisamente por eso inauguramos la nueva sección “Correspondencia con el compañero”, en la que publicaremos nuestras respuestas a las preguntas, críticas y comentarios de los lectores. En la primera entrega de esta sección, analizamos los nudos teóricos más importantes abordados en las respuestas al “Manifiesto”: la dialéctica de la destrucción del Estado burgués y la extinción del semiestado proletario; la falsedad de la contraposición metafísica entre la lucha económica y la política; la valoración histórica del estalinismo como contrarrevolución burguesa consumada y del trotskismo como una corriente que no superó el centrismo; así como las raíces materiales de la pasividad del proletariado contemporáneo en las metrópolis imperialistas. Esta polémica no es un ejercicio académico, sino nuestra contribución necesaria a la labor de preparación de los cimientos ideológicos y políticos del futuro partido comunista mundial.

Nuestro “Manifiesto” no se quedó sin respuesta. Apenas lo enviamos para que nuestros simpatizantes lo leyeran, recibimos inmediatamente varias cartas con comentarios y preguntas.

Este mero hecho ya indica que en las entrañas de nuestra clase recorre el fantasma del comunismo, que existe una necesidad de comprender teóricamente la historia y la actualidad de la lucha de clases, así como el deseo de definir las tareas de la vanguardia del proletariado. Precisamente por eso, ya desde el primer número de nuestra revista, inauguramos la sección “Correspondencia con el compañero”, en la que nos proponemos entablar un diálogo tanto con las organizaciones revolucionarias proletarias como con compañeros de clase a título individual.

Un compañero escribe:

«Para empezar, destacaré la claridad de la postura sobre algunas cuestiones (la visión del estado de la clase obrera, la actitud hacia el trotskismo, el estalinismo y otras corrientes, el desarrollo de las relaciones internacionales, el desarrollo de la lucha de clases, etc.). Esto es, en general, lo que uno espera de un manifiesto como tal, pero por mi propia experiencia diré que ni mucho menos todos consideran necesario demostrarla (no se atreven o no sé qué otra cosa)».

En la carta de otro compañero leemos:

«Ustedes deducen su continuidad directamente del “Manifiesto del Partido Comunista”. Pero este fue escrito hace más de 150 años. ¿Acaso en todo este tiempo no ha habido ningún desarrollo de la teoría comunista? ¿Hay que tirar a la basura y olvidar todos estos 150 años? Precisamente esta es la conclusión que se desprende del primer párrafo. Creo que hay que mencionar, al menos brevemente, los principales hitos del desarrollo del marxismo después de Marx, así como su desarrollo por el propio Marx. El “Manifiesto” es sólo la primera etapa, el cimiento de la posterior construcción teórica. Es imprescindible nombrar tanto “El Capital” como “El imperialismo...” de Lenin».

Por supuesto, en los 150 años posteriores a la publicación del “Manifiesto del Partido Comunista”, la teoría marxista se ha desarrollado, y nosotros no llamamos a «tirar a la basura y olvidar» todo este desarrollo: esa conclusión no se desprende en absoluto. Sólo queremos demostrar que 1) los objetivos finales del movimiento comunista y obrero declarados en el “Manifiesto” son *más actuales* para nuestra época que para la época de sus autores; 2) que precisamente nuestro grupo comparte estos objetivos.

En este prefacio, necesariamente breve, de un documento *programático* no debe haber nada más. Además, “El Capital” de Marx y “El imperialismo...” de Lenin no son documentos *programáticos* con los que deba establecerse la continuidad de nuestro propio documento *programático*. Sin duda, son hitos en el desarrollo de la teoría marxista y de la ciencia en general, obras fundamentales de suma importancia cuyo análisis compartimos, pero este análisis tiene un carácter *económico*, es decir, *ayuda* a extraer conclusiones *políticas* y *programáticas*, las fundamenta, pero en sí mismo no contiene declaraciones sobre objetivos estratégicos.



Ambos compañeros abordaron la cuestión de la relación entre el marxismo y el Estado.

El primero escribe:

«Hemos dicho más de una vez, remitiéndonos a “El Estado y la revolución”, que, a diferencia de los anarquistas, consideramos que el Estado debe extinguirse, y no que deba ser destruido, y que, en consecuencia, la tarea consiste en destruir las condiciones que hacen necesario al Estado, y no al Estado mismo».

El segundo compañero afirma:

«Del hecho de que “a la propiedad privada moderna le corresponde el Estado moderno” no se deduce en absoluto que la destrucción de la propiedad privada exija la destrucción del Estado. Es más, si partimos de Marx y Engels, la dependencia es a la inversa. La propiedad privada apareció antes que el Estado y fue una condición necesaria para su surgimiento. De ahí que el Estado, como fenómeno, sea imposible de destruir sin destruir la propiedad privada y la división del trabajo. Si ustedes no se refieren al Estado en general, sino al Estado burgués, entonces hay que expresarlo con mayor claridad. Que el primer paso hacia la destrucción de la propiedad privada (y de la división del trabajo) es la destrucción del Estado burgués y su sustitución por un semiestado proletario en proceso de extinción».

Así es, nuestro manifiesto se refiere precisamente a la destrucción del Estado moderno, es decir, el burgués. Esto queda claro por el contexto. En la segunda oración, el adjetivo “moderno” en relación con la propiedad privada y el Estado no se aplica por razones puramente estilísticas, para no sobrecargar el texto, ya que por la oración anterior queda claro a qué propiedad privada y a qué Estado nos referimos.

Por lo tanto, en el contexto es fácil trazar la cadena lógica: “el objetivo de los comunistas es la destrucción de la propiedad privada” & “a la propiedad privada moderna le corresponde el Estado moderno” => “en opinión de los comunistas, la destrucción de la propiedad privada moderna exige/presupone/implica la destrucción del Estado moderno”.

Al mismo tiempo, no se trata de una “destrucción” abstracta. Como escribió Marx en la “Crítica del Programa de Gotha”: *«Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista media el período de la transformación revolucionaria de la primera en la segunda. A este período corresponde también un período político de transición, cuyo Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado»*¹. La máquina del Estado burgués no puede simplemente tomarse tal como está ni abolirse en abstracto: es necesario romperla, hacerla añicos, sustituyéndola por un *semiestado* proletario que comenzará a extinguirse a medida que desaparezcan los antagonismos de clase.

1 - Marx, K. Crítica al Programa de Gotha / Karl Marx // Marxists Internet Archive. – URL: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gotha/critica-al-programa-de-gotha.htm>

Este mismo compañero escribe:

«Creo que la tesis "Comunismo o barbarie" es mejor sustituirla por la tesis "Comunismo o muerte", porque el estado actual del capitalismo amenaza no sólo la existencia de la civilización, sino la existencia de la propia humanidad».

Utilizamos la fórmula "Comunismo o barbarie" por varias razones:

1) como referencia a la tradición del ala revolucionaria del marxismo en la figura de Rosa Luxemburgo, quien en su obra *"La crisis de la socialdemocracia"* (también conocida como el *Folleto Junius*) popularizó la afirmación de Engels, quien, según ella, formuló así la disyuntiva a la que se enfrenta la humanidad:

«Federico Engels dijo una vez: la sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la barbarie».

Naturalmente, en lugar del término "socialismo" hemos utilizado "comunismo", ya que, a diferencia de las épocas de Engels y Luxemburgo, en nuestros días estas corrientes están definitivamente separadas y son hostiles entre sí.

2) nos parece que no hay motivos para sustituir "barbarie" por "muerte", ya que la "muerte" es sólo un escenario hipotético y además sumamente improbable (teniendo en cuenta la "flexibilidad" del capitalismo y la falta de *interés* objetivo de la clase dominante, la burguesía, en la destrucción de la humanidad), mientras que podemos observar la "barbarie" en este preciso momento. Al mismo tiempo, no podemos en modo alguno excluir la posibilidad de que la humanidad pueda ser aniquilada en guerras imperialistas *en contra* de la voluntad de la burguesía.

Y volvemos a citar la carta de este mismo compañero:

«Se cita con mucho acierto a Marx sobre la necesidad del movimiento práctico comunista. Sí, este movimiento práctico debe ser encabezado por el partido comunista mundial. Sí, en la actualidad no existe tal partido. Pero la creación de ese partido no es la tarea práctica inmediata de la organización. Con esto se desvían hacia el idealismo. Los partidos no se crean por la voluntad (el capricho, el deseo) de sujetos individuales. Para su surgimiento es necesaria una suma de causas objetivas y subjetivas».

Estamos totalmente de acuerdo. Es más, en el manifiesto subrayamos que *«consideramos nuestra actividad como parte del movimiento práctico hacia el comunismo, como una lucha por la creación del partido [comunista mundial], y nuestro manifiesto como sólo uno de los pasos necesarios en el camino hacia su creación».*

Es decir, se trata del proceso de creación de este partido, en el que ya estamos participando, junto con otros representantes de la vanguardia proletaria. Los plazos de este proceso están directamente vinculados a las condiciones objetivas, y su maduración no depende de nuestra voluntad subjetiva. Somos adversarios por principio de cualquier manifestación de voluntarismo.

El compañero afirma:

«El párrafo sobre el deslinde con las tendencias economicistas y “obreristas” no está expuesto con claridad».

“

Consideramos que en un documento *programático* no hay necesidad de explicar el sentido de las tendencias economicistas y obreristas; basta con declarar simplemente que no pertenecemos a ellas, y esto está dicho de forma clara e inequívoca.

Continuemos citando a este mismo compañero:

«Sí, la lucha de clases es siempre, por su contenido, una lucha política, incluso en los casos en que se desarrolla bajo formas económicas. Por lo tanto, la separación formal entre la lucha económica y la política es enredar la cuestión; se requiere distinguir (y no confundir) claramente la forma y el contenido. La tarea de los comunistas no es contraponer la forma económica de la lucha de clases a su contenido político (esto no solo es estúpido, sino imposible), sino demostrar constantemente que la forma económica es la forma embrionaria de la lucha de clases, la cual debe desarrollarse hasta su forma política suprema (la revolucionaria)».

”

No podemos estar de acuerdo con que

1) *«la lucha de clases es siempre, por su contenido, una lucha política»*

La lucha de clases puede comenzar bajo una forma económica e incluso tener un contenido económico. Esto puede prolongarse durante años y décadas. Es más, no toda lucha de clases política es una lucha revolucionaria del proletariado contra el capitalismo.

Al constatar esto, rechazamos categóricamente la separación metafísica y no dialéctica entre la lucha económica y la política. Como señalaba Marx en su carta a F. Bolte (1871): *«[...] todo movimiento en el que la clase obrera actúa como clase contra las clases dominantes y trata de forzarlas “presionando desde fuera”, es un movimiento político. [...] de los movimientos económicos separados de los obreros nace en todas partes un movimiento político, es decir, un movimiento de la clase, cuyo objeto es que se dé satisfacción a sus intereses en forma general, es decir, en forma que sea compulsoria para toda la sociedad. Si bien es cierto que estos movimientos presuponen cierta organización previa, no es menos cierto que representan un medio para desarrollar esta organización»*². En efecto, cualquier gran huelga económica enfrenta inevitablemente a los obreros con la maquinaria estatal de la burguesía –con la policía, los tribunales, las leyes– adquiriendo así objetivamente un carácter político. Separar la economía de la política y afirmar que la lucha económica no puede madurar hasta convertirse en política significa caer en el mismo

2 - Marx, K. Carta a F. Bolte (23 de noviembre de 1871) / Karl Marx // Marxists Internet Archive. – URL: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/cartas/m23-11-71.htm>

“economicismo” oportunista que Lenin demolió de forma implacable en su obra “¿Qué hacer?”. La tarea de la vanguardia no es negar el potencial político de la lucha económica, sino, al participar en ella, transformar las chispas de descontento por la situación económica en la llama de una lucha revolucionaria consciente contra el poder del capital.

Pero sí podemos estar de acuerdo en que

2) *«la separación formal entre la lucha económica y la política es enredar la cuestión».*

Por eso instamos a que esta separación no sea formal, es decir, metafísica, sino concreta, es decir, dialéctica. La primera puede desarrollarse hasta convertirse en la segunda, pero esto es imposible sin la intervención de la vanguardia proletaria: la conciencia materializada de nuestra clase. Y esta intervención es imposible sin la tercera forma de la lucha de clases, que ya destacaba Engels. Creemos que el lector comprende que se trata de la lucha teórica, que para nosotros es precisamente la más actual en estos momentos.

Sobre esto escribió Lenin en “¿Qué hacer?”:

«Engels reconoce tres formas de la gran lucha de la socialdemocracia, y no dos (la política y la económica) –como es usual entre nosotros–, colocando también a su lado la lucha teórica»³.

No se puede estar de acuerdo con que

3) *«La tarea de los comunistas no es contraponer la forma económica de la lucha de clases a su contenido político (esto no solo es estúpido, sino imposible)»*

La forma económica de lucha no puede tener un contenido político por pura definición, de lo contrario se la llamaría política. Al contenido político le corresponde la forma política de lucha, y al contenido económico, la forma económica. En muchos casos (si no en la inmensa mayoría), las reivindicaciones económicas (aumento de salario, reducción de la jornada laboral, mejora de las condiciones de trabajo, etc.) pueden no rozar en absoluto las cuestiones de la política.

El compañero escribe:

4) «la forma económica es la forma embrionaria de la lucha de clases, la cual debe desarrollarse hasta su forma política suprema (la revolucionaria)».

Esto es cierto, pero requiere matizaciones. Ni mucho menos todos los casos de lucha económica pueden siquiera en *principio* desarrollarse hasta convertirse en lucha política, y mucho menos siempre. Además, la forma de lucha política y la revolucionaria no son en absoluto sinónimos. La forma política también puede ser *primitiva* y estar muy lejos de su forma suprema, la revolucionaria; en este caso, los obreros no solo no se levantan contra “su” burguesía y Estado, sino que incluso les son leales y apelan a sus propias leyes, “valores” e incluso a su simbología, sin comprender a los intereses de quién responden esas mismas leyes, “valores” y simbología (un ejemplo es Rusia en las décadas de 1990 y 2010).

3 - Lenin V. I. Obras Completas. Moscú: Editorial Progreso, 1981. T. 6. P. 27.

¿Es la lucha política la forma suprema de la lucha de clases? Indudablemente, sí. ¿Significa esto que *cualquier* lucha de clases puede desarrollarse hasta ser política y, más aún, revolucionaria? Indudablemente, no. Simplemente, diferentes formas pueden *coexistir* una al lado de la otra (cronológica y/o geográficamente) *sin desarrollarse* ni influenciarse mutuamente.

Al mismo tiempo, sólo en el caso de la introducción de la conciencia comunista (por parte de la vanguardia de la clase) en la lucha de clases del proletariado, la lucha política puede tener la oportunidad de madurar hasta convertirse en revolucionaria. En caso contrario, incluso habiendo alcanzado el nivel político, la lucha de la clase seguirá orbitando en torno a los intereses de alguna de las fracciones de la burguesía.

A este respecto, Lenin en el folleto "¿Qué hacer?" cita extensamente a K. Kautsky, que en aquel momento todavía era marxista:

«[...] *la conciencia socialista aparece como el resultado **necesario e inmediato** de la lucha de clase del proletariado. Eso **es falso a todas luces**. Por supuesto, el socialismo, como doctrina, tiene sus raíces en las relaciones económicas actuales, exactamente igual que la lucha de clase del proletariado; y lo mismo que esta última, dimana de la lucha contra la pobreza y la miseria de las masas, pobreza y miseria que el capitalismo engendra. Pero el socialismo y la lucha de clases **surgen juntos, aunque de premisas diferentes; no se derivan el uno de la otra**. La conciencia socialista moderna sólo puede surgir de profundos conocimientos científicos. En efecto, la ciencia económica contemporánea es premisa de la producción socialista en el mismo grado que, pongamos por caso, la técnica moderna; y el proletariado, por mucho que lo desee, no puede crear ni la una ni la otra; de la ciencia no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa [...]: es del cerebro de algunos miembros de este sector de donde ha surgido el socialismo moderno, y han sido ellos quienes lo han transmitido a los proletarios destacados por su desarrollo intelectual, los cuales lo introducen luego en la lucha de clase del proletariado, allí donde las condiciones lo permiten. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera (von außen Hineingetragenes) en la lucha de clase del proletariado, y no algo que ha surgido espontáneamente (urwüchsig) dentro de ella. De acuerdo con esto, ya el viejo programa de Heinfeld decía, con toda razón, que es **tarea de la socialdemocracia introducir en el proletariado la conciencia (literalmente: llenar al proletariado de ella) de su situación y de su misión. No habría necesidad de hacerlo si esta conciencia derivara automáticamente de la lucha de clases**»⁴.*

Al aducir esta cita, somos conscientes de que nos aguarda un debate ineludible con los partidarios de diversas corrientes obreristas y espontaneístas. Nos anticiparemos.

Ante todo, para comprender correctamente el pensamiento de Lenin que acabamos de citar, debe situarse en el contexto de las *condiciones históricas concretas* de la época, cuando estaba muy extendida en el medio obrero ruso la corriente de los economicistas, quienes consideraban que el proletariado debía limitarse a la lucha económica, dejando la lucha política a los liberales. También había quienes creían que el propio desarrollo del movimiento obrero contribuiría *espontáneamente* al crecimiento de la conciencia política de

4 - Ibid. P. 41-42.

clase del proletariado. Lenin, en su lucha contra estas corrientes, señala las tareas del partido proletario en ese contexto histórico concreto: desarrollar la conciencia política del proletariado, sacarlo de los estrechos límites de la lucha contra la burguesía en la fábrica, explicar que la burguesía no es un bloque homogéneo, sino que está escindida en fracciones entre las cuales hay pugnas, y que en las condiciones de la Rusia de entonces existía además una aristocracia terrateniente feudal, así como amplios sectores pequeñoburgueses; todos ellos tienen sus intereses particulares, que pueden converger, pero nunca serán comunes y únicos; el proletariado debe saber esto y utilizarlo en su lucha. De este modo, desde el punto de vista de Lenin, *"introducir la conciencia desde fuera"* significa introducirla desde fuera de la fábrica, desde fuera de las relaciones entre el fabricante y el trabajador asalariado, abrir los ojos al trabajador a toda la amplitud de la vida social, a su diversidad y sus contradicciones, y contribuir con ello a la transformación del proletariado de una "clase en sí" a una "clase para sí", a una clase que lucha conscientemente contra la propiedad privada.

A propósito del apartado "Método", el compañero escribe:

«Parece que esta sección debería fundamentarse en las "Tres fuentes..." de Lenin. Es decir, partir de la primacía de la filosofía y la economía política, gracias a las cuales el socialismo pasó de ser una utopía a ser una ciencia».

Consideramos que aquí, como en muchos otros lugares, basta simplemente con declarar la pertenencia a la escuela marxista para deslindarse de entrada de otras corrientes socialistas. Probablemente estaría fuera de lugar en un documento programático detallar extensamente las ventajas del marxismo sobre otras vertientes del pensamiento revolucionario. Ello resultaría inevitablemente superficial y, por consiguiente, poco convincente.

Otro compañero llama la atención sobre otra idea de nuestro **"Manifiesto"**: *«sabemos con certeza que las teorías que predicen el colapso "automático" del capitalismo o que señalan sus límites "objetivos" concretos son anticientíficas».*

Y comenta: *«El hecho de que se ponga énfasis en esto, repito, da una idea bastante clara de la postura, pero tal vez convendría explicar con más detalle por qué "sabemos con certeza" esto. Si vale la pena hacerlo en el manifiesto, no lo sé, después de todo es un documento más bien esquemático por su propia naturaleza».*

Sí, en el "Manifiesto" sólo hemos declarado nuestras posturas de forma esquemática. En el futuro, volveremos a esta cuestión en nuestras publicaciones.

La idea expuesta en el “Manifiesto” de que en las crisis catastróficas de superproducción se destruyen fuerzas productivas con una frecuencia cada vez mayor llevó a este mismo compañero a escribir:

«Si miramos al siglo XX, no se aprecia una tendencia clara a un aumento de la frecuencia de las crisis de superproducción, e incluso yo no calificaría ni mucho menos de catastróficas a todas ellas... Y en el siglo XXI, por ahora se han producido con poca frecuencia, si lo comparamos con el XX. Da la sensación de que se refieren a algo distinto de lo que yo pienso».

Aquí hablamos de que en nuestra época del capitalismo desarrollado, es decir, monopolista, con unas fuerzas productivas que son incomparablemente mayores que en sus etapas anteriores, estas crisis se han vuelto mucho más frecuentes y de mayor magnitud que en la época de su “juventud”. Además, en los medios de comunicación burgueses, por regla general, no se las analiza como tales. Por no hablar de que en algunos sectores, como la industria textil o el sector inmobiliario, se han vuelto *permanentes*, cosa que no ocurría en la época del capitalismo incipiente. En el siglo XXI, hemos podido observar ejemplos característicos de este tipo de crisis, prolongadas durante años, durante la “Gran Recesión” de la década de los 2000, cuando en EE. UU. se vaciaban las viviendas mientras cientos de miles de personas se quedaban sin techo; en pleno apogeo de la pandemia de COVID-19, cuando las empresas farmacéuticas destruían millones de test de coronavirus al caer drásticamente la demanda, en lugar de repartirlos o almacenarlos hasta que esta se recuperase. ¿Fueron estas crisis “catastróficas” no en el sentido de fatales para el sistema capitalista, sino en el sentido de monstruosas desde el punto de vista de la magnitud de las pérdidas humanas de nuestra clase (en forma de muertes, pérdida de la salud, vidas truncadas, familias desestructuradas, etc.) y de la pérdida de las fuerzas productivas de la humanidad? Nosotros consideramos que sí.

Citemos el “**Manifiesto**”:

«Esta ola revolucionaria sin precedentes fue barrida por una contrarrevolución de una fuerza colosal. Durante las décadas de 1920 y 1930, el estalinismo...»

Y el posterior comentario del compañero: *«Aquí (y no solo aquí, me limitaré a esta cita) se califica al estalinismo de contrarrevolución. Esta es, a mi juicio, una de las piedras angulares de nuestra postura, por lo que creo que convendría matizar por qué es exactamente así. Normalmente, después de estas palabras viene la acusación de trotskismo. Más abajo en el texto se expone la postura también respecto a Trotsky (lo cual es muy acertado), pero me temo que, en primer lugar, parte de los lectores potenciales simplemente se eche atrás y no termine de leer el manifiesto, y en segundo lugar, no es lo suficientemente concreto en la cuestión de la actitud hacia el estalinismo».*

Pese a todo, creemos que en un documento programático basta con la declaración de las posturas. Más aún tratándose de un tema que en verdad es sumamente importante, y que se abordará en más de una ocasión en nuestras publicaciones. Y en cuanto a que *«parte de los lectores potenciales simplemente se eche atrás y no termine de leer el manifiesto»*: es posible que así sea, pero ese tipo de "inconvenientes" puede darse con cualquier documento e incluso con cualquier texto literario.

Otra cita del **"Manifiesto"**:

«por primera vez convirtió a la clase obrera en sujeto de las relaciones internacionales»

Comentario del compañero: *«¿Se puede llamar a los que participaron directamente en las relaciones internacionales la clase obrera, y no sus representantes o los portavoces de su voluntad?»*

“

Este punto nos remite al debate sobre las relaciones entre clase y partido, y entre el partido y sus dirigentes, que nuestra escuela ha mantenido con otras corrientes revolucionarias. Con toda seguridad, volveremos a él en nuestros materiales, pero aquí sólo señalaremos que cuando hablamos de sujetos de las relaciones internacionales, no nos referimos a personas concretas: incluso desde el punto de vista de las escuelas burguesas más rigurosas, los sujetos de las relaciones internacionales no son los individuos, sino los *Estados*, y el marxismo está de acuerdo con esto, pero considera que es *insuficiente*: va más allá y plantea la pregunta: *¿qué clase dirige el Estado?* Y llega a la conclusión de que los *verdaderos sujetos de las relaciones internacionales son las clases dominantes*, que utilizan sus *Estados* (y otras fuerzas organizadas) para proyectar sus intereses. Por tanto, desde el punto de vista del marxismo, es del todo correcto afirmar que si la clase obrera se convierte en la clase dominante, se convierte también en el sujeto de las relaciones internacionales.

El compañero escribe:

«Yo diría sujeto de la geopolítica, y no de las relaciones internacionales».

”

De manera consciente evitamos utilizar el término "geopolítica", a diferencia de organizaciones como Lotta Comunista, ya que recordamos perfectamente que este término describe un enfoque anticientífico para la descripción de las relaciones entre las naciones y los Estados, fundamentado en una concepción materialista vulgar sobre el papel determinante de las condiciones físico-geográficas en la vida de la sociedad humana, que en algunos casos se complementa con conceptos biologizantes tales como el racismo, el darwinismo social y el malthusianismo.

Otra cita del **"Manifiesto"**:

«La ola contrarrevolucionaria y las décadas de dominación burguesa que

la siguieron engendraron no solo a los monstruos de la reacción capitalista, sino también a muchas de las ideologías más o menos influyentes del falso socialismo: el estalinismo, el maoísmo, el castrismo y el guevarismo, el juche, el chavismo, etc. Todas ellas nacieron en su momento como ideologías burguesas de un “desarrollo acelerado para recuperar el atraso”, destinadas a acompañar la centralización y la aceleración del desarrollo capitalista de los respectivos países atrasados».

Comentario del compañero: *«La centralización y la aceleración del desarrollo capitalista crean las condiciones objetivas para la lucha de clases, y ya en “El Imperialismo Unitario” se celebraban tales movimientos en los países del Tercer Mundo. Y aunque yo, a decir verdad, veo con gran escepticismo el optimismo de LC en este punto (ya que incluso entonces, por la historia, quedaba claro que esto suele conducir a asfixiar al proletariado en esta lucha), esto sigue estando en consonancia con el marxismo. Otra cosa es que estas ideologías pasaron de ser de liberación nacional a ser de esclavización nacional. El núcleo de la cita se entiende, por supuesto, pero creo que podría dar lugar a una interpretación ambigua».*

En este caso no se trata de si nosotros «celebramos» o no estos movimientos e ideologías históricas, sino de que 1) nos deslindamos de los partidarios actuales de estas ideologías, que hoy en día no solo sirven a los intereses de unas u otras fracciones de la burguesía, sino que además desacreditan al marxismo y al comunismo; 2) mostramos qué lugar les asigna la escuela marxista, a diferencia de toda clase de pseudocomunistas.

No en vano en nuestro manifiesto citamos tan extensamente las tesis fundamentales de Lenin en el II Congreso de la Komintern, ya que proporcionan la clave sobre cómo se debe abordar este problema en general, incluyendo estos casos.

En el caso de los movimientos de falso socialismo, se puede afirmar que no sólo expresaron desde un principio intereses imperialistas (el estalinismo) o se adhirieron a uno de los bloques imperialistas, a saber, al bloque de la URSS (como todos los demás; el maoísmo cambió posteriormente su orientación y se alineó con EE. UU.), sino que algunos de ellos libraron una lucha directa por el exterminio del movimiento marxista y lograron su objetivo en este aspecto (estalinismo, maoísmo).

Por supuesto, una parte de estos movimientos y sus respectivas ideologías pudo desempeñar en cierta medida un papel revolucionario-nacional, pero en términos generales esta no fue en absoluto su característica principal, por la cual los marxistas pudieran “celebrarlos” (así, el estalinismo, que surgió en Rusia, país que no pertenece al “Tercer Mundo”, desempeñó en parte un papel revolucionario-nacional en los países atrasados de Asia Central bajo su control, pero esto no tiene punto de comparación con el colosal daño que infligió a la clase obrera a escala mundial).

Otra cita del *"Manifiesto"*:

«La más célebre de tales corrientes es el trotskismo, que en la actualidad ni siquiera cuenta con una teoría unificada y ha degenerado hasta el nivel de ideologías pequeñoburguesas».

Comentario del compañero: *«Como he dicho antes, el hecho de dejar clara la actitud hacia el trotskismo es importante, pero aquí se ha colado una contradicción. Primero se afirma que el trotskismo es una corriente, y luego que esta corriente no posee una teoría unificada y, por consiguiente, no es íntegra. Y al final, que la corriente del trotskismo ha degenerado. No discuto el hecho en sí, pero si el trotskismo no tiene una teoría unificada, ¿se puede hablar del trotskismo como una sola corriente y no como de varias? ¿Y cuáles de ellas han degenerado? En general, no deja de sorprenderme lo diferentes que son las personas que se autodenominan trotskistas. A veces no entiendo qué relación tienen en absoluto con Trotsky».*

Nosotros abordamos esta cuestión desde una perspectiva histórica, en su desarrollo, comprendiendo al mismo tiempo que *cualquier* corriente en la sociedad solo puede considerarse unificada de un modo *relativo*, hasta cierto punto: en sus orígenes, en efecto, se puede considerar al trotskismo convencionalmente como una corriente unificada, surgida sobre la base de las ideas de Trotsky en Rusia y luego en varios otros países, y que en un primer momento se apoyó en los cuadros que se agruparon en torno al propio Trotsky. Con el tiempo, esta unidad convencional se disgregó, pero, a nuestro modo de ver, todas estas corrientes pueden considerarse trotskistas, partiendo de su continuidad, si no organizativa, como mínimo ideológica con el trotskismo original, que se expresa en la aceptación de 1) la concepción del Estado obrero degenerado; 2) la teoría de la revolución permanente de Trotsky; 3) algunas de las interpretaciones históricas de Trotsky vinculadas a la historia del partido, la Revolución Rusa y la contrarrevolución.

Otro compañero escribe: *«Discrepo radicalmente con poner a Trotsky en un lugar aparte, en el fondo no traspasó los límites del estalinismo».*

Nosotros consideramos que Trotsky sí que traspasó los límites del estalinismo. Los principios fundamentales del estalinismo, que lo distinguen, sobre los que se sustenta literalmente todo su edificio y sin los cuales este se derrumbaría por completo, son las afirmaciones de que 1) en la década de 1930 en la URSS se había construido *en lo fundamental* el socialismo tanto en la economía como en la superestructura política, 2) en los años posteriores (al menos hasta la muerte de Stalin), la URSS *se acercaba* cada vez más al socialismo tanto en la economía como en la superestructura política.

Pero Trotsky no compartía esta visión: él consideraba que 1) en la economía *«la URSS aún no está en la primera etapa del socialismo»*, por no hablar de la

superestructura política, en la cual se centró gran parte de su crítica, y que sería más correcto «llamar al régimen soviético actual, con todas sus contradicciones, transitorio entre el capitalismo y el socialismo, o preparatorio al socialismo, y no socialista»⁵; 2) con la dirección que entonces gobernaba la URSS, el país avanzaba en dirección contraria, alejándose del socialismo, pero el desenlace final de este proceso no estaba decidido.

Él escribió:

«¿En qué sentido evolucionará durante los tres, cinco o diez años próximos el dinamismo de las contradicciones económicas y de los antagonismos sociales de la sociedad soviética? Aún no hay respuesta definitiva e indiscutible a esta pregunta. La solución depende de la lucha de las fuerzas vivas de la sociedad, no solamente a escala nacional, sino a escala internacional»⁶.

Su teoría del Estado obrero degenerado, expuesta del modo más completo en “La revolución traicionada” (de donde se han extraído las citas), aunque dista de ser marxista, científica y rigurosa, no puede clasificarse como una teoría estalinista. Existen incluso teorías que critican a Stalin a título personal (por determinados errores, “excesos”, voluntarismo, un uso excesivo de la violencia, en especial contra los comunistas, etc.), pero que en esencia son estalinistas; y la teoría de Trotsky ni siquiera pertenece a esta categoría, puesto que a) aborda cuestiones mucho más fundamentales y sólo toca en una medida ínfima las cualidades de personalidades concretas, b) no comparte ninguno de los principios fundamentales del estalinismo descritos más arriba.

Este mismo compañero escribe:

«En el periodo actual no se indican las tareas concretas de los comunistas. Queda claro que “no cabe esperar en modo alguno un crecimiento de la lucha de clases espontánea de los trabajadores asalariados en las metrópolis imperialistas desarrolladas a corto plazo”, que la “acumulación originaria del capital” y las revoluciones agrarias han concluido, que los movimientos de liberación nacional y anticoloniales pertenecen al pasado. Pero, ¿qué hacer concretamente en estas condiciones? ¿Luchar por la destrucción de la propiedad privada? Estupendo. Pero, ¿cómo?».

Aún no tenemos una respuesta definitiva a esta pregunta, y en el “Manifiesto” reconocemos que para nosotros el problema radica en cómo se desarrollará exactamente este proceso.

Pero a la pregunta “¿qué hacer?” respondemos con un rechazo categórico a la contemplación pasiva y a la espera académica. La célebre 11ª tesis de Marx sobre Feuerbach dice: « Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo »⁷. No tenemos derecho a limitarnos a “seguir atentamente” a la clase, esperando a que maduren las condiciones. Lenin denominaba a tal actitud “seguidismo”,

5 - Trotsky, L. La revolución traicionada: Qué es y adónde va la URSS / León Trotsky. – 2a ed. – Madrid : Fundación Federico Engels, 2001. P. 75.

6 - Ibed. P. 75-76.

7 - Marx, K. Tesis sobre Feuerbach / Karl Marx // Marxists Internet Archive. – URL: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm>

marchar a la zaga del movimiento espontáneo. La tarea de los comunistas, como escribió Lenin en su artículo “¿Por dónde empezar?”, es pasar de inmediato a la organización práctica: la creación de un periódico político panruso (en nuestro caso, internacional), que sea a la vez un propagandista, un agitador y un organizador colectivo. Este órgano debe introducirse en cada manifestación espontánea de los obreros, vinculando indisolublemente el trabajo teórico con la dirección práctica de la lucha de masas desde hoy mismo, preparando cuadros para la futura lucha por la sociedad sin clases.

Otra cita del “*Manifiesto*”:

««Hoy en día se da una estratificación de los trabajadores asalariados más compleja en comparación con el capitalismo del siglo XIX y principios del XX... Es precisamente a esto a lo que se debe la ausencia de un movimiento obrero de masas y la extrema debilidad de la minoría revolucionaria en los centros del desarrollo imperialista»».

Comentario del compañero: *«Creo que tal estratificación y la relativa expansión del estrato interclasista no son en sí mismas la causa de la debilidad de la clase obrera: las personas con múltiples fuentes de ingresos, aunque se encuentran en una posición menos vulnerable, por regla general son más sensibles a las turbulencias políticas y económicas y, por lo tanto, las asumen de forma más consciente, compartiendo en términos generales los intereses de la clase obrera».*

Las palabras “Es precisamente a esto” se refieren a la totalidad de los factores enumerados en el párrafo anterior, y no solo a la estratificación más compleja de la sociedad contemporánea. Por lo demás, no tenemos objeciones. En efecto, el grado de sensibilidad ante las turbulencias políticas y económicas no guarda una correlación directa con el nivel de ingresos ni con la situación material. Son conocidos los casos de representantes de la burguesía que se han pasado al lado del proletariado. También es conocido el papel de las capas superiores de la clase de los trabajadores asalariados en el movimiento revolucionario. Estamos lejos de la postura de aquellos que consideran necesario apostar por los sectores más atrasados y pauperizados de la sociedad.

Al señalar la mayor complejidad de la estratificación de los asalariados en los centros del imperialismo, no debemos caer en las justificaciones sociológicas burguesas del declive de la lucha de clases a través de la abstracta existencia de “múltiples fuentes de ingresos”. La verdadera base material del oportunismo y de la pasividad en los países metropolitanos fue brillantemente desentrañada por Lenin en su obra “El imperialismo, fase superior del capitalismo”. La burguesía imperialista, al extraer superganancias monopolistas, posee la capacidad económica para sobornar a la capa superior de “su” clase obrera, creando una “aristocracia obrera” aburguesada. Este estrato privilegiado constituye el principal apoyo social del reformismo y el cuerpo de agentes de la burguesía en el seno del movimiento obrero. Sin una ruptura implacable con este estrato oportunista y sin desenmascarar su traición, no se puede hablar en absoluto de la formación de una conciencia revolucionaria en los centros imperialistas.

Marzo de 2026



“El Prometeo Comunista” es un grupo de marxistas revolucionarios que conciben su actividad como parte del movimiento mundial de la clase obrera para la superación del capitalismo. Nos basamos en el núcleo programático del “Manifiesto del Partido Comunista” y partimos de la premisa de que el comunismo no es una utopía ni un ideal abstracto, sino una necesidad histórica que surge del propio desarrollo de la sociedad moderna.

Estamos convencidos de que el capitalismo ha cumplido su papel histórico. Al crear un mercado mundial y fuerzas productivas gigantescas, ha agudizado simultáneamente las contradicciones a escala global, desde las crisis económicas hasta las guerras imperialistas. La época contemporánea sitúa a la humanidad ante una alternativa: o la preservación de un sistema que engendra explotación, desigualdad y destrucción, o su superación revolucionaria: **comunismo o barbarie**.

Compartimos la tesis fundamental del marxismo: **la emancipación de la clase obrera solo puede ser obra de la propia clase obrera**. Ni las reformas, ni el cambio de los grupos gobernantes, ni la expansión del “Estado social” eliminan las bases de la explotación. La abolición de la propiedad privada y de la producción de mercancías no puede ser sustituida por nacionalizaciones, regulación estatal o la búsqueda de una “tercera vía” entre el capitalismo y el comunismo. O la sociedad permanece en el marco del sistema capitalista, o transita hacia una organización directamente social del trabajo.

Rechazamos todas las formas del así llamado “socialismo real”, ya que mantuvieron la producción de mercancías, el trabajo asalariado, el dinero y el aparato estatal; es decir, las bases del modo de producción capitalista. El estalinismo, el maoísmo y otras ideologías afines representaron variantes de la gestión estatal del capital y acompañaron la modernización de países atrasados, pero no la transición al comunismo. La sustitución de la abolición de la propiedad privada por su estatización desorientó a la clase obrera y comprometió la idea del socialismo.

La clase obrera moderna constituye la mayoría de

la sociedad, pero carece de independencia política, ya que las ideas dominantes siguen siendo las ideas de la burguesía. A través de los medios de comunicación, la educación, la cultura y las prácticas cotidianas, el capitalismo se reproduce a sí mismo como el orden “natural”, forjando en los trabajadores asalariados ilusiones de unidad nacional, colaboración de clases y éxito individual. Por lo tanto, es necesario contribuir a la transformación del descontento espontáneo en una posición de clase consciente, dirigida contra el propio modo de producción capitalista. Debemos participar en todas las manifestaciones de lucha de los trabajadores asalariados, generalizar su experiencia y vincular los conflictos particulares con la perspectiva revolucionaria.

No nos consideramos el partido comunista mundial ya existente ni pretendemos ser su único embrión. Nuestra tarea es contribuir a su formación como organización política del proletariado mundial. Al mismo tiempo, el partido no debe sustituir a la clase: debe crecer junto a ella, generalizar su experiencia, articular las formas dispersas de lucha y dotarlas de una dirección consciente. La emancipación solo es posible como acción colectiva de la propia clase obrera; el partido únicamente otorga a esta acción un carácter más organizado e integral, sin separarse del movimiento histórico del cual forma parte.

El capitalismo engendra guerras inevitablemente. La competencia entre capitales y Estados, la lucha por los mercados y los recursos no son desviaciones, sino la lógica del sistema. En la época actual, la mayoría de los conflictos interestatales tienen un carácter imperialista, independientemente de las consignas que se utilicen para justificarlos.

Ante las guerras del imperialismo moderno, los comunistas no eligen el “mal menor” ni se ponen del lado de ninguna de las burguesías beligerantes. Independientemente de quién haya iniciado las hostilidades, cada una de las partes defiende los intereses del capital y se reparte los mercados y las esferas de influencia. Por ello, nuestra posición sigue siendo **el derrotismo revolucionario**: la transformación de la guerra imperialista en

una lucha contra la propia clase dominante. Por consiguiente, nos mantenemos fieles a la consigna de los espartaquistas alemanes: **“El enemigo está en nuestra propia casa”**. El principal adversario del trabajador no se encuentra al otro lado del frente, sino en su propia capital, en su propio Estado, en su propio gobierno.

Vivimos en un período de maduración de las condiciones para futuras convulsiones sociales. A pesar de la debilidad del movimiento revolucionario en los centros mundiales del capital, las contradicciones objetivas del sistema van en aumento.

Esto exige no un encierro sectario, sino un trabajo consecuente y paciente: la difusión de la teoría marxista, la participación en las luchas reales y la formación de cuadros capaces de unir la teoría y la práctica revolucionarias.

La verdadera liberación solo es posible como un acto colectivo de la clase mundial de los trabajadores asalariados. Después del capitalismo no habrá explotadores ni explotados, solo una libre asociación de personas que organizan la producción y la vida social sobre la base de las necesidades comunes.





1º DE MAYO: COMUNISMO O BARBARIE

NINGÚN SACRIFICIO EN INTERÉS DEL CAPITAL